

# **OTRAS REALIDADES**

**José Carlos Canalda**



## ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
U DE UNIVERSO, I DE INFINITO	3
EL SUEÑO DEL INFINITO	10
SE HACE CAMINO AL ANDAR	16
ÉRASE UNA VEZ	27
TODO ES SEGÚN EL COLOR...	45
ADIVINA, ADIVINANZA	64
EL APRENDIZ DE BRUJO	85
LADRONES DEL MÁS ALLÁ	88
LA SEGUNDA LUNA	95
EL DUPLICADOR DE MATERIA	102
EL ARMARIO DE LA CASA DE MI ABUELA	105
EL CRIMINAL MÁS PELIGROSO DE LA HISTORIA	112
LA PUERTA	122

## PRESENTACIÓN

Dentro de los diversos subgéneros en los que se divide la ciencia ficción, uno de los que siempre me han interesado más ha sido sin duda el de los universos alternativos, ya que me permite dar rienda suelta a mi imaginación sin salirme de los límites de la ciencia ficción -y sin caer por lo tanto en el campo de la fantasía- sin estar constreñido por éstos. No muy diferentes son las ucronías -basta con cambiar otro universo por otra línea temporal-, gracias a las cuales me es posible conjugar la ciencia ficción con otra de mis aficiones, la historia, entremezclándolas a mi gusto sin miedo a que el resultado pudiera ser poco o nada verosímil. Así pues, encuentro justificado agrupar ambos tipos de relatos en una única categoría que he venido a denominar -no sé si acertadamente- las otras realidades.

No ocurre lo mismo, a mi modo de ver, con los relatos correspondientes a los viajes por el tiempo; aunque se trata sin duda alguna de un subgénero cercano, he preferido presentarlos por separado al contar éstos con unas características propias diferentes a las de los universos paralelos y las ucronías, ya que en estos últimos no nos encontramos con ningún tipo de desplazamiento temporal en la misma realidad -cambiante o no, según el caso-, sino con realidades alternativas, bien sea en otros universos o bien en líneas temporales diferentes a la nuestra.

*José Carlos Canalda*

## U DE UNIVERSO, I DE INFINITO

La noche del veintitrés de octubre del pasado año será recordada durante mucho tiempo como la noche de la *Gran Tormenta*, el meteoro más impresionante ocurrido en la zona durante los últimos cuarenta años. Esta referencia previa podrá dar cabal idea del estado de ánimo que me embargaba al dirigirme, desafiando la desatada furia de los elementos, a la residencia y al mismo tiempo laboratorio de Arturo Collado.

Mucha gente habrá oído hablar de él, pero muy pocos alcanzaron a conocerlo aun de forma somera... Y todos sin la menor excepción se alejaron rápidamente de él como si de la mismísima peste se tratara. Bien, en realidad hubo una única excepción: yo. Puedo vanagloriarme, sin riesgo de incurrir en error, de ser la única persona que logró mantener relaciones amistosas con tan huraño personaje, y créanme si les digo que esto fue un verdadero hito.

Todo el mundo tiene en mente el manoseado tópico del sabio distraído hasta la saciedad que vive en su propio mundo ajeno por completo a la realidad en la que se ve inmerso; pues bien, si hay un arquetipo que defina fielmente a Arturo Collado, es precisamente éste. Pero ésta hubiera sido una definición bastante burda, por superficial y aproximada, de mi singular amigo. Es verdad que respondía, y muy bien por cierto, a estas premisas, pero existía además un factor de peso: todas ellas se le quedaban cortas, ya que Arturo en su singular personalidad alcanzaba los límites más inauditos y sus extravagancias dejaban en mantillas a los personajes más insólitos de toda la historia humana.

Porque además estaba su rotundo y visceral desprecio a la totalidad del género humano y a cuanto aquello comportaba; como consecuencia lógica, su voluntario aislamiento habría hecho palidecer de envidia a cualquier eremita de los tiempos heroicos del cristianismo. Por supuesto vivía solo, en un enorme y tétrico caserón colgado cual nido de águilas en el borde de un siniestro acantilado. Ignoro las ocultas razones que le movieron a fijar su residencia en tan insólito lugar digno refugio de cualquier habitante del averno, aunque según él el supersticioso temor que instintivamente inspiraba su sórdida residencia resultaba ser la protección más eficaz contra las intromisiones molestas... Y no le faltaba razón en el fondo.

Resulta curioso constatar cómo fueron precisamente sus manías las razones que me hicieron confiarle mi amistad; porque a pesar de todas sus extravagancias, yo le apreciaba. No niego que mi relativa misantropía favoreciera un tanto el contacto entre nosotros, pero esto por sí solo no lo justificaría en modo alguno ya que, a pesar de mis particulares manías, me tengo por una persona relativamente normal; no, la verdadera razón hay que buscarla en un plano mucho más sutil. Si hay una cosa que detesto por encima de todo es la vulgaridad, y por lo tanto resulta lógico que premie con mi simpatía a todo aquél que, de

una u otra manera, lucha por sobresalir de la anodina masa gris que es la humanidad; y éste era precisamente el caso de Collado, al cual conocí gracias a una casualidad trabando rápidamente amistad con él.

No se puede decir que nuestra amistad fuera precisamente convencional. Collado era un científico autodidacta en el más amplio sentido de la palabra y además nada ortodoxo, por cierto. Sus colegas le rechazaban considerándolo algo así como un charlatán hinchado de vanidad y egolatría y él los despreciaba tachándolos de vulgares, con lo cual ambas partes quedaban razonablemente conformes. Lo cierto es que objetivamente hablando Collado poseía uno de los más brillantes cerebros de todo el país, lo cual le permitía mantener su arrogante actitud ayudado, eso sí, por un considerable patrimonio personal que le permitía dedicarse libremente a sus investigaciones sin estar sometido a la dura esclavitud de un trabajo fijo.

Nunca había conseguido saber, ni aun de forma somera, la naturaleza de los trabajos de mi extravagante amigo, labor en la que había consumido ya buena parte de su vida. Cuando picado por la curiosidad intentaba sonsacarle información sobre su labor de investigación, su respuesta era indefectiblemente la misma: *“Ya lo sabrás cuando lo haya conseguido; todavía no ha llegado el momento”*. Que se trataba de algún tipo de experimentación física resultaba evidente dada su formación académica, pero lo cierto es que jamás consintió en revelar a nadie, ni siquiera a mí, sus avances científicos.

Pero volvamos al presente. Había agotado ya toda mi provisión de maldiciones e improperios, repartidos equitativamente entre mi chiflado amigo y el furioso vendaval, entonces en su punto álgido, cuando conseguí alcanzar casi milagrosamente su refugio, más tétrico que nunca bajo la restallante luz de los relámpagos. Apenas una hora antes había recibido una imperiosa llamada suya instándome a reunirme con él lo antes posible, y a pesar de mis encendidas protestas por lo inoportuno de la cita su enconada insistencia logró convencerme haciéndome poner inmediatamente en camino. Una razón muy poderosa debía de existir para excitar de tal manera al normalmente flemático Collado, el cual no me hubiera molestado, y menos en una noche como esa, de no tener algún buen motivo para hacerlo.

Desgraciadamente el infernal viajecito resultó ser capaz de apagar cualquier entusiasmo por fuerte que éste fuera. Cuando una vez apeado del coche me refugié precipitadamente en el zaguán, en un rincón del cual estaba aguardándome la escuálida figura de mi amigo, mis instintos homicidas alcanzaron cotas realmente peligrosas. Afortunadamente mi rígido autocontrol contuvo eficazmente mis tendencias criminales dándome por satisfecho con una explosiva demostración de mis conocimientos lingüísticos acerca de todo tipo de palabras malsonantes.

De repente me di cuenta de un hecho insólito y de todo punto inesperado. Increíblemente, puede incluso que por vez primera en su vida, Collado sonreía. Esto era algo cuanto menos desconcertante, y a buen seguro anuncio de muy importantes noticias.

-¿Ya has terminado? -preguntó divertido una vez me hube callado, más por agotamiento que por haber concluido con la demostración de mi enfado-. De manera que durante años me has estado molestando con tu curiosidad, y ahora que por fin he conseguido lo que buscaba te irritas porque me apresuro a comunicártelo.

-¿Y no podías haber esperado hasta mañana? -pregunté quejumbroso-. He estado a punto de romperme la crisma en media docena de ocasiones por culpa de la maldita tormenta.

-Discúlpame -se excusó-; no había caído en ello. Pensé que estarías impaciente por saberlo.

Así era mi amigo; ingenuo como una criatura y despistado hasta extremos insospechables.

-¡Y lo estoy, maldita sea! Pero después de estar tantos años esperando, bien hubiera podido soportar unas cuantas horas más.

-Lo siento -volvió a repetir turbado-. Pero ya que estás aquí, será mejor que pasemos adentro para hablar cómodamente.

-De acuerdo -bufé-; sólo faltaría que cogiera una pulmonía.

Así lo hicimos, atravesando varias estancias abandonadas hasta llegar a un salón míseramente alumbrado por el tembloroso fuego que ardía en una gran chimenea. Al fondo de la estancia un inmenso y desproporcionado ventanal se abría sobre el acantilado. Me dirigí hacia él y durante un rato permanecí absorto contemplando la salvaje belleza de las olas rompiendo contra los riscos dantescaamente iluminados por los fulgores de la gran tormenta. Finalmente me volví encarándome con Collado, el cual con media cara iluminada de escorzo por las cambiantes llamas parecía una encarnación del mismísimo averno.

-¿Y bien? -inquirí al ver que éste no rompía el silencio.

Tras haber aguardado pacientemente durante mi fugaz distracción, mi pregunta le pilló de improviso. Visiblemente azorado, tardó varios segundos en responder.

-Como ya te dije, te he llamado para comunicarte los resultados definitivos de mis experimentos -tartamudeó-. ¿Qué piensas de los universos paralelos? -preguntó a bocajarro sin la menor interrupción.

Su inesperada pregunta tuvo la virtud de dejarme momentáneamente perplejo.

-Bien -contesté una vez repuesto de la sorpresa-. ¿Estás hablando de la cuarta dimensión, del tiempo? -tanteé.

-¡Oh, no! No seas ingenuo. La teoría de la relatividad no es más que un artificio matemático penosamente montado con objeto de justificar una serie de desviaciones locales en las leyes físicas de nuestro universo. Lo que yo he estudiado es algo mucho más fundamental, algo que afecta a la esencia misma del cosmos.

-Francamente, no comprendo a dónde quieres llegar.

-Es muy fácil. Te lo explicaré con un ejemplo sencillo. Imagínate un libro. Cada una de sus hojas tiene tres dimensiones: longitud, anchura y espesor. Este último es mucho menor que cualquiera de las otras dos magnitudes, pero resulta evidente que existe; la prueba está en la existencia del lomo del libro, que es precisamente la suma del grosor de todas las páginas.

»Ahora bien, piensa en hojas que sean de hecho planos matemáticos, es decir, de espesor nulo. Nuestro hipotético libro... ¡No tendría grosor! Fuera cual fuera el número de sus hojas, siempre sería un libro bidimensional. Dicho de otro modo, en un volumen nulo (el resultado de multiplicar las otras dos magnitudes finitas por cero) podríamos tener encerrados infinitos universos bidimensionales, es decir, planos. ¡Infinitos universos perfectamente juntos y a la vez perfectamente diferenciados! -enfaticó.

-Mucho me temo que eso ya lo contó Borges en uno de sus relatos -gruñí.

-Era sólo un ejemplo -refunfuñó amoscado mi amigo-. Borges se limitó a escribirlo, yo lo he llevado a la práctica.

-¿*El libro de arena*? -me burlé.

-¿Podrías dejar de reírte de mí siquiera durante unos minutos? -su tono de voz tuvo la virtud de recordarme que el sentido del humor no era precisamente el fuerte del bueno de Arturo.

-Discúlpame -mascullé avergonzado-. Tan sólo bromeaba.

-Está bien -concedió-; sigamos con el ejemplo. ¿Qué ocurriría si ahora extrapolamos a una dimensión más? Nada, puesto que el razonamiento es perfectamente válido para un número cualquiera de dimensiones. Por lo tanto, ¿cuántos universos tridimensionales, es decir, similares al nuestro, cabrían dentro de un hiperespacio tetradimensional? -preguntó victorioso.

-Evidentemente, infinitos -mascullé.

-Exacto. Infinitos universos paralelos, cada uno con sus soles y sus galaxias. Y con sus respectivos moradores, ignorantes de la pluralidad sin fin en la que se ven envueltos.

La emoción le hacía temblar mientras revelaba sus inquietantes descubrimientos.

-Todo esto está muy bien -respondí-. ¿Pero qué conclusiones prácticas se pueden sacar de ello? Tal como me lo cuentas se trata tan sólo de una teoría física más, y creo recordar que los matemáticos desarrollaron hace ya mucho los universos multidimensionales.

-De modo que te acabo de revelar la esencia misma del universo, y a ti sólo se te ocurre preguntar que para qué sirve eso -me recriminó apesadumbrado-. Hombre de poca fe, ¿de qué te sirve la imaginación? Tienes infinitas posibilidades de respuesta.

-Con eso no respondes a mi pregunta -insistí con tozudez.

-Te responderé, aunque he de advertirte que he conseguido llegar mucho más lejos que los matemáticos a los que has hecho alusión ya que, lejos de limitarme a postular la existencia de estos universos paralelos, he descubierto la manera de husmear en ellos -hizo una pausa teatral y prosiguió-. Y en cuanto a sus aplicaciones... Algo que siempre me ha fascinado es el curso de la historia, el devenir de los acontecimientos. Fíjate en la vida de un personaje cualquiera por insulsa que ésta sea. A lo largo de su existencia, en todos y cada uno de los instantes de su vida, se encuentra indefectiblemente frente a una disyuntiva, una encrucijada que reúne un número mayor o menor de posibles opciones de entre las cuales deberá optar por una. Se trata en esencia de utilizar la facultad del libre albedrío que unos, los menos, saben aprovechar positivamente mientras la mayoría no. El camino trazado en la historia por cada ser humano no es sino una errática senda que atraviesa con mayor o menor fortuna el laberinto de la vida.

»Pero de ese gran número de posibilidades existentes para cada hecho concreto una y sólo una es utilizada. Ahora bien, ¿qué hubiera pasado de haberse elegido otra? ¿Nunca te has preguntado qué habría ocurrido si Aníbal hubiera conquistado Roma o si Hitler hubiera vencido a los aliados?

-Estás en lo cierto, pero así no llegamos a ninguna parte -me defendí-. Es absurdo tratar de reconstruir la historia en base a hipótesis que nunca llegaron a ser realidad; no acabaríamos nunca. Además la historia está ahí y no puede ser modificada, por lo que tales argumentos son completamente inútiles.

-Te equivocas -me rebatió-. Estoy completamente de acuerdo en que no puede haber tal variación en la historia de *nuestro universo* -recalcó-, pero esto no implica que no pudiera ser realidad en otro mundo paralelo, un mundo en el que Napoleón derrotó a Wellington en Waterloo, un mundo que no conoció a Atila. Un mundo, en suma, con una historia paralela a la nuestra pero distinta. El panorama es, cuanto menos, fascinante.



-Me parece muy bien toda esta sarta de disquisiciones filosóficas, pero no encuentro en ellas el menor viso de realidad -apunté-. Son meras hipótesis muy ingeniosas pero sin ninguna base científica, o al menos así lo creo yo.

-Te equivocas, y te lo puedo demostrar. Por muchas situaciones distintas que puedas imaginar, por extravagantes e irreales que sean éstas, nunca alcanzarás a concebir más que un número necesariamente finito de ellas por muy elevado que éste sea.

»Ahora bien, en realidad tienes un número infinito, recuérdalo bien, infinito, de universos entre los que elegir... Y necesariamente tendrá que haber al menos uno que cumpla cualquier condición que tú impongas, ya que tienes cubiertas absolutamente todas las posibilidades. ¡Tiene que haberlo! Las matemáticas así lo exigen. Por incongruente que te parezca, podrás encontrar un lugar en el que Supermán, Blancanieves y los siete enanitos o el pato Donald sean una tangible realidad; ¡tienes infinitas posibilidades distintas!

-Un momento, acabo de encontrarte un punto débil -interrumpí-. Vamos a aceptar la existencia real en un universo paralelo del pato Donald, por poner tu mismo ejemplo. Vamos a suponer que yo puedo bucear en todos los universos existentes. Vamos a suponer que quiero hacerlo, que quiero buscar el mundo donde habita nuestro gruñón amigo. Teóricamente podríamos hacerlo, pero la existencia de infinitas posibilidades implica necesariamente la utilización de un tiempo infinito para encontrar a nuestro pato. Y nosotros no somos inmortales, recuérdalo. Así pues, las matemáticas se vuelven en contra tuya.

-Mi querido amigo -sonrió condescendentemente-; ¿me crees tan inepto como para consumir treinta años de mi vida en la obtención de tan parco resultado? Esto no fue desde un principio más que una hipótesis de partida, un mero postulado sobre el que desarrollar toda mi teoría. ¿Qué crees que he hecho durante todo este tiempo, sino buscar la fórmula que me permitiera encontrar, en un tiempo finito y lo suficientemente corto, la solución idónea a mi problema dentro de un conjunto de infinitas posibilidades? El mérito está precisamente en haberlo conseguido. Y lo que es todavía mejor, no sólo soy capaz de seleccionar el universo que desee, sino que también he descubierto el modo de viajar a él.

-¿Y qué vas a hacer ahora? -indagué mientras sentía a mi cuerpo recorrido por una extraña sensación mezcla de ansiedad y de miedo-. ¿Quizá...?

-¿Ponerla a disposición de la humanidad? -explotó-. ¿Inclinar la cabeza ante aquéllos a quienes aborrezco? Parece mentira que me conozcas. Sería lo último que hiciera. Éste es el fruto de mi vida y sólo a mí me pertenece. Morirá conmigo, te lo aseguro.

-En este caso, no veo la utilidad de tu labor.

-Ya ha dado sus frutos, puedes estar seguro. Por fin me he realizado, he conseguido alcanzar todos mis objetivos. Pero no es eso todo lo que puedo conseguir. Entre las infinitas

posibilidades que tengo al alcance de mi mano, ¿no habrá al menos una que satisfaga todas mis inquietudes?

-¿Estás hablando de desplazarte a otro universo, de abandonar éste?

-Tú lo has dicho. Ahora puedo realizar mi sueño de encontrar un marco adecuado a mi personalidad, hecho a mi medida. Y podré conseguir la felicidad que me ha sido sistemáticamente negada en éste, mi mundo nativo del que tan alejado estoy.

-No eres justo -objeté-. Tu descubrimiento significaría sin duda la solución definitiva a los graves problemas que tiene planteados la humanidad. No te dejes llevar por el rencor y reconoce que la responsabilidad se te ha escapado de las manos. Tu labor pertenece al patrimonio de la humanidad. No es ético que le niegues aquello que le pueda beneficiar. Además, esto no mermaría en un ápice tus legítimas pretensiones. Podrías perfectamente lograr tus objetivos y al mismo tiempo quedar en paz con tu conciencia. ¡No puedes ser tan inmoral!

-Te equivocas de nuevo. La única manera de beneficiar a la humanidad es precisamente ocultándole este inmenso poder. ¿Pondrías un arma en manos de un niño?

-Pero...

-No hay otra solución, por dura e inhumana que ésta te parezca. He meditado mucho, créelo, y he llegado a esta conclusión. Lejos de beneficiarla, esta llave maestra del universo trastornaría a la humanidad hasta límites insospechados. Es mejor dejarlo todo tal como está hasta que el hombre sea lo suficientemente maduro como para aceptar el legado. Hasta entonces sería un error de incalculables consecuencias ponerla en sus manos.

Al llegar a este punto nos vimos envueltos en una enconada discusión defendiendo cada uno su respectivo punto de vista. Como suele suceder, la partida terminó en tablas. Con la mano en el corazón he de reconocer que la razón apoyaba a mi amigo.

Puesto que nada me quedaba ya por hacer allí, me despedí de él y retorné a casa aprovechando una disminución en el furor del temporal que había azotado durante toda la noche la zona. Lejos estaba yo de sospechar que era la última vez que lo veía. Quince días más tarde una gran explosión destruía por completo el edificio que por tantos años fuera su refugio. Por más que buscaron entre las calcinadas ruinas no apareció el menor vestigio de su cadáver, hecho éste que no impidió el carpetazo con el que la policía concluyó su investigación, no muy minuciosa por cierto.

*“Un accidente de laboratorio ha acabado con la vida de este viejo chiflado”* - pensaron-. Pero yo estaba seguro de que no había muerto y que desde algún remoto universo sonreía.

## EL SUEÑO DEL INFINITO

*No has despertado a la vigilia, sino a un sueño anterior. Ese sueño está dentro de otro, y así hasta lo infinito, que es el número de los granos de arena. El camino que habrás de desandar es interminable y morirás antes de haber despertado realmente.*

Jorge Luis Borges. *La escritura de Dios*

### I

El cielo era ominoso, tinto en reflejos cárdenos y, simultáneamente, denso y oscuro, torturado y amenazador. La tierra o, por mejor decir, el suelo, era un conjunto de agudas aristas afiladas como puñales, como probaba el rastro sangriento que iban dejando tras de sí sus lacerados y desnudos pies. A su izquierda, se alzaba un acantilado de paredes verticales lisas como el cristal en las que ni la más pequeña ave hubiera encontrado un mínimo hueco capaz de albergar su refugio; a su derecha, se abría un pavoroso precipicio, de fondo apenas perceptible entre la bruma, que prometía la muerte segura a todo aquél que tuviera la fatalidad de despeñarse por él. La senda, si es que podía llamarse así a la mínima e irregular trocha que servía de breve separación entre ambas verticalidades, no era sino un accidentado vericuetto que serpenteaba a uno y otro lado ciñéndose estrechamente a las anfractuosidades de la ladera aun a costa, en ocasiones, de ver limitada su anchura al mínimo imprescindible (o aún a menos) para permitir el paso del espantado fugitivo.

Pero lo peor era lo que tenía a sus espaldas, oculto a la vista por la mole de la montaña pero perfectamente identificable por el fragor que producía en la implacable persecución a que tenía sometida a su presa... y por encima de todo por el olor, un hedor insufrible e inhumano que semejaba surgido de las propias entrañas del averno, lugar del que con toda probabilidad provenía la bestia demoníaca que, y eso era completamente palpable, continuaba aproximándose cada vez más a su objetivo.

El pánico ponía alas a la víctima que, pese a su desfallecimiento y a sus sangrantes heridas en pies y manos, huía hacia adelante con toda la velocidad que le permitían el tortuoso camino y sus cada vez más débiles fuerzas. Pero la fatalidad ocurrió de repente cuando, sin detener su velocidad, intentó remontar, más gateando que corriendo, la empinada ladera en que ahora se había convertido el sendero: fallando en su intento y

resbalando en su propia sangre, cayó de bruces junto al abrupto borde del precipicio faltándole apenas unos centímetros para caer fatalmente por él.

Había salvado la vida por poco, pero una amenaza aún mayor se cernía ahora sobre él. La concavidad de la ladera dejada atrás le permitía observar en ese punto algunas decenas (no demasiadas) de metros del camino que se extendía detrás de él, justo el tramo que en ese momento comenzaba a ser recorrido por el horror que lo perseguía: Enorme (al menos tenía el tamaño de un elefante) y monstruosamente deforme, esta aberración de la naturaleza volaba más que corría por la irregular cornisa adhiriéndose de una manera inverosímil a las lisas paredes que la limitaban, lo que le permitía desplazarse con total seguridad (y con una enorme rapidez, para desconuelo del fugitivo) a pesar de que al menos la mitad de su voluminoso cuerpo pendía directamente sobre el vacío. Pero sus garras y sus fauces eran tan amenazadoras como reales, por lo que, sacando fuerzas de la flaqueza, el perseguido incorporó su lacerado cuerpo en un desesperado esfuerzo por alejarse de su verdugo. Trepó, pues, por la escarpada pendiente desollándose las manos (de las llagas de los pies ya no se preocupaba) buscando alcanzar la meseta más o menos horizontal que se alzaba a continuación y en la que pudo erguirse para continuar corriendo.

Corría. Corría con todas las fuerzas que le permitían sus destrozadas piernas. Los pies le ardían insoportablemente y un vivo dolor en el costado le indicaba que probablemente tenía una o más costillas rotas a consecuencia de la caída, al tiempo que una herida en la frente le sangraba profusamente amenazando con cegarle los ojos. Apenas si veía a duras penas dónde ponía los pies, y los oídos comenzaban a zumbarle de una manera preocupante al tiempo que empezaba a tener serios problemas para distinguir el arriba del abajo, la izquierda de la derecha, el delante del detrás. Todo le daba vueltas en torno a su torturado cerebro; el cielo, el muro de piedra, el precipicio, el sendero... Y el monstruo estaba cada vez más cerca.

De repente perdió el pie. ¿Era una revuelta del camino, o era él quien había girado inconscientemente en dirección al abismo? No importaba; lo cierto era que de repente se sintió caer en el vacío intuyendo, antes que razonando, el fin que le deparaba el destino. Y gritó. Gritó con todas sus fuerzas pidiendo un socorro que nadie podía darle, burlándose del monstruo que ya no podría devorarlo, aullando de pavor ante la proximidad de la muerte... Implorando por todo lo que había sido y por todo lo que no había sido capaz de ser. Mientras tanto caía, caía en una sima de oscuridad cada vez más profunda y absoluta, de negrura total como la misma muerte.

## II

-Juan, ¿qué te pasa?

La voz de la mujer denotaba preocupación, si no angustia. Tras un breve intervalo de tiempo se encendió una luz iluminando una cama ocupada por dos personas de mediana edad: Ella, con la mano en el interruptor y gesto de intranquilidad; él, abierto de piernas y brazos, asiéndose al colchón y a la cabecera de la cama como si en ello le fuera la vida y con el rostro lívido y desencajado.

-¡No! ¡No! -balbuceó varias veces antes de abrir los ojos- ¡No me cogerás, monstruo del averno!

-¡Juan, despierta! ¡No pasa nada, estás soñando!

-¿Qué pasa? -preguntó con sobresalto abriendo los ojos- ¿Dónde estoy?

-¿Dónde vas a estar? -preguntó a su vez la mujer con un punto de irritación en la voz- En tu cama, a las... tres y media de la mañana. Ya ha pasado la pesadilla, así que puedes volverte a dormir. -sentenció al tiempo que le daba la espalda en un visible gesto de desprecio.

-¿Cómo quieres que me vuelva a dormir para encontrarme de nuevo con esa aberración que me perseguía? Dime, ¿cómo? -preguntó a su esposa, al borde mismo de la desesperación, asiéndole del brazo para obligarle a mirarle la cara.

Nunca lo hubiera hecho. El rostro de su esposa, esa anodina faz a la que ni los más sofisticados maquillajes habrían conseguido adornar, era ahora la cara de una gorgona de fiera expresión y salvajes intenciones. Espantado, soltó el brazo que aún sujetaba retrocediendo cuanto pudo en la superficie de la estrecha cama, protegiéndose instintivamente el rostro con las manos en un fútil gesto de defensa.

De nada le sirvió. Los brazos de ella (¿aún era ella?), repentinamente convertidos en serpientes o tentáculos, o quizá en ambas cosas, se estrecharon en torno a su cuerpo atenzándolo en una presa mortal mientras la cabeza, esa espantosa cabeza de ojos feroces y fauces asesinas con los cabellos trocados en áspides, se le acercaba cada vez más sin que pudiera hacer nada por evitarlo sino, tan sólo, desmayarse ante tan espantoso espectáculo. Al menos, la muerte sería así algo más piadosa.

### III

El despertador zumbaba inmisericordemente recordándole que había llegado la hora de comenzar la jornada. Afortunadamente, en esta ocasión había servido al menos para arrancarle de las garras de esa espantosa pesadilla. Aturdido aún por las últimas brumas del sueño, descubrió con sorpresa que tenía el cuerpo bañado en sudor y la ropa completamente descolocada.

-Vaya. -pensó para él- Al fin y al cabo, tan sólo era una pesadilla... Y completamente absurda, además. ¿Cómo una mujer se puede convertir repentinamente en un monstruo mitológico? Aparte de que yo no tengo mujer y llevo varios años viviendo (y lo que es peor, durmiendo) completamente solo.

Meditando sobre lo absurdo de los temores producidos por los sueños, se levantó de la cama -deshecha completamente en su angustiada pesadilla- y se dirigió al cuarto de baño. *“Es curioso. -se dijo- Parece como si hubiera tenido un sueño dentro de otro sueño, y juraría que el anterior también era bastante desagradable”.*

Encogiéndose de hombros, se dirigió directamente al lavabo y realizó unas generosas abluciones con agua fría en busca de un despabilamiento rápido que, ciertamente, sólo consiguió a medias. Acto seguido, y siguiendo la rutina de cada mañana, se dirigió al retrete alzando la tapa del mismo.

¿Cómo podía ser? El inocente utensilio, que tan hartó estaba de utilizar todos los días, se había convertido en unas fauces salvajes que palpitaban ansiosas ante la proximidad de su presa. Más presa del estupor que del pánico, intentó retirarse de la amenazadora fiera aunque no pudo evitar que la tapa que todavía sostenía en la mano, convertida a su vez en una viscosa lengua, arrastrara su brazo hasta el interior de la boca carnívora.

Antes de que pudiera evitarlo, antes aún de que pudiera reaccionar, un rápido movimiento de las espantosas mandíbulas le había seccionado limpiamente el brazo a la altura del codo. Apenas unos segundos después, cuando ni siquiera habían llegado aún a su cerebro las señales del dolor procedentes del miembro amputado, la lengua le había arrastrado introduciéndole la totalidad de su torso en el interior de la boca. Afortunadamente para él, el siguiente bocado fue mortal por necesidad.

## IV

Despertó sobresaltado, sintiendo en su interior la angustia infinita de la recién padecida pesadilla. Poco a poco, se fue haciendo cargo de la realidad. Él era Jan Makki, oficial de la Armada Imperial en lucha contra los invasores sittais. Estaba destinado en un puesto avanzado del planeta Orthum VII, fronterizo con el territorio enemigo, en un momento en el que se creía inminente un ataque de las fuerzas sittais en ese sector galáctico. La flota imperial aguardaba ya en formación de combate en los confines del sistema planetario, y él había quedado al mando de la guarnición que defendía el planeta base. ¿A qué angustiarse tanto por una simple pesadilla? El peligro no estaba en el interior de su mente sino allá arriba, en el cielo.

Abandonó el lecho y, vistiéndose con rapidez, salió al exterior de su aposento. Era aún noche cerrada, y en el firmamento brillaban con esplendor las restallantes constelaciones que configuraban el cercano centro galáctico. En algún punto de aquel infinito piélago estelar se encontraban varias decenas de miles de astronaves de guerra, con varios millones de soldados a bordo, dispuestas a defender a la civilización de la barbarie venida de los inexplorados confines de la Vía Láctea. Allí se decidiría la suerte de la humanidad y de su cultura varias veces milenaria frente al cruel salvajismo de unos invasores dispuestos a arrasarla sin dejar el menor rastro de su existencia. Eso era lo trascendente, y no la absurda pesadilla que durante algún tiempo se había adueñado temporalmente de su cerebro. Claro que...

De repente lo vio todo claro. Recordó con espantosa nitidez no su último sueño sino también el anterior, y aún el anterior a éste. Durante un instante de lucidez casi sobrehumana, fue plenamente consciente de la infinita sucesión de pesadillas en las que, a modo de cajas dentro de otras cajas, podía ser resumida la totalidad de su intemporal vida. Y supo también, por una cruel ironía del azar, que su actual vida que él creía tan real no era sino otra fantasmagórica ensoñación de otro Jan Makki (¿O tenía otro nombre distinto en su realidad superior?) que a su vez era soñado por un tercero... Y así hasta un infinito del que era incapaz de entrever un final en su equívoca y patética irrealdad.

Ese excepcional estado de lucidez, producto quizá de una única probabilidad entre varios miles de millones de ellas, apenas si duró unos cuantos segundos antes de devolver a Jan Makki (¿a cuál Jan Makki?) a su realidad temporal de oficial de la Armada Imperial en lucha con los invasores sittais. Pero ya no era todo igual: había accedido a la revelación, y ahora sabía lo que le deparaba su futuro o, por mejor decir, su no-futuro de ser imaginado por otros seres no menos imaginarios que él. Tenía que romper esta cadena, y tenía que hacerlo antes de que su siguiente yo se despertara reduciendo la terrible revelación a la simple categoría de una pesadilla caprichosa. No tenía, pues, el menor tiempo que perder.

Sin el menor titubeo, sin la menor vacilación, desenfundó la pistola láser que portaba como arma reglamentaria y, aplicándosela a la sien, pulsó el disparador antes de que

podiera ser trágicamente tarde. Nunca llegaría a saber si sus compañeros de ensoñación pudieron al fin vencer a los feroces sittaís o si, por el contrario, la humanidad fue barrida de la galaxia a sangre y fuego por estos salvajes bárbaros; pero tampoco llegó nunca más a despertar de ningún otro sueño, puesto que todos los sueños habían acabado por fin para él. Y esto, en definitiva, era lo único que realmente le importaba.



## SE HACE CAMINO AL ANDAR

Aquel día empezó exactamente igual que otro cualquiera. Me despertó el maldito despertador, me duché, me vestí, desayuné, contemplé con filosofía el montón de ropa por lavar y de cacharros por fregar -tenía que llamar urgentemente a la asistente- y me encaminé hacia mi trabajo pensando que vivir solo no era tan malo siempre y cuando nadie te estuviera recordando que eras un desastre.

En mi oficina la mañana discurría asimismo víctima de la monotonía cuando sonó el teléfono.

-Es tu abogado. -me dijo mi compañero que, como de costumbre, se había adelantado a coger el teléfono.

Bien, esto planteaba un pequeño problema; yo no tenía abogado, nunca lo había tenido ya que por fortuna no había necesitado recurrir a los servicios de estos profesionales salvo de una forma excepcional.

-¿Diga? -pregunté perplejo a mi invisible interlocutor.

-¿Miguel? -preguntó a su vez una voz desconocida- Soy Pablo. Me acaba de llamar el abogado de tu mujer y la verdad es que la cosa se ha complicado mucho. Necesito verte urgentemente.

-¿Mi mujer? -exclamé- ¡Oiga, señor! Me temo que usted se ha equivocado de persona.

Mi sorpresa era auténtica; yo no estaba casado, nunca lo había estado, y con treinta y tantos años a las costillas gozaba de una más que merecida fama de solterón empedernido.

-Miguel, no está la cosa para bromas; porque tú eres Miguel P., ¿no?

Sí, yo era Miguel P., pero maldito lo que entendía de esta historia. Confirmé, pues, mi identidad al tiempo que pedía a mi interlocutor que me comunicara la suya.

-Miguel, de verdad que no te entiendo...

-Discúlpeme, pero sigo insistiendo en que usted y yo no nos conocemos. -respondí, francamente amoscado.

-Miguel, no sé a qué juegas; soy Pablo B., tu abogado, y llevo más de un año tramitando tu divorcio.

Yo conocía a un abogado llamado Pablo B., eso era cierto, e incluso en una ocasión me había defendido (sin éxito, todo hay que decirlo) en un juicio por un accidente de

circulación; pero que este señor llevara los trámites de mi divorcio cuando ni siquiera estaba casado, resultaba ser realmente chocante. No obstante, y en vista de que mi compañero comenzaba a mirarme intrigado, opté por zanjar la discusión aceptando concertar una cita con el abogado esa misma tarde una vez que hubiera salido del trabajo.

La cita tuvo lugar en una cafetería cercana, y cuando yo llegué mi interlocutor ya estaba esperándome sentado en una de las mesas. Se trataba, efectivamente, del abogado que me defendiera varios años atrás, pero desde entonces no había vuelto a requerir sus servicios.

-Miguel, me alegra que hayas venido. -fue su saludo- Las cosas se han puesto muy feas, y tú no estás haciendo absolutamente nada por mejorarlas. No se puede ignorar una sentencia judicial tal alegremente como tú lo estás haciendo; puede que tu ex-mujer sea una arpía, no te lo discuto, pero te guste o no cuenta con el apoyo de la ley. Por si fuera poco está dispuesta a ir a uno de esos programas de televisión que acostumbra a revolver la mierda, y mucho me temo que no voy a poder hacer nada por impedirlo; podría pedir un interdicto denunciándola por difamación, pero con una sentencia judicial favorable para ella sin posibilidad de recurso, mucho me temo que no tenemos nada que hacer.

En ese momento estallé. Le dije al pobre abogado unas cuantas barbaridades, le repetí que en la vida me había casado y que no tenía la menor intención de hacerlo, y finalmente le sugerí un uso escatológico para los documentos que el pobre hombre esgrimía en apoyo de sus argumentos, antes de largarme bufando de allí.

Varias horas más tarde, en mi casa y con varios lingotazos en el cuerpo, todavía no se me había disipado el malhumor. Sin saber qué hacer, opté finalmente por telefonar a mi mejor amigo, otro solterón como yo. Éste llegó apenas en un cuarto de hora, y, cuando le conté lo que yo consideraba como una soberana tomadura de pelo, se quedó súbitamente mudo.

-Es que el abogado tenía razón; -musitó al fin con un hilo de voz- tú llevas casi un año tramitando el divorcio.

Le hubiera estrangulado, pero no lo hice limitándome a repetir que yo no estaba casado, que nunca en mi vida lo había estado.

-Miguel, no sé lo que te pasa, pero no estás bien. -respondió cautelosamente- Comprendo que estés pasando por un mal momento, pero rehuyendo la realidad no vas a ir a ninguna parte.

Lloré, imploré, juré que no sabía de qué me estaba hablando; y que por supuesto, no recordaba que hubiera estado nunca casado.

-Comprendo. -dijo al fin, convencido al parecer de mi sinceridad aunque no de mi equilibrio mental- Te has bloqueado mentalmente. Pero dime, ¿es que no te acuerdas de Irene C.?

Claro que me acordaba. ¿Cómo no me iba a acordar de mi primer intento serio de formar una pareja, intento saldado con el más absoluto de los fracasos?

-Era una compañera de facultad. -gruñí con desgana.

-Y tú le tiraste los tejos.

-Y me dio calabazas y, por si fuera poco, me retiró la palabra todavía no sé muy bien por qué; -refunfuñé- era un buen bicho, aunque entonces no fui capaz de verlo. Supongo que seguirá vistiendo santos, ya que no creo que hubiera nadie capaz de aguantarla.

-Miguel, Miguel...

-¿No pretenderás decirme que acabé casándome con ella? -me burlé- Vamos, eso hubiera sido lo último. Además, ya te he dicho que dejamos de hablarnos.

-Sí, eso es cierto; pero cuando murieron sus padres en un accidente de circulación fuiste a darle el pésame y os reconciliasteis. Un años más tarde fue la boda; me acuerdo perfectamente de ello, porque estuve invitado.

-¡Un momento! -bramé- El único que murió fue su padre, y no de accidente sino de un infarto. Yo me limité a enviarle una carta de pésame, y seguimos sin hablarnos. Además, a partir de entonces se pegó tanto a su madre que dudo mucho que dejara acercársele a nadie con intenciones matrimoniales.

-Pero también se quedó sin madre, y entonces se pegó a ti como una lapa. Tú estabas entonces muy ilusionado, pero vuestro matrimonio empezó a ir mal prácticamente desde el principio.

Al llegar a este punto mi irritación, creciente hasta entonces, hizo finalmente crisis. Tan inverosímil era lo que me estaba contando mi amigo, que en un brusco cambio de humor comencé a encontrar divertida la mascarada pidiéndole más detalles de mi *apasionante* historia. Éste, convencido al parecer de que yo era víctima de alguna extraña amnesia, accedió a relatarme episodios de mi vida que yo ignoraba por completo. Al parecer me había casado con esa arpía y en poco tiempo habíamos tenido dos hijos -la parejita- que no habían hecho sino empeorar nuestra relación. Finalmente yo me había hartado largándome de casa, iniciando poco después los trámites de separación primero y de divorcio más tarde.

Puesto que mi ex-mujer se había dedicado además a hacerme la vida imposible, el proceso de separación resultó ser un verdadero calvario. Por si fuera poco utilizó a los niños como rehenes, negándose a permitirme verlos al tiempo que me denunciaba cuando yo a mi vez rehusé pasarle la preceptiva pensión en represalia por el menoscabo de mis derechos. Para mi desgracia los jueces habían fallado a su favor, yo a mi vez había manifestado mi disconformidad negándome a acatar la sentencia, apelándola, perdiendo la apelación... Y hasta el día de hoy. Sí, todos los que me conocían sabían que la razón estaba de mi parte, pero al parecer la justicia pensaba de otra manera distinta.

-Miguel, si quieres un consejo, descansa y ve al médico cuanto puedas. -mi amigo había pensado en realidad en el psiquiatra, pero al parecer no se había atrevido a decirlo al verme tan abatido- Te vendrá bien.

-Ya veré. -fue mi respuesta- Ya veré.

Al día siguiente no fui a trabajar alegando encontrarme enfermo. Convencido de que el mundo se había vuelto repentinamente loco, opté por encerrarme en la seguridad de mi casa esperando que las aguas volvieran a su cauce. Yo no me había casado nunca, de eso estaba completamente seguro, y menos con ese elemento... Que además hacía por lo menos diez años que no veía.

No podía ser verdad, era imposible que lo fuera... Pero los hechos parecían ser tozudos a la par que absurdos. A media mañana un mensajero me trajo un grueso paquete en cuyo interior encontré numerosos documentos remitidos por mi abogado; mi ex-abogado en realidad, ya que después de la trifulca de la víspera éste había decidido renunciar a mi defensa devolviéndome la totalidad de la documentación que obraba en su poder. Acompañaba a éstos una carta bastante impertinente en la que se hacían juicios de valor completamente fuera de lugar sobre mi salud mental, encontrándome por último con una nota final a modo de colofón: *No se pierda la emisión de esta noche del programa...*

Dentro de la documentación había multitud de papeles que yo no había visto nunca, papeles que no podían existir: Un certificado de matrimonio, las partidas de nacimiento de mis dos hijos (¡qué raro sonaba eso!), los papeles de la separación, copias de las distintas sentencias judiciales... Absurdo, completamente absurdo. Debía de tratarse de una broma; no le encontraba ninguna otra explicación.

Por la noche, y a pesar de todas mis reticencias, me puse a ver el programa de marras. Se trataba de uno de tantos casos de televisión basura que infestaban la totalidad de los canales, y desde luego yo no acostumbraba a verlo ya que me repugnaba la manera en la que en el mismo se aireaba todo tipo de miserias humanas. Por supuesto que esperaba que mi tema no apareciera en el programa; no podía ser de otra forma.

Pero apareció. Allí estaba ella, más fea, vieja y gorda que cuando la conocí, pero más tiesa que un palo, poniéndome como un trapo al tiempo que me acusaba de ser una mezcla de herodes y sacramantecas para mis hijos. La presentadora, una carroñera profesional, lejos de ser neutral había tomado partido por ella de forma descarada, dedicándose a atizar todavía más el fuego. Eso sí, me ofreció cínicamente los teléfonos de la emisora para que yo pudiera defenderme si así lo deseaba.

Evidentemente no lo hice, aunque quedé en tal estado de confusión mental que durante un buen rato fui incapaz de reaccionar. Finalmente opté por recurrir al último asidero que me quedaba: Lucía. Lucía no era una novia, pero tampoco una amiga; quizá la mejor definición que pudiera darse de mi relación con ella era, aunque suene vulgar, la de aliviadero. No deseábamos casarnos ni tan siquiera convivíamos, pero manteníamos una sólida relación a base de pasar juntos los fines de semana y las vacaciones, y ambos nos encontrábamos satisfechos así.

Lucía cogió el teléfono, preguntó quien era, y al identificarme me manifestó con toda la frialdad del mundo que me había equivocado de número. Yo insistí con tozudez, a lo cual ella me respondió que no me conocía de nada y que hiciera el favor de no molestarla más, tras lo cual colgó.

El mundo se me vino abajo. De repente me encontraba inmerso en un proceso legal a consecuencia de un divorcio que no recordaba, mis propios amigos me confirmaban aquello que mi mente se negaba a admitir, era sometido a escarnio público delante de todo el país, Lucía negaba conocerme... ¿Qué estaba pasando? Era para volverme loco.

Mi vuelta al trabajo tampoco resultó ser mucho mejor. Al parecer toda España había visto el programa, incluyendo a mis compañeros de trabajo. Unos por interés y otros por maledicencia, lo cierto es que me vi bombardeado por preguntas a veces sinceras, a veces capciosas... Preguntas que me resultaba imposible responder por mucho que me esforzara. Incapaz de soportar la tensión, acabé cogiéndome unos días de vacaciones.

Pero mi calvario seguía adelante. Una citación judicial (al parecer había tenido la mala suerte de caer en manos de una juez furibundamente feminista) me conminaba a acatar sin ningún tipo de excusas ni dilaciones la resolución que fallaba a favor de mi ex-esposa... ¿Pero qué resolución era esa? Bien, debería estar entre la documentación que me había devuelto el abogado.

A esas alturas yo ya creía que me había vuelto definitivamente loco. Puesto que no se me ocurría ninguna otra cosa, me dirigí al juzgado en un desesperado intento de convencer a la juez de que todo eso no podía ser cierto, y que yo en realidad era soltero sin que nunca hubiera estado casado con nadie... Aunque la verdad era que yo tenía muy pocas esperanzas de ser siquiera escuchado.

Sin embargo, y en contra de mis fúnebres presentimientos, mostraron por mí bastante interés... Remitiéndome acto seguido al forense, el cual a su vez me envió a la sección de psiquiatría de un gran hospital. Era evidente que a estas alturas no dudaban de mi sinceridad, pero sí de mi integridad mental... Lo cual no sabía si sería todavía peor.

Porque lo que estaba claro era que no me creían; y no les faltaba razón, puesto que absolutamente todas las evidencias estaban en contra mía. Pero los médicos fueron comprensivos, dictaminando tras escucharme que era víctima de un trastorno mental transitorio. Evidentemente yo no estaba de acuerdo con ello, pero cuando me dijeron que debía ser sometido a tratamiento psiquiátrico y que mientras tanto quedaba en suspenso la sentencia, acepté; no me quedaba otro remedio, pero además así podría recuperar, siquiera temporalmente, la tranquilidad que me faltaba.

Siempre bajo control forense, fui devuelto a casa con la obligación de seguir un control médico sistemático; no era ésta la mejor solución, pero al menos me dejaban relativamente tranquilo. Por supuesto que los psiquiatras intentarían convencerme de que toda la historia de la boda y el divorcio era real; ¿pero qué podía yo hacer cuando hasta las personas más allegadas a mí, nada sospechosas por cierto de sentir simpatía por mi presunta ex-mujer, decían todas ellas exactamente lo mismo?

Pasaron varios días durante los cuales tuve que huir además de los periodistas de toda laya que, como cuervos tras la carroña, revoloteaban a mi alrededor en busca de lo que para ellos era un reportaje, pero que para mí resultaba una tortura. Refugiado en casa de mi amigo y prácticamente encerrado en ella, una tarde me sorprendió la visita de una persona que prometía explicarme el origen de mis problemas.

Evidentemente mi reacción inicial fue la de mandarlo a paseo, pero mi amigo me garantizó que no se trataba de ningún periodista camuflado. Claro está que tampoco podía exhibir título profesional alguno, ya que en realidad se presentaba como un experto en parapsicología.

-Me escondo aquí para huir de los periodistas, y ahora tú me traes a un astrólogo, brujo o algo similar; -me quejé amargamente a mi amigo- no veo que haya ganado mucho con el cambio.

-No es lo que tú crees; -me tranquilizó éste- no se trata de ningún charlatán, si es eso lo que temes. Me lo han recomendado personas muy serias, y me han dado todo tipo de garantías de que es de fiar. No te molestará en absoluto, y me ha garantizado una confidencialidad total.

-Está bien. -suspiré con resignación- Que pase.

El parapsicólogo era un hombrecillo menudo vestido de forma convencional que en apenas unos minutos me conquistó con su sencillez y su sinceridad. Evidentemente no era

un charlatán; licenciado en ciencias físicas, hacía tiempo que había abandonado su trabajo como profesor universitario para dedicarse exclusivamente al estudio de los fenómenos paranormales aunque, claro está, al margen de los círculos universitarios. Puede que él estuviera siguiendo un camino equivocado, pero no se podía dudar un solo instante ni de su sinceridad ni de su capacidad investigadora en tan escurridizo campo.

-No está usted loco; -fue su respuesta una vez hube concluido la exposición de mi relato- ni le falla la memoria en modo alguno. Es cierto todo lo que usted dice, pero también es cierto lo que afirman los demás.

-¿Entonces?

-¿Ha oído hablar usted de los universos paralelos?

-Bueno, sí, algo... -en realidad yo era aficionado a la literatura de ciencia ficción, lo que hacía que estuviera familiarizado con estos conceptos; pero una cosa era la literatura y otra muy distinta la realidad, y desde luego yo no estaba por la labor de creerme estas historias.

-No, no es lo que usted está pensando. -sonrió adivinándome el pensamiento- No se trata de lo que cuentan en las novelas, sino de algo muy diferente; pero de alguna forma tenía que hacer una comparación, -se disculpó- aunque me temo que ésta no ha sido demasiado afortunada.

-Pues dígame entonces.

-Lo intentaré. Cualquier persona se ve obligada, a lo largo de toda su existencia, a enfrentarse a encrucijadas que le obligan a adoptar decisiones o que, en ocasiones, le fuerzan a seguir un camino sin opción a elegir. De las decisiones que adopte, del camino que siga, dependerá que su vida se desarrolle de una manera o de otra; y aunque muchas de estas decisiones puedan ser triviales, algunas de ellas pueden suponer un cambio trascendental en su vida. Imagínese, por ejemplo, que usted hubiera suspendido el viaje de vacaciones en el que hubiera encontrado a la mujer de su vida, o que perdiera un avión que posteriormente se estrellara.

-Sí, eso es evidente; -respondí- la vida de todos nosotros es consecuencia de un cúmulo de coincidencias y casualidades. Pero no veo qué puede tener esto que ver con mi problema. Si yo no me casé, no puedo encontrarme repentinamente casado; se trata de una contradicción en sí misma.

-Fijémonos en su caso. -me interrumpió haciendo caso omiso a mis objeciones- Hubo un momento en su vida en el que se abrió una encrucijada; por un camino usted se alejaba de esa mujer y desaparecía de su vida, pero por el otro se casaba con ella para acabar divorciándose más tarde.

-¡Pero nunca podrían suceder ambas cosas a la vez! -protesté irritado- Ambas alternativas eran mutuamente incompatibles.

-Totalmente de acuerdo; pero déjeme continuar. Usted, en el digamos universo uno, no se casó. Pero en el universo dos se casó y se divorció...

-¿Cómo voy a hacer las dos cosas a la vez? -gruñí- ¿Pretende usted reírse de mí?

-No. Usted no hizo las dos cosas a la vez, sino una sola; pero una distinta en cada universo.

-¿Quiere decir que tengo un socios, y que él y yo tendríamos nuestra propia vida particular en nuestros respectivos universos?

-Uno no, infinitos, puesto que hay infinitos universos.

-Vaya; bueno es saberlo. -me burlé- Espero que todos ellos sepan estar a la altura de las circunstancias.

-Cabría esperar de todo, pero no es eso lo que nos interesa ahora, sino únicamente los dos casos que hemos comentado. En condiciones normales no tendrían que haberse interferido mutuamente, pero por razones que ignoro ambos caminos se han debido entrelazar provocando un intercambio entre ambos, es la única explicación que encuentro al fenómeno que usted ha experimentado.

La cuestión estaba aparentemente clara por más que no existiera justificación científica alguna; de ser cierta la hipótesis formulada por mi interlocutor, yo habría sido arrancado de mi universo, donde vivía tan ricamente soltero, para ser arrojado a otro donde aparentemente todo era igual a excepción de mi malhadado matrimonio. Mientras tanto era de esperar que a mi socios le hubiera ocurrido justo lo contrario, con lo cual no podía decirse que hubiera salido perdiendo con el cambio.

Sí, la idea me resultaba bastante más atractiva que la de una amnesia selectiva que hubiera hecho olvidarme de todo lo relacionado con mi matrimonio; ¿pero cómo contaba yo eso en el juzgado? A no ser, claro está, que contara con el apoyo de un experto.

-Olvídelo. -fue su amarga respuesta cuando le expuse mi idea- Ningún organismo oficial avalaría mis teorías, y mucho menos un juez; el mundo científico no tolera las heterodoxias, y por esa razón yo soy únicamente un proscrito. Lo siento; mucho me temo que no le voy a ser de ninguna ayuda en el plano legal.

Bueno, no había ganado mucho; pero al menos sabía que no estaba loco. Además, se me abrió un rayo de esperanza; lo sentía por mi socios, pero el problema era suyo y no mío.

-¿Cree usted -pregunté- que esta situación pueda ser reversible?



-Lo ignoro. Desde hace varios años intento desarrollar una teoría que explique este fenómeno, pero... -sonrió- Por desgracia el problema es tremendamente complicado. Todavía estoy en mantillas.

-¿Pero existe alguna esperanza? -insistí.

-Quizá... Es posible que la tensión, digamos entrópica, provocada por el entrecruzamiento pueda devolver al sistema a su situación original, pero no es seguro; realmente, nada puedo afirmar al respecto.

Menos daba una piedra. Así pues, nos despedimos -ya era bastante tarde- con la promesa de mantenernos en contacto.

A poco de quedarme solo la euforia que me embargara desapareció por completo, siendo sustituida por una profunda decepción. ¿Por qué razón iba a ser más verosímil la hipótesis de los universos paralelos que la de la amnesia selectiva que barajaban los médicos? Sinceramente, me resultaba más creíble la segunda de ellas.

A la mañana siguiente tomé la decisión de volver a mi casa. La razón que di a mi amigo fue que ya parecía haber remitido la presión de los periodistas, amén de que no deseaba crearle más problemas de los estrictamente necesarios; pero en realidad alentaba la vana esperanza de creer que, para que tuviera lugar la deseada reversión, debería volver a mis hábitos cotidianos. No era una certeza ni tan siquiera podía considerarlo como una esperanza, ya que se trataba tan sólo de un anhelo; pero esta intuición era lo único que tenía, por lo que me así a ella con la desesperación de un condenado a muerte.

Durante tres días no pasó absolutamente nada, salvo que mi aburrimiento llegó a alcanzar niveles preocupantes. Pero al empezar el cuarto...

Al darme la vuelta en la cama tropecé con algo tibio; el cuerpo de otra persona. Puesto que llevaba bastante tiempo durmiendo solo, y desde luego cuando me acosté la noche anterior no me acompañaba nadie, di un respingo que me tiró casi al suelo.

-¿Qué te pasa? -refunfuñó ella, pues de una mujer se trataba- ¿Qué te ocurre, Miguel?

-Yo... ¿Dónde estoy?

-¿Dónde vas a estar, pedazo de tarugo? en tu casa. Y no grites tanto, que vas a despertar a los niños.

-¿Los niños? -cada vez estaba más confundido.

-Sí, los niños; ¿pero es que no te vas a levantar? ¿Quieres llegar tarde al trabajo?

Mascullando incoherencias me incorporé al tiempo que la miraba; no la conocía no la había visto en mi vida, pero al parecer ella a mí sí... Y de una manera bastante profunda, por lo que se podía apreciar.

-¿Pero qué haces ahí pasmado? ¡Venga, muévete, que es para hoy!

Hasta que no salí a la calle no comencé a comprender lo ocurrido. Al parecer el péndulo había oscilado de nuevo, pero lejos de volver a la posición original me había conducido a una situación completamente nueva. De repente me asaltó un temor. ¿Qué ocurriría si ya no trabajaba en el mismo sitio? En ese caso, no tendría otro remedio que volver a casa.

Por fortuna sí trabajaba allí, lo cual me facilitó bastante las cosas. La jornada se desarrolló sin mayores problemas, pero al terminar ésta me encontré frente a un nuevo dilema: ¿Cómo demonios me iba a relacionar con una familia de la que desconocía absolutamente todo, incluso sus propios nombres?

Bien, no sé cómo lo hice, pero lo cierto es que mejor o peor conseguí salir del brete al precio de ser recriminado en más de una ocasión por mi mujer, que últimamente me veía “*bastante alelado*”. Desde entonces han pasado un par de semanas y ya conozco más o menos el ambiente en el que me muevo; efectivamente estoy casado, pero al contrario de lo que me ocurriera con la bruja de Irene, aquí mi matrimonio ha resultado, si no feliz, cuanto menos viable. A mi mujer la conocí, al parecer, hace siete años durante unas vacaciones que no recuerdo en absoluto haber realizado, y de entonces a acá nacieron dos niños (ambos varones en esta ocasión) que, como es natural, conviven con nosotros.

A estas alturas me resulta imposible discernir si mi actual situación es mejor o peor que la original; simplemente son distintas. En realidad la mayor parte de mi vida es idéntica a la que llevaba en el otro... universo, salvo en el cambio sutil (en su inicio, que no en sus consecuencias) que supuso conocer a la que ahora es mi esposa. Sin embargo, las consecuencias del cambio son enormes. Si ya he pasado por tres situaciones diferentes, ¿quién me garantiza que no pueda volver a experimentar otro cambio el día menos pensado? He intentado ponerme en contacto con el parapsicólogo que me atendió en mi anterior avatar, pero todo ha sido completamente inútil; existe, eso es cierto, pero ahora es un respetado profesor universitario famoso por sus estudios sobre la Teoría de la Relatividad.

Estoy solo, completamente solo, y tengo que asumirlo tal como es. Un nuevo cambio podría suponer tanto una mejora en mi vida como un empeoramiento, y no tengo forma alguna de saberlo a priori. De hecho, ni siquiera soy capaz de prever la existencia de posibles tránsitos en un futuro, por lo que ignoro por completo si voy a quedarme definitivamente aquí o si, por el contrario, mi vida será a partir de ahora un constante peregrinar por infinitos avatares.

Solamente Dios puede saber lo que me tiene reservado el destino, por lo que tan sólo me queda esperar resignadamente a mi futuro... Aunque éste pueda no ser halagüeño.

## ÉRASE UNA VEZ

-Y de esta manera, gracias al descubrimiento de la imprenta realizado un siglo antes por Zenón de Alejandría, la cultura clásica pudo sobrevivir sin grandes sobresaltos al colapso del Primer Imperio Romano. Eso es todo, señores; si desean efectuar alguna pregunta...

-¿Qué habría sucedido si Zenón no hubiera descubierto la imprenta? -inquirió una voz femenina desde el fondo del aula- ¿Se habrían perdido las obras clásicas?

-¿Quién lo sabe? -respondió el profesor adoptando una actitud filosófica- Aquí sólo podemos hacer suposiciones. ¿Qué hubiera ocurrido si Aníbal hubiera vencido a los romanos o si Atila no hubiera invadido Europa desde las estepas asiáticas? ¿Cuál sería nuestro presente si no se hubiera descubierto... el Nuevo Mundo, por ejemplo? -exageró- Somos historiadores, señores, no adivinos.

-Pero habrá algún método que permita suponer cómo habría sido la historia de haber ocurrido determinados sucesos... -esta vez era la aborrecida voz del empollón de la clase la que había salido al quite.

-Bien. -sonrió malévolamente el profesor tras depositar la tiza en la bandeja de la pizarra al tiempo que se sacudía pulcramente las manos- Ese puede ser un buen trabajo para ustedes. Es más, me parece una excelente idea: ¿Qué habría ocurrido en Europa de no haberse descubierto la imprenta durante el reinado de Constantino? Tienen dos semanas de plazo para redactarlo según sus propias ideas; luego leeremos aquí lo que hayan escrito y discutiremos sobre ello. Buen fin de semana; -evidentemente tenía prisa por marcharse- nos veremos de nuevo el lunes.

La clase era la última de la jornada del viernes, por lo que la desbandada de los estudiantes por los cuidados jardines del campus fue inmediata. Todos ellos se sentían embargados, en mayor o menor grado, por la satisfacción de disponer de todo un fin de semana recién estrenado, a la par que irritados al ver cómo éste les había sido chafado por la inoportuna intervención de los imbéciles de turno.

-Bueno, la parejita ha vuelto a aguaros la fiesta. -comentaba acaloradamente un joven a su compañero mientras caminaban por un sendero enarenado- Te juro que un día no voy a poder aguantar más y les voy a decir cuatro cosas bien dichas... ¡Pero qué se habrán creído los muy cretinos!

-Cálmate, Emilio, no merece la pena que te quemes más la sangre. -respondió flemáticamente su compañero- El mal ya está hecho, y nada ganamos con enfadarnos.

-¡Pero cómo quieres que no me enfade! -explotó el primero- Si es que no los aguanto... El sabihondo pelotas que siempre quiere quedar encima, y la relamida cabeza hueca que parece venir a clase después de haber estado pasando modelos... Y por si fuera poco, van y se hacen novios; si ya eran desagradables por separado, juntos no hay quien los aguante.

-¡Qué se le va a hacer! -filosofó su tranquilo interlocutor- Dicen que Dios los cría y ellos se juntan...

-No es esa precisamente la versión que corre por ahí. -apostilló maliciosamente Emilio- Dicen que ella comentaba a sus amigas, cuando todavía las tenía, su intención de cazar al más listo de la clase fuera éste quien fuera... La pena, es que no hubiera sido cojo o manco; -sentenció iracundo- y para colmo de males, ni tan siquiera es lo suficientemente feo.

-Tiene su lógica... El más listo con la más guapa; así podrán tener hijos atractivos e inteligentes.

-O feos como él y bobos como ella. -rebatió ardorosamente Emilio- Y no les estaría mal empleado.

-Bien. -sonrió el otro muchacho atajando a su ofuscado amigo- Es viernes, han terminado las clases, hace un tiempo precioso y tú no haces mas que refunfuñar. ¿Por qué no hablamos de cosas más agradables como... -engoló la voz imitando la del profesor- ¿qué hubiera pasado en Europa si no se hubiera descubierto la imprenta en tiempos de Constantino?

-¡Tú también, Julio! -sólo le faltó decir hijo mío, al tiempo que bajaba resignadamente los ojos pasando bruscamente de la irritación al abatimiento.

-Hombre, no te pongas así... -musitó su amigo un tanto corrido- Tan sólo bromeaba.

-Claro, como los fines de semana no haces más que leer y oír música... Pero yo tenía ciertos planes con Lidia que, mucho me temo, se han ido definitivamente al garete.

-¡Qué se le va a hacer! Otro fin de semana será.

-O no, teniendo en cuenta que anda por ahí suelto el moscardón de Mario... Pero bueno, supongo que no tendremos más remedio que escribir esa estupidez que nos han mandado inventándonos batallitas que nunca llegaron a existir.

-No lo creas. -arguyó Julio interesándose repentinamente por el tema- Bien pensado, puede resultar un ejercicio sumamente importante.

-¡Bah, tonterías! -exclamó Emilio con ardor- Es una soberana majadería pretender que la historia hubiera sido distinta de haberse dado unas circunstancias diferentes de las que en realidad se dieron; y todavía más inútil resulta intentar extrapolar estas hipótesis a más de mil años vista.

En el curso de su paseo ambos jóvenes habían llegado a una pequeña glorieta en la cual las pérgolas circundantes formaban un muro de verdor que la aislaba de su entorno encerrando casi, a modo de estuche vegetal, los bancos que allí existían. Lo apacible y recogido del lugar invitaba ciertamente al reposo, y así lo hicieron los dos amigos si bien Emilio, algo reticente, tuvo que ser ligeramente empujado por su compañero.

-¿Cómo puedes decir que es una tontería? -le increpó Julio apenas estuvieron sentados en uno de los bancos- Tú estás tan harto de leer ciencia ficción como yo, y sabes perfectamente que hay multitud de novelas que tratan precisamente este tema.

-Sí, del tipo de las de un señor que se va al Paleolítico, mata allí por error a un troglodita y se encuentra, al volver a su época, con una Tierra completamente diferente y desconocida... Y eso cuando no riza el rizo cargándose directamente a su requeteabuelo con la consiguiente e inmediata desaparición en el limbo del protagonista. ¿Y dices que eso no son tonterías?

-Hombre, no te falta algo de razón al decir que se han escrito muchas memeces, pero tampoco se puede decir que no haya absolutamente nada aprovechable en ello. -le recriminó su amigo.

-Bueno, nada hay en el universo que sea completamente absoluto... -concedió finalmente Emilio, más interesado en observar las bulliciosas evoluciones de los gorriones en celo que las sesudas elucubraciones de su serio compañero- De hecho, hay una única novela temporal que realmente me haya gustado y que salvaría de la quema; pero una sólo -remachó.

-¿Cuál?

-*El fin de la eternidad*, de Asimov. ¿La has leído?

-Claro. Pero eso fue hace ya algunos años, y la verdad es que no recuerdo demasiado bien los detalles. ¿Es aquella en la que aparecen unos seres dedicados a modificar continuamente el tiempo?

-Sí, así es; pero de una forma muy peculiar y completamente distinta a la que suele aparecer en los tópicos habituales del género.

-Creo recordar... Había una especie de inercia cronológica; ¿me equivoco?

-No, y es precisamente en ese punto donde radica la principal diferencia. Mientras que la mayor parte de los autores presentan un modelo ramificado de la evolución temporal en base a líneas que se bifurcan a partir de una encrucijada, divergiendo y separándose para siempre, Asimov postula una situación, que tú has definido muy acertadamente como inercia cronológica, según la cual la trama temporal desviada con respecto a su curso inicial siempre acabaría volviendo, tarde o temprano, a su cauce. De este modo cualquier posible alteración temporal, por drástica que esta fuese, no conduciría a una situación irreversible sino tan sólo a una modificación transitoria.

-Tienes razón; así era efectivamente. -reconoció Julio mirando a su compañero- Y se trata de una teoría bastante interesante.

-Como que ésta sería la única manera posible de actuar en el tiempo si tal circunstancia se pudiera dar. -respondió vivamente Emilio- Puede que el asesinato de Julio César o la captura del emperador Valeriano por el rey persa Sapor alteraran dramáticamente la historia inmediata de sus respectivas épocas, pero no creo que ninguna de esas dos cosas, o de las otras muchas que han sucedido durante milenios, haya sido capaz de afectar mínimamente a nuestra realidad actual. Por lo tanto el planteamiento de nuestro maldito trabajo es completamente absurdo, ya que mil quinientos años es un tiempo sobradamente suficiente como para que no nos hayamos enterado de estos posibles cambios; con imprenta o sin ella, el Primer Imperio Romano se habría acabado derrumbando exactamente igual en el siglo V, y habría habido también una época de confusión y anarquía seguida de un renacimiento del orden social y la cultura. ¿Dónde está, pues, la diferencia? -concluyó desafiante- Nosotros continuaríamos estando aquí independientemente de que durante algún tiempo la historia hubiera sido distinta.

-Un momento, mi impulsivo amigo. -le interrumpió Julio al tiempo que tiraba al suelo el palito con el que había estado hurgando en la boca de un hormiguero- Ya que tanto te gusta Asimov, supongo que habrás leído también sus novelas del ciclo de las *Fundaciones*. ¿Me equivoco?

-Por supuesto que las he leído. -respondió el interpelado, irritándose ante la mera sospecha de que un buen aficionado a la ciencia ficción, como era él, pudiera desconocer esas piedras angulares del género- Tanto la trilogía original como las chapucillas que escribió a continuación.

-Me basta con las tres primeras. -sonrió condescendentemente su amigo- Aquí también nos encontramos con un tratamiento verosímil del tiempo, mucho más científico además que el de la otra novela.

-Supongo que te estarás refiriendo a la psichistoria...

-En efecto; pero lo más importante de cara a nuestra discusión no es el hecho que los protagonistas puedan ser capaces de predecir el futuro, sino la circunstancia de que dominan la manera práctica de acelerarlo.

-¿Qué quieres decir con eso?

-Algo tan sencillo como que los jerarcas de la Fundación descubren ya desde el principio que son incapaces por completo de evitar el colapso del Imperio Galáctico y la posterior barbarie de una edad oscura, pero no obstante consiguen reducir ese período histórico de decadencia a una duración temporal mucho menor. -concluyó triunfalmente el joven.

-Luego entonces, según tú, de no haberse descubierto la imprenta en las postrimerías del Primer Imperio Romano...

-Probablemente el discurrir histórico no hubiera sido demasiado distinto, pero sí habría resultado mucho más lento.

-No lo sé. -dudó Emilio- Reconozco que ahí sí me has pillado... Aunque, ¡espera! -se interrumpió repentinamente- ¿recuerdas otro un cuentecito suyo, del cual no te sé decir el título, en el que se llegaba a la conclusión de que cualquier posible alteración de la historia tendría que haber ocurrido ya y, por lo tanto, nos sería asimismo conocida?

-Claro. -sonrió Julio- El cuento se titula *La carrera de la reina colorada*, y en él demuestra Asimov la imposibilidad lógica de que pueda existir un cambio cronológico que no hubiera ocurrido ya; pero no es de posibles alteraciones artificiales de la historia de lo que estamos hablando, sino de la posibilidad de que ésta hubiera transcurrido de una manera distinta sin necesidad de perturbaciones externas de ningún tipo.

-Muy sutil encuentro a tu razonamiento.

-Puede que sea como tú dices; pero lo cierto es que tenemos que hacer el trabajo nos guste o no. Así que, ya tienes tema de conversación con Lidia para este fin de semana. -concluyó socarrón al tiempo que se perdía entre risas por el frondoso camino que conducía a la salida del parque.

-¡Imbécil! -exclamó el chasqueado muchacho viéndole desaparecer entre la espesura- ¡Qué sabrás tú de mujeres!

\* \* \*

Una semana más tarde un grupito de estudiantes merendaba apaciblemente en la cafetería de la facultad. No era nada normal, ciertamente, que en una tarde de viernes, primavera para más señas, estos muchachos no hubieran abandonado hacía ya tiempo el



recinto universitario... Pero de sobra eran temidos los suspensos del profesor de Historia Antigua, suspensos por otro lado bien difíciles de levantar. Así pues allí estaban los siete amigos al pie del cañón, y no precisamente por su gusto, intentando establecer una estrategia común de cara a la redacción de sus respectivos trabajos, al tiempo que flotaba asimismo en el ambiente un acuerdo tácito aunque no confesado de mostrar un frente único ante la odiosa parejita que, de acuerdo con su inveterada costumbre, haría todo lo posible por lucirse una vez más a costa del resto de sus compañeros.

En las deliberaciones previas que habían tenido lugar a lo largo de la semana se habían ido decantando fundamentalmente dos posturas distintas: La de aquéllos que defendían el modelo arborescente y la de los que, como era el caso de Emilio, preferían las teorías asimovianas acerca de un futuro inmutable en el que sólo eran posibles pequeñas fluctuaciones locales. Existía aún una tercera vía que propugnaba un modelo mixto, ramificado pero con los distintos caminos entrecruzados entre sí hasta formar una malla similar a la de los tableros de ciertos juegos de mesa; en la práctica, esto se traducía en un planteamiento intermedio entre las dos teorías rivales ya que, dependiendo del camino descrito entre los distintos nudos, podría alcanzarse finalmente bien la misma meta bien otra completamente distinta de la lograda por otra ruta... Claro está que, como siempre suele suceder con las propuestas presuntamente conciliadoras entre dos posturas antagónicas, esta última era rechazada por todos excepto por su atribulado defensor...

Aunque, si en algo estaban de acuerdo los siete amigos era en la necesidad de presentar un frente común ante el enemigo encarnado tanto en el profesor como en la parejita. Y, puesto que ponerse de acuerdo es algo que jamás ha resultado fácil desde que el hombre es hombre, todos ellos convinieron en la necesidad de nombrar un coordinador, responsabilidad que acabó recayendo sobre los hombros de Julio con general beneplácito. Así pues, era éste precisamente quien ahora se dirigía a sus compañeros expresándoles las ideas que había pergeñado durante los últimos siete días.

-Doy por supuesto que admitiréis -decía- la necesidad de establecer una metodología apropiada.

-Claro. -respondió uno de sus interlocutores- Lo malo es que ni tan siquiera hemos conseguido ponernos de acuerdo...

-Sí en lo fundamental; -le rebatió con vehemencia- ya que estamos decididos a aceptar la existencia de encrucijadas temporales básicas en el discurrir de la historia, por más que discrepemos acerca de los caminos que puedan discurrir entre las mismas.

-¿Y qué diferencia hay? -preguntó una chica flacucha y desvaída.

-Pues mucha. ¿Te parece poco?

-Yo estoy con Marta. -salió al quite un joven que tenía todo el aspecto de ser el novio de la muchacha- ¿De qué sirve que coincidamos en algo si discrepamos en todo lo demás? No veo que esto suponga demasiadas ventajas...

-¿Quién sabe? -insistió Julio- ¿Pero por qué no dejamos de discutir y abordamos de una vez el problema?

-Empecemos ya. -apremió Emilio- Así que, desembucha.

-Como queráis. -concedió el joven saboreando su victoria- Yo he redactado una lista con los acontecimientos históricos que me han parecido más relevantes, aquéllos precisamente que hubieran podido suponer un giro radical de la historia de haber sucedido de una manera diferente... Así que, si os parece bien, voy a leerlos.

Aparentemente les pareció bien, por lo que, desdoblado unos papeles que sacó del bolsillo, comenzó a desgranar minuciosamente los principales hitos de la historia de la humanidad a partir del hecho clave del descubrimiento de la imprenta.

-Atended. -remachó- En el año 321, ocho años después del Edicto de Milán, Zenón de Alejandría descubre la imprenta.

»En el 337, muere el emperador Constantino.

»Durante el reinado del emperador Juliano, entre los años 361 y 363, la imprenta se extiende por todo el imperio produciéndose un extraordinario auge de las bibliotecas.

»En el 395, fallece el emperador Teodosio dividiéndose el imperio en dos. Honorio es nombrado emperador de Occidente.

»A principios del siglo V, aproximadamente entre los años 406 y 429, se producen las grandes invasiones germánicas en el imperio de Occidente. Estilicón salva a Italia pero es asesinado por Honorio.

-¿No es un poco aburrido? -interrumpió una chica morena.

-¿Qué quieres que yo le haga? -respondió Julio con irritación- Es la historia.

-¡Cállate, Lidia! -exclamó Emilio quien, al parecer, gozaba de gran ascendiente sobre la muchacha.

-Continúa. -zanjó flemáticamente Julio- En el año 410 los visigodos de Alarico saquean Roma.

»En el 451 los romanos y sus aliados bárbaros derrotan a los hunos de Atila en la batalla de los Campos Cataláunicos.

»En el 455, muerto ya el general romano Aecio, los vándalos de Genserico saquean nuevamente Roma.

»En el 476 el bárbaro Odoacro destrona a Rómulo Augústulo, el último emperador romano de Occidente.

»A finales del siglo V los ostrogodos conquistan Italia y Teodorico se proclama rey de la península.

»En el 507 tiene lugar la batalla de Vouillé. Un ejército conjunto de ostrogodos y visigodos derrota a los francos, que se retiran al norte de las Galias mientras los visigodos consolidan el reino de Tolosa.

»Un año después, tras el fallecimiento del rey visigodo Alarico II, Teodorico es proclamado rey de todos los godos. Su reino se extiende por Hispania, Italia y gran parte de las Galias.

»En el 512 Teodorico es proclamado emperador de Occidente. Este monarca protege y potencia a la cultura clásica que comienza a recuperarse lentamente del colapso experimentado a raíz de los últimos conflictos que asolaron al antiguo imperio de Occidente. Se produce también una recuperación económica y social.

-¿Queda mucho? -esta vez había sido Marta la responsable de la nueva interrupción.

-No. -gruñó Julio al tiempo que continuaba sin hacer la más pequeña pausa- En el 520 los francos son derrotados de nuevo y expulsados de la mayor parte de las Galias junto con sus aliados burgundios. En el 526 muere Teodorico y es sucedido por Amalarico, segundo emperador godo.

»Un año después, en el 527, Justiniano es coronado emperador de Oriente. Poco después comienza a organizar la conquista del imperio de Occidente, pero la conversión de los godos al catolicismo en el año 532 frena su iniciativa. Finalmente, en el 535 reconoce al imperio godo firmando con Amalarico tratados de paz que regulan también la colaboración entre ambos imperios. Al menos sobre el papel, se recupera el concepto de Orbe Romano.

»Los frutos de la nueva situación política no tardan en hacerse sentir. En los años sucesivos los godos, cada vez más romanizados, acaban por expulsar definitivamente a francos y burgundios más allá del Rin al tiempo que conquistan el reino de los vándalos, en el norte de Africa. El imperio de Oriente, por su parte, traslada sus ejércitos a las fronteras orientales venciendo a los persas y a los eslavos y reconquistando la Dacia y las riberas del mar Negro.

»En el 565 muere Justiniano. Tres años después los lombardos invaden Italia siendo derrotados y expulsados más allá de los Alpes por los ejércitos aliados de los godos y del emperador de Oriente.

»En los últimos años del siglo VI el imperio de Occidente reconquista Britania y ocupa Hibernia. Se realizan expediciones más allá del Rin, en tierras de germanos. Se vuelve a derrotar a los lombardos y se recupera el territorio situado entre los Alpes y el Danubio, reconstituyendo el antiguo limes romano.

»En el año 622 tiene lugar la Hégira de Mahoma. Trece años después, en el 635, los emperadores de Oriente y de Persia, aliados en esta ocasión frente al enemigo común, vencen a los ejércitos musulmanes en la batalla de Damasco, conjurándose el peligro mahometano. Cinco años más tarde tiene lugar una nueva victoria bizantina, tras la cual las tropas imperiales conquistan La Meca y destruyen el santuario de la Kaaba. El islamismo es confinado en la península arábiga, y su poder político y militar queda quebrantado de forma definitiva. Constantinopla implanta un protectorado sobre Arabia, estableciéndose guarniciones imperiales en La Meca, Medina y Adén. Se renueva el tratado de paz entre romanos y persas.

»En el año 679 unas nuevas hordas bárbaras, los búlgaros, invaden el imperio de Oriente. Constantino IV, con ayuda de los godos, los derrota y expulsa más allá de los límites del imperio.

»En el año 719 tiene lugar la unión dinástica entre los imperios de Oriente y Occidente. León III es proclamado emperador único. Años después, este emperador someterá definitivamente a los búlgaros y a los eslavos del sur extendiendo las fronteras del imperio hasta el corazón mismo de centroeuropa.

-Un momento. -intervino finalmente Emilio interrumpiendo de nuevo a su amigo- Todo lo que has leído está muy bien y es sumamente interesante, pero empieza a resultar farragoso y, al menos yo y no sé si al resto de la gente le ocurrirá lo mismo, -y al decir esto acompañó a la frase con una mirada envolvente alrededor del grupo- estoy empezando a perderme. ¿No podrías resumir algo más tu cronología?

-Lo intentaré. -refunfuñó Julio al tiempo que ordenaba sus papeles- De todos modos, pensaba daros a todos vosotros copia de lo que estoy leyendo.

-Continúa. -apremió otro de los chicos- Y no hagas caso a estos pesados.

-Gracias, Carlos. Bien, nos habíamos quedado en el primer tercio del siglo VIII; a mediados de esta centuria ya se había conquistado la totalidad de la Germania, y en las décadas posteriores se iniciaron las expediciones a la península escandinava. El siguiente

siglo, el IX, supuso la cristalización de todos los esfuerzos realizados durante todos los años anteriores: Se había salvado el orbe romano y la cultura clásica, renovada con las importantes aportaciones del cristianismo primero y de los pueblos germánicos después, gozaba de una salud más sólida que nunca gracias en buena medida a la extraordinaria expansión que había experimentado a raíz de la proliferación de las imprentas por prácticamente toda la extensión del imperio.

»Los godos, que habían sido los salvadores en última instancia de la parte occidental del imperio, estaban ya completamente integrados desde hacía mucho en la trama social del imperio romano, mientras los bárbaros sojuzgados más recientemente -francos, sajones, lombardos, eslavos y búlgaros principalmente- no representaban ya el menor peligro. De los antiguos enemigos orientales tampoco había que temer nada; los persas eran unos aliados fieles y los árabes, sometidos a un férreo control militar, seguían confinados en sus vastos desiertos de arena. La situación se presentaba, pues, propicia para intervenciones de mayor relevancia y así, al filo del año mil, se producían las primeras expediciones atlánticas que habrían de concretarse, años más tarde, en el descubrimiento del Nuevo Mundo. Podríamos seguir hablando largo y tendido de la colonización del Nuevo Mundo, de la expansión por las estepas rusas o de las largas guerras con los mongoles y los turcos; pero yo creo -concluyó- que ya tenemos bastante con llevarlo hasta aquí. ¿No os parece?

Eso mismo les debió de parecer a todos ellos, puesto que ninguno de sus amigos abrió la boca para contradecirle. A decir verdad, estaban más bien abrumados ante el alud de datos con el que les había aplastado su concienzudo amigo.

-Julio, todo eso está muy bien, pero déjanos un respiro para que podamos digerir antes todo lo que nos has soltado.

-Víctor tiene razón. -apoyó la tercera de las muchachas, una rubita menuda y de aspecto simpático- Mucho me temo que vamos a tener que ir paso a paso, y no de golpe, si es que queremos sacar algo en claro.

-De acuerdo, Cristina, de acuerdo. -concedió Julio sonriendo- Me he pasado un pelín. ¿Por dónde queréis que empecemos?

-Por el principio, diría yo. -atajó Marta con impaciencia- ¿Por dónde va a ser, si no?

-Bien, pues sois vosotros los que tenéis la palabra. Vayámonos al año 321 y hagamos desaparecer del mapa a Zenón y a su invento; ya no tenemos imprenta y los libros se siguen escribiendo a mano al menos durante una buena temporada. ¿Qué pasa a continuación?

-Según el profesor, la imprenta fue fundamental para evitar que el colapso político y social del Primer Imperio viniera acompañado de un hundimiento cultural del que la

sociedad romana hubiera tardado muchos siglos en recuperarse. -apuntó tímidamente Carlos- Si no hubiera existido la imprenta, habría sobrevenido una época de oscurantismo y barbarie; además, está bastante claro que...

-¡Un momento, sabihondo! -le interrumpió el siempre vehemente Emilio- Las cosas no tienen por qué ser así de sencillas. Imagínate que la imprenta se hubiera descubierto treinta, cincuenta, cien años después...

-O doscientos antes, puestos ya a elucubrar. -protestó Julio- Las posibilidades son en teoría infinitas, pero de todas ellas únicamente nos interesa una para nuestro planteamiento: Aquélla en la que la imprenta no fue descubierta con anterioridad a la caída del Primer Imperio Romano. Ésta es nuestra hipótesis de partida, y a ella tenemos que ceñirnos obligatoriamente si no queremos andar divagando sin sentido.

-Eso es absurdo. -insistió Emilio, nada propenso a dar su brazo a torcer- Si suprimimos algo tan evidente como es el descubrimiento de la imprenta, lo único que vamos a conseguir será incurrir en una incongruencia.

-¿Estás seguro de ello? -intervino Carlos.

-Por supuesto. Aceptar esta hipótesis es algo tan ridículo como pretender que en el paleolítico no se hubiera descubierto el fuego. Los inventos no surgen porque sí, sino que son consecuencia de unas circunstancias sociales determinadas, y si una casualidad impidiera la aparición de un nuevo descubrimiento en un momento dado, cabría esperar que éste apareciera inmediatamente después por otro camino distinto.

-Claro. -ironizó Carlos- Por esa razón los griegos, que eran unos excelentes matemáticos a la par que unos magníficos arquitectos, jamás llegaron a utilizar ni el arco ni la bóveda a pesar de su extrema utilidad arquitectónica.

-Pura casualidad.

-Llámalo como quieras; pero no se trata ni mucho menos de un caso único. Las culturas indígenas del Nuevo Mundo, a pesar de toda su sofisticación, nunca conocieron la rueda o, si lo hicieron, no fueron capaces de encontrarle un uso práctico. Y los propios ingenieros del Antiguo Imperio, sin ir más lejos, tampoco alcanzaron a inventar algo tan elemental como el sifón; claro está -ironizó- que gracias a este olvido conservamos hoy sus magníficos acueductos.

-Añade unas cuantas cosas más -remachó Julio- tales como la pólvora, los globos aerostáticos o la máquina de vapor... Todas ellas estaban perfectamente al alcance de la tecnología de su época pero, por la razón que fuera, los antiguos romanos no los inventaron o si los conocieron, y estoy pensando en los artilugios de Herón de Alejandría,

nunca llegaron a encontrarles una aplicación práctica. Así pues, no es más disparatado pensar que sin Zenón el Antiguo Imperio se habría hundido desconociendo la imprenta.

-Escuchad, chicos, yo creo que estamos perdiendo el tiempo en discusiones estúpidas. -intervino Cristina intentando poner un poco de orden en el revuelo- Estamos condicionados por unas premisas muy determinadas, y a ellas debemos ceñirnos queramos o no; todo lo que divaguemos fuera de este marco será necesariamente inútil.

-Yo pienso lo mismo. -apostilló Víctor, que hasta entonces no había hablado demasiado- Tenemos que partir del marco que nos fijó el profesor, es decir, que el Primer Imperio se hundió en el siglo V sin llegar a conocer la imprenta.

-¿Y por qué en el siglo V? -insistió Emilio.

-Bueno, esa es una de las cosas que deberemos considerar. -matizó Julio intentando hacerse con el control de la conversación- Pero antes deberíamos ponernos de acuerdo siquiera acerca de si preferimos el modelo arborescente o el cíclico; de esta decisión dependerá que los nudos históricos que seleccioné continúen siendo válidos o no.

Siguió a esta sugerencia una encendida discusión en la que cada uno de ellos intentó defender con encarnizamiento sus propias teorías; y habría acabado exactamente igual que empezó, es decir, en total desacuerdo, de no haber surgido una nueva propuesta de boca de una de las muchachas, Marta concretamente.

-Bueno, esto empieza a parecerse peligrosamente a un gallinero. -dijo- Y así no vamos a llegar a ninguna parte.

-Danos tú la solución ya que eres tan lista -le espetó Lidia.

-Yo no tengo la solución. -se defendió- Pero lo que sí sé es que así no vamos a conseguir nada.

-Venga, chicas, no discutáis. -medió Emilio- Lo que tenemos que hacer es ponernos de acuerdo acerca del marco de partida para que cada cual trace por separado su propio esquema.

Así se acordó, con la consecuencia práctica de que no llegó a haber una nueva reunión; de forma que, a la postre, cada cual presentó en clase una semana después lo que mejor le pareció. Y como era de esperar, se trataba de hipótesis dispares difícilmente conciliables entre sí.

Pero lo peor no fue eso, ni tan siquiera lo fue la falta de una postura común frente a la odiada parejita, sino la insufrible arrogancia del profesor que, haciendo honor a su bien

merecida fama de *hueso*, se dedicó a deleitarse despellejando los trabajos presentados por sus alumnos sin dejar literalmente títere con cabeza.

-¡Señores! -clamaba teatralmente rezumando soberbia por todos sus poros- Nosotros somos historiadores, no novelistas... ¡Y menos aún de ciencia ficción! Al menos, los escritores de novela histórica procuran dar verosimilitud a sus tramas, pero ustedes... ¡Ustedes han desvariado presentándome relatos absurdos e imposibles! ¿Qué es eso de meter por medio mitos como el de la Atlántida? -una chica de la tercera fila hizo lo indecible por esconder su bochorno clavando los ojos en el suelo- ¿O de sacarse de la manga, en pleno colapso de la Edad Oscura, inventos como el de la máquina de vapor? Por no hablar, claro está, de la imaginación calenturienta de alguien -enfaticó el pronombre, mirando aviesamente a la indefensa víctima- que no tiene el menor empacho en imaginar un mundo alternativo en el que la humanidad ¡ha conquistado las estrellas! Aunque tampoco son mancos quienes proponen frívolamente -en el reparto de filípicas le había llegado el turno a la parejita- una Tierra devastada por una apocalíptica guerra nuclear.

-¡Señores! -repitió el docente recurriendo de nuevo a su apelativo favorito- Ni uno solo de ustedes, insisto, ni uno solo, me ha entregado un triste trabajo mínimamente coherente. ¿Y pretenden ser historiadores profesionales? Mucho me temo que han equivocado su vocación. Más les valdría haberse dedicado a la literatura... A la literatura de consumo rápido, se entiende, porque ni calidad tienen para escribir. ¿Qué he hecho yo, señores, para merecerme esto?

Mientras el iracundo profesor se desahogaba volcando sobre ellos toda su bilis, los estudiantes guardaron un sepulcral silencio convencidos, por experiencia propia, de que rechistar no haría sino empeorar las cosas; bastante complicado tenían ya el aprobado como para jugar al peligroso deporte de rebatir a ese energúmeno, famoso en todo el campus por su afición a humillar a los alumnos. Mejor sería aguantar a pie firme el chaparrón como buenamente pudieran.

Pero en esta ocasión el temporal no tenía la menor pinta de amainar. Por los mentideros de la facultad circulaban rumores apócrifos, nunca confirmados pero tampoco desmentidos, asegurando que el mal humor crónico del irascible docente era prueba irrefutable de una discusión doméstica nocturna -algo aparentemente hartó frecuente- con su cónyuge; de ser ciertos, en esta ocasión la bronca debía haber sido espectacular a juzgar por lo duradero de su enfado.

Lo que todavía no sabía nadie era que éste necesitaba una víctima propiciatoria para calmar a sus manes... Y la encontró en el sufrido Julio, convertido en pararrayos de todas sus iras.



-¡Sí! -no cabía la menor duda de que la Iglesia había perdido un magnífico predicador- Ninguno de ustedes ha sido capaz de hacer como Dios manda el sencillo trabajo que les encomendé... Pero ha habido alguien -y clavó una mirada asesina en el despavorido Julio- que les ha dejado a todos en mantillas a la hora de elucubrar disparates. ¿Verdad que sí, señor San Pedro?

-Yo... Yo lo hice lo mejor que pude. -balbució el interpelado- Lo mejor que pude.

-De eso no me cabe la menor duda. Pero, ¿de qué le sirve el esfuerzo realizado si el resultado es algo completamente inútil? Porque, y esto va para todos ustedes, si bien el señor San Pedro no ha pergeñado unos disparates mayores que los del resto, se da la circunstancia, y esto es lo que me ha llamado la atención, de que su trabajo es verosímil... Aunque en modo alguno verídico.

Hizo una pausa para recobrar el aliento y continuó:

-Es precisamente ahí donde radica el problema, señor San Pedro. Su hipótesis no es más descabellada que la de sus compañeros pero, a diferencia de éstos, usted la ha urdido con tal habilidad que podría llegar a engañar a algún incauto. Como novela histórica o, mejor dicho, ucrónica, no está mal del todo, pero... Por si no lo saben, les recuerdo que nos encontramos en una facultad de historia, no en un taller de literatura, y a ustedes se les está intentando inculcar, con arduos esfuerzos por cierto, un mínimo de rigor científico, ya que no es nuestra labor fomentar imaginaciones calenturientas. Por suerte, los tiempos de Herodoto y de Suetonio quedaron ya muy atrás en el pasado.

-Yo... No pretendía...

-Lo sé, se nota perfectamente que usted se tomó el encargo en serio... Pero como dice el refrán, el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones.

»De todos modos, -prosiguió suavemente el profesor- su trabajo me ha llamado poderosamente la atención, preciso es reconocerlo, aunque haya sido para escandalizarme... señor San Pedro, la historia es, desde hace mucho tiempo, una disciplina rigurosa que se rige por una metodología tan precisa como las de las ciencias experimentales. Se acabaron ya las crónicas que tenían mucho más de literario, cuando no de fantástico, que de histórico.

»Yo lo único que les había pedido era que describieran una posible historia alternativa, pero respetando escrupulosamente la metodología histórica. Y eso, señor San Pedro, es precisamente lo que usted no ha hecho. ¿Le importaría decirnos, a mí y a sus compañeros, en qué basa usted su gratuita suposición de que el colapso del Primer Imperio Romano habría de originar un retroceso cultural y social que perduraría durante casi mil años y del cual Europa saldría dividida en multitud de estados antagónicos? ¿No le parece a usted sencillamente absurdo?

-No, señor. -Julio había decidido pasar al ataque- Al no existir un vehículo de transmisión cultural tan fundamental como la imprenta, el retroceso social habría sido mucho más dramático y duradero de lo que en realidad fue...

-¿Incluyendo la degeneración del latín y su fragmentación en varios idiomas distintos? -se burló su interlocutor, aceptando aparentemente el reto.

-Por supuesto. -la bizarría de Julio le había granjeado la admiración de sus perplejos compañeros- Teniendo en cuenta que la escritura ha sido siempre el principal factor estabilizador del lenguaje, no resulta disparatado suponer que, sumidos en una crisis política, económica y social de la magnitud de la que afligió al Primer Imperio Romano, de no contar con el beneficio de la imprenta nuestro idioma podría haber acabado convirtiéndose en otros quizá incluso mutuamente ininteligibles.

-Muy seguro parece estar usted de ello. -respondió el docente, sorprendido por la vehemencia de su díscolo alumno pero firmemente decidido a ganarle el pulso- sin embargo, existen varios puntos débiles en sus argumentos que convierten en falsa su hipótesis. Para empezar, me sorprende sobremanera que desprecie usted de forma tan frívola la importancia de la identidad cultural, la *oikumené* de los griegos, a la hora de preservar un patrimonio común de la importancia del idioma...

-Pero...

-Asimismo -prosiguió incansable el engallado profesor, decidido a no dar el menor cuartel- ignora usted olímpicamente la lógica tendencia a reunir de nuevo los distintos pedazos en los que saltó el Primer Imperio Romano tal como ocurrió realmente tanto en nuestra cultura como en otras como la china, la india o la persa; a mi modo de ver, se trata de algo inevitable. Entiendo que los reyezuelos bárbaros asentados en las tierras del antiguo Imperio de Occidente no estuvieran demasiado por la labor, pero ¿qué me dice usted del Imperio de Oriente, que fue en definitiva el restaurador del antiguo Orbe Romano? Controlando sus emperadores la mitad más rica del antiguo Imperio, y manteniendo intacto su potencial militar, resulta absurdo pensar que no intentaran reconquistar la mitad occidental por mucho que ésta hubiera caído en la barbarie más absoluta tal como usted propone... Es más, esta circunstancia les habría facilitado todavía más las cosas.

-Yo afirmo que Justiniano logró reconquistar los territorios occidentales... -objetó Julio, logrando vencer momentáneamente la férrea guardia de su rival- Pero aparte de encontrarse con la lógica oposición de los reinos bárbaros, a la que habría que sumar también sus propios conflictos internos y las consecuencias de la invasión lombarda de Italia, a la que no habrían podido rechazar por sí mismos los imperiales sin el auxilio de los reyes bárbaros, he introducido el factor de la expansión de los musulmanes, que apenas un siglo después habrían conquistado vastos territorios en la cuenca mediterránea,

incluyendo buena parte del propio imperio romano de Oriente. A raíz de entonces Constantinopla habría dejado de regir un gran estado, convirtiéndose en la capital de un simple reino cristiano no mucho más poderoso que los de Europa occidental, perdiendo así de forma definitiva su condición de posible restaurador del antiguo Imperio Romano.

-¡Ahí precisamente es a donde quería llegar yo! -exclamó triunfante el profesor aprestándose a apuntillar al imprudente muchacho- Eso que acaba de decir usted es una de las mayores barbaridades que he tenido ocasión de oír en todos mis años de docencia. ¡Los musulmanes convertidos en una potencia mundial capaz de expandirse por la mitad oriental y meridional del Mediterráneo, llegando incluso a conquistar la propia península ibérica! ¡Todo el norte de África, con Egipto incluido, todo el Oriente Medio, el imperio persa completo! Y como al señor San Pedro todavía le parecía poco, deja pasar unos cuantos siglos ¡y les regala también todo lo que quedaba del antiguo imperio romano de Oriente: Asia Menor, Grecia y hasta la propia Constantinopla! Y ya puestos, ¡añade al lote la totalidad de los Balcanes y buena parte de la cuenca del Danubio! ¡Señores, les aseguro que esto es demasiado para un pobre profesor de historia como yo! -concluyó teatralmente.

-Reconozco que se trata del punto más discutible de mi hipótesis, pero eso no quiere decir que se trate de algo inverosímil. -rebatía Julio- Evidentemente no ocurrió así, pero pudo haber ocurrido.

-¿Ah, sí? Pues me gustaría saber cómo, porque yo no le encuentro ni pies ni cabeza por muchas vueltas que le doy. Pero hombre de Dios, ¡si los musulmanes de la época de Mahoma eran poco más que unas hordas de nómadas semisalvajes! ¿Cómo tiene usted la osadía de convertir a esos desarraigados en los conquistadores de los dos imperios más poderosos de su época? Fíjese en ellos, todavía hoy en día siguen arrinconados en su península sin que hayan evolucionado apenas desde entonces, salvo que ahora tienen petróleo... Pero no cultura ni, por supuesto, poderío. ¿A quién pretende convencer usted de ello? Porque a mí, desde luego, no.

-Conviene no menospreciar la fuerza de la religión. -el joven no daba su brazo a torcer- También el cristianismo comenzó siendo una de tantas sectas judías que pululaban por Palestina, y acabó convirtiéndose en la religión oficial del Imperio...

-¡Pero contaba con el sustrato de una organización política y social perfectamente consolidada! ¡Nuestros antepasados eran gente civilizada, no unos desarraigados nómadas del desierto! Señor San Pedro, le aseguro que no pretendo que justifique usted sus argumentos; me basta con que me diga las razones por las que los eligió entre otros muchos igualmente peregrinos, como la conquista del Mediterráneo occidental por los persas o, qué sé yo, la creación de un imperio mongol en el Asia Central... Por decir se pueden decir muchas cosas, pero no basta con ello; es necesario justificarlas.

-Bien.. -respondió Julio, pasándose la punta de la lengua por los resecos labios- Ya he admitido que se trata del eslabón más débil de la cadena, pero he supuesto que la fiera tradicional de los árabes, unida a un fanatismo religioso lo bastante fuerte... La fe mueve montañas. Además, al salir de Arabia se encontrarían con hermanos de raza en amplias zonas del Próximo Oriente: Nabateos, palmiranos, sirios, mesopotámicos incluso... Todos ellos podrían haberse aliado con los mahometanos.

-¿Y por qué no, ya puestos, con el emperador persa? Olvida usted que todos esos pueblos que ha citado, e incluso alguno más de origen semita que ha omitido, llevaban siglos, cuando no milenios, engarzados en la trama común de las culturas mediterráneas. ¿Iban acaso a renunciar a su modo de vida para abrazar la fe de unos bárbaros fanáticos? Aún más, ¿cree usted que esas hordas podrían haber sido capaces de enfrentarse al poderío de uno cualquiera de los dos imperios de la zona, el persa o el romano de Oriente?

-Confieso que la suya es la interpretación aparentemente más lógica de todas las posibles... Pero sólo aparentemente. La historia no se rige por leyes matemáticas como usted bien sabe, y dos y dos no tienen por qué ser obligatoriamente cuatro. Es evidente que, desde un punto de vista teórico, cabe pensar que las cosas habrían sucedido tal como usted propone, pero... yo he creído más interesante echarle algo de imaginación planteando la posibilidad de que la historia se desarrollara en unas circunstancias anormales, aunque no por ello imposibles.

-¿Cuáles? -el profesor comenzaba a mirar con respeto a su alumno.

-Ahí está escrito, y supongo que usted lo habrá leído. Disensiones internas en un imperio oriental desangrado tras las desastrosas campañas italianas; debilidad del otrora poderoso imperio persa; y, lo más importante, continuas guerras de desgaste entre ambos. Los mahometanos habrían sido oportunistas, muy oportunistas...

-¿Pero, tanto? Olvida usted que, si bien en ocasiones las invasiones bárbaras se saldaron con éxito, estos pueblos acabaron siendo asimilados por las sociedades a las que presuntamente dominaban, mucho más desarrolladas que ellos, como ocurrió con los dorios en Grecia, con los mongoles en China, con los germanos en el occidente europeo... Así pues, de haberse dado esta circunstancia, ¿no encuentra usted verosímil que los mahometanos hubieran acabado siendo asimilados por las poblaciones conquistadas y no justo al contrario, tal como postula usted? Voy a ir más lejos. Admitamos por un momento que éstos hubieran sido capaces de implantar su religión al igual que siglos antes ocurriera con el cristianismo; salvo en el hecho de que todos nosotros adoráramos a Alá, después de tantos siglos la situación política, económica o social de nuestra cultura no debería ser demasiado diferente de la actual, salvo en detalles anecdóticos como que la península arábiga estaría incluida quizá dentro de nuestras fronteras... Algo completamente diferente a lo que usted propone, tan inverosímil como esa deslatinización de vastas zonas del Imperio que tan imprudentemente propugna.

»Eso es todo, señores -zanjó el profesor, incómodo ante la persistencia del debate- Como ya les he dicho anteriormente, aquí estamos para estudiar historia, no para elucubrar sobre narraciones fantásticas. Señor San Pedro, lamento tener que decirle que, pese al innegable mérito de su trabajo, me veo obligado a suspenderlo. En cuanto a los demás, tomen buena nota de ello; no pienso consentir la menor frivolidad en mi asignatura. Pueden marcharse.

El sordo rumor de las sillas arrastrándose por el suelo fue el único sonido que quebró el glacial silencio en el que los muchachos salieron al pasillo. Ensimismado en sus pensamientos Julio fue el último en abandonar el aula, seguido por la penetrante mirada del profesor. Mil ideas encontradas bullían en su encendida cabeza, pero sobre la indignación que le embargaba por la humillación sufrida y lo que él consideraba una flagrante injusticia, prevalecía su firme convicción de que, pese a la tozudez de su interlocutor, él seguía teniendo razón y el mundo por él imaginado hubiera podido existir.

## TODO ES SEGÚN EL COLOR...

Comenzó a sentir una sensación extraña cuando aquel lunes por la mañana, al conectarse el radio despertador, oyó entre sueños algo relativo a un tratado de amistad entre la República Austrohúngara y la Federación Eslava que sellaba definitivamente la tradicional rivalidad entre ambas potencias vecinas. Como acto seguido volvió a quedarse dormido, no le dio mayor importancia que la correspondiente a cualquier otro desvarío onírico.

No obstante, lo recordó un cuarto de hora más tarde cuando, más despabilado, llegó a la desagradable conclusión de que no podía seguir remoloneando más so pena de perder el tren.

-“¡Vaya, qué curioso! -se dijo- Mira que soñar con que Austria-Hungría seguía existiendo aún... lástima no saber escribir, de aquí podría haber salido un buen relato de ciencia ficción.”

Y se puso a vestirse sin darle la mayor importancia, mientras oía distraído las noticias que vomitaba el despertador. Nada fuera de lo normal, por supuesto; pero el calcetín se le cayó de la mano al oír cómo el locutor narraba las últimas novedades de la guerra entre Argentina y Brasil.

-“¡Un momento! -exclamó para sus adentros- Que yo sepa, Argentina y Brasil no están en guerra; al menos anoche no lo estaban, ni por supuesto cabía prever que estallara un conflicto entre ambas naciones.”

Sorprendido, prestó atención por vez primera a la radio, donde el locutor hacía hincapié en los denodados esfuerzos realizados por el presidente de la República Española en busca de un armisticio.

-“¡Ahora sí que la hemos liado! -pensó jocoso- Esto sí que es acostarse monárquico y levantarse republicano, y no como en el 31.”

Cada vez más perplejo inspeccionó el dial, comprobando que estaba seleccionada la misma emisora de siempre. Y, dado que corrían los primeros días de mayo, ni siquiera cabía pensar en la posibilidad de una inocentada.

Picado por la curiosidad seleccionó otra emisora, gracias a la cual pudo enterarse de un golpe de estado en Escandinavia, fruto del cual había sido la marcha al exilio del anciano rey Eric. Una tercera emisora comenzó a radiar información deportiva celebrando la victoria del Atlético Aviación sobre su eterno rival el Sporting de Lisboa, lo cual ponía en sus manos -o, mejor dicho, en sus botas- el título de campeón de la liga de fútbol española.

Sintiendo en sus intestinos algo desagradablemente parecido al vértigo apagó la radio, subió la persiana y terminó de vestirse. ¿Es que se habían vuelto todos locos? Recorrió con la vista el familiar recinto del dormitorio sin encontrar nada anormal. Miró por la ventana, y sólo vio el habitual ajetreo del inicio de un día laborable.

Encogiéndose de hombros culminó su rutina habitual, visitando primero el cuarto de baño para pasar posteriormente a la cocina. Actuando de forma maquinal sacó del armario un paquete de galletas, cogió del fregadero un vaso limpio y abrió el frigorífico en busca de la leche, preparándose con todo ello un frugal desayuno. Estaba intentando responsabilizar a las últimas brumas del sueño de toda la sarta de incoherencias que había oído, o creído oír en la radio, cuando a punto estuvo de escupir el primer trago de leche a causa de su extraño sabor.

Lo primero que pensó fue que ésta quizá hubiera podido haberse estropeado, por lo cual fijó su atención en la caja intentando comprobar la fecha de caducidad; y su sorpresa fue mayúscula. El diseño, los colores e incluso la marca eran los mismos de siempre, pero lo que el recipiente contenía, según rezaba en el mismo, era leche pura... de búfala.

Eso sí que no podía ser. Apenas había pasado una semana desde que comprara esos cartones de leche en el supermercado de siempre y, por supuesto, cuando los llevó a casa eran de algo tan normal como la leche de vaca. De hecho, que él supiera la leche de búfala tan sólo se utilizaba, al menos en Europa, para fabricar queso mozzarella; nunca para consumirla fresca. Pero ahí lo ponía bien claro, leche procedente de las mejores búfalas de Galicia, y el sabor de la misma, muy diferente al habitual y desconocido para su paladar, así parecía confirmarlo.

Bueno, esto se pasaba ya de castaño oscuro; aunque no tenía ni la más remota idea de qué era lo que podía estar ocurriendo. Su primer impulso fue el de comprobar el resto de las cajas de leche, aún sin abrir, que guardaba en la despensa, pero un rápido vistazo al reloj le advirtió de la urgencia de salir pitando de casa si no quería perder el tren. Y el siguiente, aunque pasaba tan sólo unos minutos más tarde, iba tan abarrotado que no le seducía en absoluto la idea de verse obligado a cogerlo. Así pues dejó las investigaciones para más tarde, guardó precipitadamente la leche sobrante y salió disparado saludando con un gruñido al portero, enfrascado como era habitual a esas horas en guardar los cubos de la basura. Nada anormal ocurría en su calle, ni tampoco en la transversal, pero las cosas cambiaron radicalmente al llegar a la avenida principal cuando, aguardando en el semáforo para cruzar la calzada, vio pasar ante él un tranvía... vehículo que había desaparecido de las calles de la ciudad hacía ya varias décadas, sin que llegara a ser reimplantado jamás a pesar de las periódicas -e incumplidas- promesas electorales de algunas candidaturas municipales. Claro está que no se trataba de esos cochambrosos armatostes que recordaba de su infancia, sino de un esbelto hermano pequeño de los sofisticados trenes de última generación. Pero para el caso era lo mismo; ese artilugio no debería estar allí.

Cruzó la calle como un autómatas, enfilando por la acera opuesta en dirección a la vecina estación de cercanías. Llegó al cruce, giró a la derecha en la explanada tras la cual se abría la entrada... y casi se dio de bruces contra el pretil de un puente bajo el cual atravesaba una vía que tampoco debería verse, puesto que ésta había quedado soterrada bajo la inexistente estación tras la remodelación de la línea varios años atrás.

De repente una luz comenzó a abrirse camino en su mente. Ése era precisamente el aspecto de la zona que recordaba con anterioridad a la construcción de la estación, pero de eso hacía ya bastante tiempo. Desconcertado, miró a uno y otro lado intentando encontrar referencias que le resultaran familiares; y las halló. La iglesia, y la mayor parte de los edificios de los alrededores, permanecían incólumes tal como él los recordara, pero otros elementos urbanos, y en especial varias tiendas cercanas, le resultaban extraños por completo. Esta caótica mezcla de partes conocidas, recordadas y desconocidas le desorientó por completo, pero incapaz de entenderlo optó por encaminarse al trabajo; en tranvía, puesto que la estación de cercanías se había esfumado y los autobuses, al parecer, habían sido reemplazados por este medio de locomoción.

Tras montar con aprensión en el vagón -el número de la línea coincidía con el de su autobús y, paradójicamente, su abono de transportes se mostró válido-, la lectura de los titulares del periódico que sostenía el viajero sentado enfrente de él volvió a sumirle en el asombro a causa de lo disparatado de los mismos. Amén de las ya conocidas noticias de la guerra entre Argentina y Brasil y la rutilante victoria del Atlético Aviación, pudo saber que el presidente de California se hallaba en visita de cortesía en los Estados Unidos intentando limar las asperezas que habían llevado a las dos naciones al borde mismo del conflicto bélico, y que el Partido Nacionalista Luso había reivindicado una vez más la revisión del Estatuto de Autonomía durante la celebración de su fiesta anual en Aljubarrota. Para colmo de sorpresa, la cabecera del periódico, aunque recordaba poderosamente, al igual que su maquetación, al diario que él acostumbraba a leer, respondía al nombre de LA NACIÓN, el cual juraría que no había visto en su vida.

El tranvía seguía exactamente el mismo recorrido que su homónimo autobús, lo que le permitió apreciar a lo largo del trayecto la persistencia de esa extraña yuxtaposición de elementos reales e imposibles que tanto le perturbaba; aunque sólo a él, porque aparentemente a sus indiferentes compañeros de viaje les resultaba por completo indiferente. Inquieto, y apenas incapaz de mantenerse sentado en su asiento, abandonó el tranvía cual alma que lleva el diablo apenas éste se detuvo en la parada, dirigiéndose apresuradamente al vecino quiosco de prensa para comprar el extraño periódico... en modo alguno un caso único puesto que, como pudo comprobar, una metamorfosis similar había afectado a varias de las cabeceras habituales, mientras el resto, o bien se mantenían aparentemente inalteradas, o bien le resultaban completamente desconocidas.



El quiosquero rechazó la moneda con la que intentaba pagarle, refunfuñando algo acerca de esas monedas de países raros que algunos listillos pretendían colar por euros, pero aceptó sin problemas el billete dándole las correspondientes vueltas... en monedas que sí le resultaban familiares por la cara común pero no tanto por el reverso, dado que el busto del rey estaba sustituido por una alegoría de la República Española copiada de las antiguas pesetas de plata del siglo XIX; excepto una, francesa, que no presentaba nada de particular.

Guardándose las de forma maquinal en el bolsillo, procedió a leer el periódico que tanto le intrigara, y que le hubo de intrigar todavía más puesto que las noticias, aunque seguían siendo insólitas, eran en su mayor parte diferentes de las leídas de soslayo en el tranvía. Así, la guerra enfrentaba ahora a Brasil y Perú, y era el Deportivo de la Coruña el vencedor del Español de San Sebastián. En cuanto al presidente de visita en los Estados Unidos ya no era el de California sino el de los Estados Confederados de América, mientras el partido nacionalista díscolo se había transmutado en el canario, reunido en esta ocasión en el valle de la Orotava. El resto del periódico mostraba en todas sus secciones la misma mezcla surrealista de noticias reales e insólitas, incluyendo algunas que le llamaron vivamente la atención como el aterrizaje exitoso de la primera misión tripulada a Marte o la erradicación ¿ahora? de la viruela.

Una lectura detallada del mismo prometía ser jugosa, pero el tiempo apremiaba. Así pues, cerró el periódico y se apresuró a recorrer las dos manzanas que le separaban de su trabajo; ya tendría ocasión de hojearlo más adelante.

El camino recorrido atravesaba un barrio residencial de aspecto anodino en el que no apreció discrepancias significativas con sus recuerdos, aunque tampoco podía evitar la difusa e incómoda sensación de que algo no acababa de encajar del todo. Su centro de trabajo, por el contrario, se mostraba inmutable hasta en los más mínimos detalles, e incluso el conserje con el que bromeó al saludarlo era el mismo de siempre. No ocurría lo mismo con la bibliotecaria que le saludó afablemente al cruzarse con ella en el pasillo; con un escalofrío recorriéndole el cuerpo recordó que no se trataba de la actual sino de su antecesora, fallecida tiempo atrás víctima de un accidente de tráfico.

Profundamente turbado masculló una excusa, refugiándose en su despacho. ¿Qué le estaba ocurriendo? ¿Se estaba volviendo loco? Todo a su alrededor parecía tan normal, y al tiempo tan perturbador... se derrumbó en la silla, al tiempo que arrojaba con desgana el periódico a la mesa; un periódico que ahora se llamaba EL IMPARCIAL y en cuya primera página campeaba en grandes titulares la noticia del fallecimiento del rey de Francia tras una larga y penosa enfermedad. Sintiendo que el mundo se derrumbaba en torno suyo, tuvo aún arrestos para sacar del bolsillo la moneda francesa que le diera el quiosquero; el anverso no había variado, pero en el reverso figuraba ahora la efigie del difunto monarca.

No podía ser, era imposible que la realidad cambiara de forma tan caótica en tan sólo unos minutos. Pero las evidencias estaban ahí, le habían acompañado tozudamente desde

que despertara esa mañana. Si el mundo no podía metamorfosearse tal como, contra toda lógica, parecía estar haciendo, entonces tendría que ser su propia mente la que estuviera sufriendo alucinaciones; algo que su instinto de conservación se negaba en redondo a aceptar, puesto que él no se notaba nada extraño.

En ese momento oyó abrirse la puerta del despacho de al lado; era Luis, su compañero de trabajo y amigo, que llegaba pisándole los talones. Todas las mañanas acostumbraban a saludarse y a tomar juntos un vaso de ese brebaje que la máquina automática del pasillo pretendía hacer pasar por café mientras se intercambiaban los últimos chismes; pero en esta ocasión le aterraba la sola idea de hacerlo.

Fue Luis quien zanjó sus temores asomando la cabeza por la entreabierta puerta del despacho saludándole con jovialidad.

-¡Hola, Fernando! ¿Te apetece un cafetito?

Dándole un vuelco el corazón se giró en la silla, comprobando con infinito alivio que se trataba, efectivamente, de su amigo.

-Hola, Luis... -acertó a balbucear- sí, claro.

-¿Qué te pasa? -inquirió éste con un tono de preocupación en la voz- Te noto mala cara.

-No es nada; he dormido bastante mal. -mintió- Pero ya se me pasará. Ya sabes que los lunes me sientan fatal.

-No hace falta que lo jures. -rió su compañero- Venga, ya verás cómo te animas.

Pero no todo iba a ser tan fácil. Ya frente a la máquina, Luis introdujo las monedas y preguntó:

-¿Cómo siempre? ¿capuchino? ¿o prefieres mate?

-¿Mate? -se extrañó al tiempo que inspeccionaba con interés el frontal del aparato; efectivamente, una de las opciones era hierba mate- ¿dónde demonios está el té?

-¿Té? -el sorprendido era ahora su interlocutor- Caramba, no sabía que tuvieras esos gustos tan exóticos. ¿Quién toma té aparte de los chinos? No pretenderás, encima, que nos lo pongan en esta maquinucha.

-Bueno, déjalo, tomaré un capuchino. Sin azúcar, por favor.

De vuelta al despacho se limitaron a hablar de banalidades, para alivio suyo. Lo malo llegó cuando Luis le preguntó si había visto la película emitida la noche anterior por un

canal para él inexistente. Pese a que el instinto le recomendaba disimular su turbación por todos los fenómenos incomprensidos con los que se encontraba, no pudo soportarlo más y acabó desahogándose con su amigo. Éste se mostró sorprendido, asegurándole que las cosas en el mundo iban tan rutinariamente mal como siempre y que desde luego él no apreciaba cambio alguno.

-¿Cómo que no? -aulló desplegando ante su rostro el desconcertante periódico- ¡Mira lo del rey de Francia!

-¿El rey de Francia? Fernando, te recuerdo que Francia es una república desde mucho antes de que tú o yo nacióramos; a no ser, claro está, que te refieras a ese ridículo pretendiente que vive del cuento a costa de las revistas de cotilleo.

-¿Es que no lo ves? -insistió de nuevo, esgrimiendo el diario a modo de estandarte- Aquí lo dice bien claro.

-Pues chico, mira que estás raro hoy; lo único que leo, aparte de las cosas normales, es lo del terremoto de la India. Pobre gente, ya van varios miles de muertos.

-¿Qué dices? -exclamó dando la vuelta al periódico- era cierto, ni la menor alusión al fantasmagórico rey de Francia, la crónica de un fuerte terremoto en el norte de la India era la noticia que ocupaba la mayor parte de la portada- ¿Y qué me dices de esto otro?

Se refería a la moneda, la cual le puso en la mano aguardando expectante su respuesta.

-¡Vaya, qué curioso! -exclamó éste dándole vueltas con los dedos al tiempo que la observaba con atención- es el primer euro inglés que cae en mis manos. Menos mal que estos cazurros han acabado dando su brazo a torcer, ya era hora de que pasaran por el aro. ¿Me lo cambias para mi colección? ¿O quieres guardarlo?

Lo que hizo fue arrebatárselo de un manotazo, lo cual fue malinterpretado por su amigo. Mientras el sorprendido Luis se deshacía en excusas, escudriñó una y otra vez la pequeña pieza de metal, que ahora ostentaba el conocido busto de la reina Isabel II. ¿Hasta cuándo?

-Escúchame, Fernando, tú no estás bien. -oyó aconsejarle entre brumas- ¿Sabes lo que tendrías que hacer? Irte a casa, tomarte una aspirina y acostarte. Ya verás como este... - midió cuidadosamente las palabras- desconcierto se te pasa solo. No te preocupes por nada más, yo se lo diré al jefe.

-Está bien. -concedió a regañadientes- Puede que tengas razón. Y discúlpame por mi brusquedad.

-No tengo nada que disculparte; -respondió sonriente- esto le puede pasar a cualquiera. Tranquilízate y descansa, mañana te encontrarás mucho mejor. ¡Ah, y olvídate de esa obsesión de que las cosas que te rodean están cambiando; ojalá lo pudieran hacer algunas que yo me sé! -rió.

El efímero tranvía brillaba de nuevo por su ausencia, pero en compensación se encontró con una flamante boca de metro que no debería estar allí y que le dio acceso a una línea desconocida que conducía directamente hasta las proximidades de su domicilio. Así pues el viaje de vuelta a casa resultó sencillo, aunque en esta ocasión el abono de transportes no le resultó válido. Por suerte no tuvo problemas para pagar en metálico, aunque como medida de precaución prefirió no mirar el aspecto de las monedas antes de entregarlas en taquilla.

Una vez refugiado en su domicilio suspiró con alivio, intentando convencerse de que su ordalía había al fin terminado; ignoraba cuan equivocado estaba.

\* \* \*

Durmió profundamente durante la mayor parte del día, despertando cuando comenzaba a caer la noche. Se sentía descansado y, lo más importante, libre de los temores que de forma tan vívida le habían atenazado. A decir verdad no tuvo por menos que sorprenderse de su ingenuidad; una realidad cambiante, ¡habíase visto algo más absurdo! Su amigo Luis tenía razón, el descanso le había sentado como mano de santo.

Puesto que no tenía el menor sueño, tras merendar opíparamente -la leche volvía a ser la de siempre- se asomó satisfecho a la terraza. El bullicio cotidiano se desplegaba ante él en forma de anárquico calidoscopio, no por habitual menos agradable. Los coches, los peatones, los escaparates iluminados, las farolas que comenzaban a encenderse. Y allá en el firmamento, la inmutable Luna.

Pero, ¿por qué se la veía tan pequeña y tan oscura, tan extraña en definitiva? La respuesta la tuvo al girar la cabeza hacia el otro lado de su reducido horizonte; allí se encontraba la vieja y familiar Luna, con su aspecto de siempre, asomando sobre los tejados de los edificios vecinos.

Entonces, ¿qué demonios era ese otro astro que flotaba burlona ante su vista? Empezó a sentir un sudor helado que le recorría por todo el cuerpo y, dando un portazo, se refugió en el interior de la casa. Esta precipitación le impidió apreciar como un pequeño pterodáctilo del tamaño de una paloma, que dormitaba plácidamente en un rincón de la barandilla, huía sobresaltado tendiendo al aire sus membranosas alas.

Él siempre se había tenido por una persona racional y nada propensa a los histerismos. Por ello, intentó buscar desesperadamente una justificación lógica a este suceso, a todos los extraños sucesos que recordaba y que habían vuelto a aflorar de forma tumultuosa en su

memoria. La Tierra tan sólo tenía un satélite, la Luna, esto era algo que sabían hasta los niños más pequeños. Y si acaso en un futuro llegara a descubrirse otro, éste no pasaría de ser un insignificante pedrusco. Pero esa esfera que había visto en el cielo, aunque menor - ¿o más lejana?- que la Luna, parecía tener un respetable tamaño.

Aunque no se atrevió a salir de nuevo a la terraza, sí echó mano del atlas que, además de datos geográficos, contaba con un apéndice dedicado a la astronomía. Allí estaba. La Tierra, satélites dos: Hécate, 937 kilómetros de diámetro y 192.000 kilómetros de distancia media al planeta. Luna, 3.475 kilómetros de diámetro y 384.000 kilómetros de distancia.

No se rindió. Pasando rabiosamente las páginas, buscó la parte correspondiente a España. Y la encontró. El mapa mostraba la esperada división de la Península Ibérica en dos países, pero éstos no eran España y Portugal, sino España y Aragón, con capitales respectivas en Lisboa y Barcelona. Algo más adelante descubrió que la geografía física de la península tampoco era exactamente igual a como él la recordara; aunque la configuración de su perímetro era idéntica salvo la isla desconocida que aparecía al este de Mallorca, descubrió muchos más ríos de los que debería haber habido, en especial en la cuenca de un Guadiana que remontaba sus fuentes hasta la vertiente norte de Sierra Morena y ya se mostraba caudaloso al atravesar las planicies manchegas. Claro está que, teniendo en cuenta los altos índices de pluviosidad que el atlas atribuía al conjunto de la península, esto no era en modo alguno de extrañar.

\* \* \*

A la mañana siguiente, tras haberse pasado la noche en vela, llamó al trabajo para decir que no se encontraba bien, yendo acto seguido a la consulta del médico. En contra de sus temores éste no le tomó en modo alguno por un chalado, diagnosticándole un desequilibrio nervioso cuya causa más probable sería un exceso de trabajo. ¡Él, que era un tranquilo funcionario! La prescripción no fue otra que la de guardar reposo durante varios días, quitándose de la cabeza esas tonterías de que la realidad no fuera inmutable. Ya vería cómo se calmaba -el médico había puesto mucho cuidado en no utilizar el verbo curar- y las cosas volvían por sí solas a la rutinaria y a todas luces aburrida normalidad.

Eso quedaba muy bien sobre el papel, se dijo meditabundo mientras abandonaba el ambulatorio, pero ¿quién le ponía el cascabel al gato? Puesto que la distancia hasta su domicilio era corta, optó por recorrerla dando un paseo sin prestar atención, eso sí, a nada cuanto pudiera chocar con su percepción de la realidad. Quizá el mundo se hubiera vuelto loco, pero él estaba decidido a mantenerse cuerdo costara lo que costara.

El problema surgió cuando, al llegar frente a donde debía estar el portal, descubrió con desagrado que éste no existía. En realidad lo que no existía era el propio edificio donde estaba ubicada su vivienda, ocupando su lugar una casa vieja que, suponía, habría sido la anterior ocupante del solar en su propia realidad. La casa estaba cerrada a cal y canto y

mostraba evidentes síntomas de abandono, pero esto no resolvía su problema. Privado de su refugio, ¿a dónde podría ir?

Durante un período de tiempo que se le antojó largo vagó sin rumbo por las calles, incapaz de tomar una decisión. Desbordada por completo su capacidad de reacción, no tenía ni la más remota idea de qué poder hacer. Finalmente encontró un pequeño parque - tampoco recordaba que éste estuviera allí, pero esto era algo que ya no le importaba- y en él se quedó, sentado en un banco, intentando poner siquiera un poco de orden en el caos que bullía en el interior de su cerebro.

La aparición de un policía vino a sacarle de su ensimismamiento. Dedujo que era policía por el uniforme, aunque éste era diferente del que recordara; de hecho era de un corte desagradablemente militar, y los bruscos modales de su propietario al pedirle la documentación acrecentaron aún más esta primera impresión.

Él nunca había temido a la policía, pero un vago reflejo condicionado de su infancia, cuando todavía el franquismo imperaba en el país, le hizo sentirse repentinamente incómodo. Balbuceando una frase de aceptación abrió la cartera, ofreciéndole el carnet de identidad a su interlocutor. Éste lo observó con ceño fruncido y, tras consultar una pequeña agenda electrónica que llevaba consigo, sentenció:

-Lo siento, señor, pero su documentación no está en regla. Tendrá que acompañarme.

En circunstancias normales habría protestado de forma educada alegando que su carnet de identidad era correcto y no había caducado, pero el entorno irreal que le rodeaba y la actitud arrogante del policía le amedrentaban. Así pues se limitó a manifestar humildemente su asentimiento, incorporándose del banco y siguiendo al agente, el cual se guardó su carnet sin devolvérselo.

Aparcado junto a la acera se encontraba un furgón policial custodiado por el compañero de su guardián. Éste, al llegar a su lado, se limitó a decirle:

-Otro vago. Mételo dentro.

Y así lo hicieron, viéndose instantes después sentado en un estrecho banco, en el interior del claustrofóbico recinto, en compañía de un maloliente borracho, una mujer con aspecto de prostituta barata y un hierático hombretón de raza negra que se mantenía en silencio mientras los otros dos alborotaban contándose las circunstancias de sus respectivas detenciones. Por fortuna para él sus compañeros de redada apenas si le prestaron atención, pese a que -o al menos eso pensaba- ni su aspecto ni su comportamiento en el parque parecían hacerle candidato a una detención. Dentro de todo lo que le estaba ocurriendo, este percance no era sino un eslabón más de la larga cadena de despropósitos con que se venía tropezando desde que despertara la mañana anterior.

El viaje resultó breve, aunque la falta de ventanas en el furgón le privó de cualquier tipo de referencia visual sobre el trayecto recorrido. Con un chirrido de frenos el vehículo se detuvo y, tras abrirse la puerta, fueron conminados por sus guardianes a salir del encierro. Se encontraban en el interior de un garaje y, a juzgar por los vehículos aparcados, éste debía de pertenecer a unas dependencias policiales bastante amplias.

Lo que ocurrió a partir de ese momento bien habría podido ser un perfecto argumento para un relato de Kafka. Tras permanecer encerrado durante varias horas en un infecto calabozo, sin más compañía que la del desagradable borracho, fue llevado finalmente al despacho de un huraño comisario que lo mantuvo de pie durante cerca de un cuarto de hora antes de dignarse a darse por aludido de su presencia.

-Amigo. -dijo al fin en tono glacial- Usted ha sido detenido, como supongo sabrá, en aplicación de la ley de Vagos y Maleantes. Pero lo realmente grave es que usted carece de documentación. O, por decirlo con mayor propiedad, el documento de identidad que entregó al agente no era válido.

-Yo... ¿cómo qué? -acertó a balbucear.

-Mire usted. -le interrumpió, fulminándole con la mirada- No sé si intenta hacerse el gracioso, es un imbécil o un espía enemigo; aunque esto último tiendo a descartarlo, porque de serlo no habría cometido la estupidez de ir por ahí con una documentación de pacotilla en vez de hacerlo con una falsificada. Original sí que parece ser, -concedió, al tiempo que le mostraba su carnet de identidad- y resulta apropiada para jugar a esos juegos de salón de espías y policías que tanto se han puesto de moda últimamente; pero no desde luego para ir por la calle fingiendo ser un honrado ciudadano.

»Escuche. -el tono de su voz se había ido incrementando hasta alcanzar un ominoso nivel- Y escúcheme bien, porque no lo pienso repetir. ¿Quién demonios es usted? Hemos consultado en nuestras bases de datos y no aparece nadie con su nombre. Tampoco están fichadas sus huellas dactilares. El número que figura en el carnet pertenece a una anciana residente en Valencia, y la dirección corresponde a una casa en ruinas que lleva abandonada varios años. Así pues, y por su propio bien, le recomiendo que colabore con nosotros. -concluyó, arrojando el carnet sobre la mesa.

Y colaboró, vaya que colaboró. Aunque, a juzgar por el gesto de incredulidad de su interlocutor, el relato detallado de sus recientes avatares no sirvió precisamente para mejorar su comprometida situación.

-¡Llévenselo de aquí y enciérrenlo hasta que entre en razones! -rugió el comisario tras concluir su explicación.

Mientras dos policías se lo llevaban a rastras, todavía acertó a oírle bramar:

-¡López! ¡Quiero que consulte en los hospitales, en los manicomios y en las fichas de personas desaparecidas de un mes a esta parte! ¡Quiero saber de donde demonios se ha escapado este fulano! ¡Alguna identidad debe tener!

\* \* \*

Había perdido toda noción del tiempo. Ahora estaba solo, ya que el borracho había sido sacado del calabozo varias horas atrás, pero todavía persistía el nauseabundo rastro de su paso en forma de vómitos que nadie se había molestado en limpiar, lo que convertía en una tortura a su encierro. Por el número de comidas -por denominarlas de alguna manera- que le habían llevado, calculaba que debía de llevar allí más de veinticuatro horas, aunque ni siquiera de ello estaba seguro. ¿Hasta cuándo seguiría encerrado?

Sumido en la desesperación, no se apercibió de la llegada de unos visitantes hasta que éstos no estuvieron a su lado. No eran policías, o al menos vestían de civil, aunque su aspecto no era demasiado tranquilizador con el traje, la corbata y el sombrero completamente negros y unas gafas oscuras que ocultaban por completo sus ojos.

-Venga con nosotros. -ordenaron, sin el tono autoritario de sus captores pero con la suficiente firmeza como para ser obedecidos sin rechistar.

Así lo hizo, descubriendo con asombro al abandonar su encierro que no se encontraban en los sucios sótanos de la comisaría, sino en un luminoso e impoluto corredor blanco.

-¿Adónde me llevan? -acertó a preguntar.

-Tenga paciencia. -respondió uno de sus custodios- Dentro de poco le será explicado todo.

El recorrido por el laberíntico recinto se le hizo eterno, pero guardó silencio ante la actitud de sus acompañantes pese a que éstos, a diferencia de los policías, no mostraban la más mínima hostilidad hacia él, aunque sí un palpable hermetismo. Finalmente llegaron frente a una puerta anónima que en nada se diferenciaba del resto de las que había vislumbrado a lo largo de su camino, la cual fue abierta por el hombre de negro que parecía llevar la voz cantante.

-Supongo que querrá asearse un poco y quizá descansar. Tiene asimismo alimentos. -dijo éste al tiempo que le invitaba a atravesar el umbral- Cuando esté listo, pulse el botón rojo que se encuentra junto a la puerta y vendremos a buscarle para llevarle ante el doctor Balmer. No se preocupe, no hay ninguna prisa.

Dicho lo cual cerraron la puerta dejándole encerrado ya que, según pudo comprobar, ésta carecía de picaporte por su cara interna. Bien, se dijo con filosofía, peor que estaba hasta hacía poco no iba a estar ahora.



Inspeccionó con curiosidad el recinto en el que se encontraba, descubriendo que se trataba de un pequeño apartamento formado por un vestíbulo, un dormitorio y un cuarto de baño. Los muebles, rabiosamente funcionales, estaban reducidos a su mínima expresión: una cama y una mesilla, una mesa sobre la que se encontraba una bandeja con comida y bebida, y un par de sillas. Una inspección más detallada le permitió descubrir un armario empotrado en cuyo interior encontró una muda completa de ropa, incluyendo zapatos y calcetines, al parecer de su talla.

Exhalando un profundo suspiro se zambulló en la ducha, lo que le permitió relajarse al tiempo que se libraba del apestoso hedor, sólo en parte producido por su propio cuerpo, que le había acompañado desde su salida del calabozo. Acto seguido procedió a devorar la comida -realmente tenía hambre- y, aunque le corroía la impaciencia, se derrumbó en la cama vencido por el cansancio. Instantes después dormía como un bendito.

\* \* \*

Despertó sin saber cuanto tiempo había permanecido durmiendo; el reloj, al igual que el resto de sus pertenencias, le había sido incautado al ser detenido, y no le había sido devuelta ninguna de ellas. En cuanto a la habitación, ésta carecía de ventanas -estaba iluminada con una suave luz indirecta- y no disponía de la menor referencia temporal. Encogiéndose filosóficamente de hombros se levantó de la cama, vistiéndose con la ropa limpia del armario. Acto seguido, pulsó el botón rojo.

Apenas habían pasado unos segundos cuando la puerta se abrió, encontrándose frente a un hombre de negro -ignoraba si éste era uno de sus dos anteriores acompañantes o si se trataba de otro diferente- que se limitó a preguntarle:

-¿Está usted listo?

Ante su mudo asentimiento, éste procedió a conducirlo en silencio, a través de los interminables pasillos, a presencia del enigmático doctor Balmer.

Era éste un hombre de edad y raza indefinidas, con aspecto de intelectual, que le esperaba sentado tras una mesa en el interior de un espartano despacho. Otra silla, en la que fue invitado a sentarse, y un armario cerrado a espaldas del científico completaban el escueto mobiliario.

-Bienvenido, señor Morales. -le saludó una vez que el hombre de negro se hubo retirado cerrando la puerta tras de sí- Supongo que se encontrará un tanto desorientado por la serie de hechos insólitos que le han ocurrido de un tiempo a esta parte; ¿no es así? No, no es necesario que se moleste en explicármelos, estoy al corriente de todos ellos.

-Pues... yo... la verdad es que no sé qué decir. -suspiró abatido- Siempre me había tenido por una persona lógica, pero esto es algo que...

-Que desborda con creces cualquier intento racional de comprensión. -le ayudó afablemente su interlocutor- Créame que comprendo a la perfección como se siente; yo también pasé en su día por una experiencia similar, y puedo asegurarle que resultó cualquier cosa menos agradable. Es normal que se sienta desconcertado; pero tranquilícese, le aseguro que ya todo ha terminado. Las cosas volverán a ser tal como eran antes.

-Eso espero... pero, ¿no podría usted decirme qué es lo que me ha estado pasando? Hubo momentos en los que creí volverme loco.

-Se lo diré, no se preocupe. Pero antes, desearía hacerle una pregunta. ¿Qué sensación tenía usted cuando notaba que las cosas en torno suyo no eran tal como cabía esperar? Su respuesta me interesa mucho.

-No resulta nada sencillo explicarlo. Perturbador, por supuesto; extremadamente perturbador. Sobre todo, porque parecía ser tan real y, al mismo tiempo, tan ilógico... y lo peor de todo es que cambiaba, cambiaba continuamente sin darte tiempo siquiera a asimilarlo.

-¿Cómo lo definiría usted? Procure ser lo más preciso posible.

-No sé, quizá como si... se va usted a reír, pero no se me ocurre otra manera mejor de describirlo. Es como si la realidad fuera cambiante sin dejar por ello de ser real, algo así como un traje hecho a base de coser multitud de retales de telas diferentes. El corte sería perfecto, y visto de lejos no apreciaríamos nada extraño; pero al acercarnos para observarlo de cerca, las cosas serían completamente distintas. Entonces sí apreciaríamos el mosaico que lo constituía.

-No sólo no me río, -sonrió Balmer al tiempo que garabateaba unas rápidas notas- sino que además encuentro muy acertado el símil. Bien, señor Morales, voy a cumplir mi promesa; pero para ello me veré obligado a recurrir a ciertos conceptos que quizá le puedan resultar extraños. ¿Ha oído hablar alguna vez de universos paralelos? ¿O de realidades alternativas?

La inesperada pregunta tuvo la virtud de dejarle momentáneamente perplejo.

-Lo normal. -contestó, una vez repuesto de la sorpresa- ¿Se refiere a la cuarta dimensión, el tiempo?

-¡Oh, no! La Teoría de la Relatividad no es más que un artificio matemático penosamente montado con objeto de justificar una serie de desviaciones locales en las leyes físicas del universo. Yo me refiero a algo mucho más trascendental, algo que afecta a la esencia misma del cosmos.

-Francamente, no le comprendo.

-Es muy fácil. Se lo explicaré con un ejemplo sencillo. Imagínese un libro. Cada una de sus hojas tiene tres dimensiones: longitud, anchura y espesor. Este último es mucho menor que cualquiera de las otras dos magnitudes, pero resulta evidente que existe; la prueba está en el grosor del libro, que es precisamente la suma del espesor de todas las páginas.

»Piense ahora en hojas que sean planos matemáticos, es decir, de espesor nulo. Nuestro hipotético libro... ¡no tendría grosor! Fuera cual fuera el número de sus hojas, siempre sería un libro bidimensional. Dicho de otro modo, en el volumen nulo que resultaría de multiplicar las otras dos magnitudes finitas por cero, podríamos tener encerrados infinitos universos bidimensionales, es decir, planos. ¡Infinitos universos perfectamente juntos y a la vez perfectamente diferenciados! -enfaticó.

-Eso me recuerda a lo que Borges escribió en *El libro de arena*.

-En efecto, se trata un buen símil; sólo que ahora no estamos hablando ya de hojas, sino de universos tridimensionales, por lo que deberíamos extrapolar a una dimensión física más. Por lo tanto, ¿cuántos universos tridimensionales, similares al nuestro, cabrían dentro de un hiperespacio tetradimensional? Es evidente que infinitos. Infinitos universos paralelos, cada uno con sus soles y sus galaxias. Y con sus respectivos moradores, ignorantes de la pluralidad sin fin que los rodea dado que nuestros sentidos son incapaces de percibir esa tetradimensionalidad, tal como esos hipotéticos seres bidimensionales carecerían de percepción tridimensional.

-Creo que empiezo a comprender. Pero según este argumento, los distintos universos deberían ser estancos entre sí, y todo parece indicar que, por las razones que sean, yo he estado saltando de uno a otro de forma incontrolada. ¿Me equivoco?

-No, no se equivoca, y me satisface que sea capaz de comprenderlo. Pero necesito ir todavía más allá en mi explicación. En realidad, el símil del libro era tan sólo una primera aproximación conceptual. Hemos de afinar más. Los universos no son estáticos, sino dinámicos, y están fluyendo continuamente a través del tiempo. Por esta razón, sería más preciso pensar en cursos de agua que, tras confluir, discurren paralelos sin mezclarse. Si lo prefiere, podríamos hablar de un flujo laminar por analogía con la hidrodinámica; aunque evidentemente, se trata de algo mucho más complejo.

-Tanto me da; en este caso tampoco habría interacción alguna.

-Y desde un punto de vista teórico no debería haberla. Pero en la práctica no ocurre exactamente así. Las *fronteras*, llamémoslas de esta manera, entre dos universos contiguos siempre tienen pequeñas imperfecciones, pequeños agujeros o grietas. Hay una teoría que lo explica recurriendo a un tipo particular de principio de incertidumbre, pero será mejor que no nos embarquemos en disquisiciones teóricas. El hecho, constatado

experimentalmente, es que sí existen pequeñas interacciones, a modo de roces, entre universos vecinos, aunque por lo general éstas suelen ser de tan pequeña magnitud que en la práctica pueden ser descartadas.

»El problema surge cuando, por alguna circunstancia, estas interacciones se amplifican y comienzan a cobrar magnitud macroscópica. No suele ser habitual, pero en ocasiones ocurre. Por seguir recurriendo al símil de la hidrodinámica, podríamos decir que el flujo laminar se convierte repentinamente en turbulento, lo que provoca interacciones severas entre los universos próximos. Aunque el carácter de las mismas suele ser local, en la región del espacio afectada pueden llegar a producirse cambios bastante drásticos e incontrolados. Por ponerle un ejemplo, le diré que algunas de las desapariciones que han hecho famosas los espiritistas, parapsicólogos y demás ralea de estos charlatanes, tienen precisamente ese origen.

-¿Y eso es lo que me ha pasado a mí?

-En un principio sí, y eso explica que de repente se encontrara trasladado a un universo casi idéntico, pero no del todo, al suyo. Como cabe suponer, en un número infinito de universos podemos encontrarnos en teoría con infinitas posibilidades, desde un mundo en el que lo único que cambia es la marca de una crema dentífrica u otro, como aquél del que yo procedo, en el que Napoleón salió victorioso en Waterloo, hasta universos en los que las leyes físicas, y por lo tanto su propia urdimbre, son diametralmente opuestas a las del nuestro, pasando claro está por todas las etapas intermedias posibles. No obstante la distribución de estos universos no está organizada al azar, sino que sigue un gradiente continuo de modo que, cuanto más nos alejamos de un universo dado, mayores serán las diferencias existentes entre ambos. Por esta razón las perturbaciones discretas no causan grandes cambios a escala macroscópica, aunque sí pueden hacerlo a escala local si se tiene la mala suerte de caer en uno de estos vórtices.

-Mal me lo está poniendo...

-Lo suyo, por desgracia, fue mucho más grave. En contados casos las turbulencias que le he comentado anteriormente se transforman en auténticos torbellinos que no sólo afectan a los universos vecinos, sino que llegan a producir perturbaciones muy serias en amplias regiones del hiperespacio, con graves consecuencias dado que lo que se entremezcla no son ya porciones de universos afines y sensiblemente similares entre sí, sino regiones espaciales muy dispares y de difícil o imposible compatibilidad mutua. Los efectos sobre la estabilidad global del continuo espacial podrían llegar a ser devastadores. Y es aquí cuando nosotros entramos en escena.

-¿Quiénes son ustedes? ¿Dioses?

-No. Simples mortales, como usted, que hemos asumido la tarea de vigilar el hiperuniverso para prevenir y controlar posibles perturbaciones del estilo de las que le acabo de relatar. En un principio fueron tan sólo un pequeño puñado de miembros de una antiquísima civilización, únicos supervivientes de una catástrofe cósmica que aniquiló por completo a su raza. Estos seres, tras analizar lo ocurrido, llegaron a la conclusión de que podría ser factible minimizar cuanto menos las consecuencias de estos fenómenos. Crearon entonces a los Guardianes, a los que poco a poco nos fuimos incorporando nuevos miembros procedentes de otras razas y otros universos... y aquí estamos. -concluyó Balmer con una sonrisa- El hecho de que le haya recibido yo, y no otro cualquiera de mis compañeros, se debe tan sólo a nuestra afinidad física y cultural, aunque no procedemos de la misma Tierra. Pero en el cuerpo de los Guardianes hay miembros de casi todas las razas del hiperuniverso, ya que ésta es la única manera de poder intervenir en cualquier lugar pasando desapercibidos.

-¿Dónde estamos? ¿No es esto la Tierra?

-¡Oh, por supuesto que no! La definición técnica del Refugio, que es como conocemos a nuestra base, sería algo así como una *singularidad probabilísticamente negativa anclada en el no-universo*. No me pida que se lo explique en términos científicos, porque sería incapaz de hacerlo. De forma sencilla podría decirse que se trata de una burbuja artificial que se encuentra al margen de cualquier universo, lo que nos permite desplazarnos a voluntad de uno a otro puesto que no estamos atados a ninguno de ellos.

-A juzgar por los hechos, deduzco que mi presencia aquí es el resultado de una intervención suya...

-No se equivoca. Tal como le dije anteriormente, usted se vio involucrado en uno de los más graves torbellinos hiperespaciales de todos con los que nos hemos visto obligados a enfrentarnos desde hacía mucho tiempo. Al principio no le dimos mucha importancia porque pensábamos que se trataría de una simple perturbación local, pero conforme avanzaba descubrimos la verdadera gravedad del fenómeno, y obramos en consecuencia. Lo más difícil en estos casos suele ser localizar el vórtice que los ocasiona, pero una vez descubierto éste resulta relativamente fácil restaurar la normalidad erradicando el elemento perturbador.

-No me irá a decir que era yo...

-Sí, mi querido amigo. Usted era el elemento perturbador. No me interprete mal; no tenía la menor responsabilidad de ello, simplemente era la víctima inocente de una casualidad cósmica. Pero los trastornos que experimentaba en sus continuos saltos de un universo a otro contiguo provocaban consecuencias asimismo indeseables en su entorno, ya que al trasladarse al universo, llamémosle B, desplazaba a su vez a su sosias de ese universo, dado que por una ley hiperfísica equivalente al principio de exclusión de Pauli no

es posible la presencia simultánea de dos elementos equivalentes en un mismo universo, ya sea una persona, un planeta o incluso una galaxia. Si su sosias B se hubiera limitado a intercambiarse con usted cayendo en el universo A, el suyo, no habríamos intervenido; ya sé que usted lo considerará cruel, está en su perfecto derecho de pensarlo así y le comprendo, pero tendrá usted que entender que no nos resulta posible intervenir en todos estos trastornos menores. Tenga en cuenta que los perjuicios para usted habrían sido mínimos, ya que las diferencias entre dos universos contiguos suelen ser insignificantes, y ni siquiera tendrían por qué haberle afectado personalmente. Es más, en la mayoría de las ocasiones lo más probable es que no hubiera llegado a enterarse.

»El problema -continuó el científico- fue que las cosas no se pararon aquí, ya que se inició una reacción en cadena. Usted desplazó a su sosias B, B desplazó a su vez a C, C lo hizo con D... y por si fuera poco, usted también empezó a saltar a universos no contiguos, provocando intercambios no sólo cada vez más numerosos e incontrolados, sino también más dispares y difícilmente compatibles entre sí. En estos casos la única solución factible era desactivar la espoleta, y eso es lo que hicimos trayéndole aquí antes de que las consecuencias acabaran siendo irreversibles. Eso es todo, el resto ya lo sabe.

-Lo entiendo. -respondió con resignación haciendo claros gestos de abatimiento- Me ha tocado la lotería. ¡Qué se le va a hacer! Supongo que no me queda otro remedio que aceptar mi sino. ¿Qué van a hacer conmigo?

-Devolverlo a su mundo, por supuesto. -su interlocutor se mostraba sinceramente sorprendido- ¿Qué otra cosa podríamos hacer? Una vez controlada la perturbación, no tenemos el menor interés en causarle ningún perjuicio. Puede tranquilizarse, usted volverá a llevar su vida normal. Su experiencia habrá sido tan sólo una breve y desagradable pesadilla que pasado cierto tiempo recordará de una forma borrosa.

-Esto me tranquiliza, pero... ¿qué será de todos mis sosias?

-¡Oh, no tiene por qué preocuparse por ellos! La verdad es que tuvimos mucha suerte ya que, pese a ser tan intensa, se trataba de una perturbación muy focalizada, de modo que al traerle aquí el sistema se reequilibró de forma espontánea. No siempre ocurre así, a veces nos vemos obligados a realizar correcciones secundarias, pero en esta ocasión no resultó necesario. Tan sólo resta que usted vuelva a su universo.

-¿Cuándo?

-Ahora mismo, si así lo desea; a no ser, claro está, que prefiera disfrutar temporalmente de nuestra hospitalidad. Por nuestra parte no hay la menor prisa.

-Preferiría volver lo antes posible.

-Como usted quiera. En su alojamiento encontrará la ropa que traía, convenientemente lavada y esterilizada, y también la documentación y todos los objetos personales que le fueron requisados por la policía de Tierra XB-403. -al decir esto frunció ostensiblemente el ceño- Tuvo mala suerte; se trata de un lugar realmente desagradable en el que los nazis ganaron la guerra y en su país se consolidó la dictadura franquista convirtiéndose en un férreo estado policial. -sacudió la cabeza, como si quisiera alejar de su mente tan desagradable recuerdo y añadió- También encontrará un vaso con un líquido ambarino en su interior. Bébalo; es un somnífero suave que le ayudará a realizar el tránsito. De hacerlo consciente, podría resultarle incómodo. Cuando despierte, se encontrará en su cama como si nada hubiera pasado.

-¿Eso es todo? -preguntó extrañado.

-Así es. ¿Para qué complicar las cosas de forma innecesaria? Tan sólo me queda hacerle una última petición o, por hablar con mayor propiedad, una advertencia. Sería conveniente que usted guardara en secreto todo lo que le ha ocurrido, así como nuestra existencia. No es que nos preocupe que se haga público, ya que en nada nos podría perjudicar; no sería sino una más de la larga lista de chifladuras inofensivas en las que se entretienen los amantes de los ovnis, los dioses astronautas y otras zarandajas por el estilo. Pero usted no sería creído, y esto podría acarrearle alguna incomodidad. Buena suerte, señor Morales. Estoy encantado de haberle conocido. -concluyó el Guardián al tiempo que se incorporaba para estrecharle la mano.

De vuelta a su habitación se encontró con todo tal como le había sido descrito. Tras cambiarse de ropa y guardar sus objetos personales, cogió el vaso acercándose a la boca... para detener su acción justo cuando de disponía a beber su contenido. ¿Quién le garantizaba que el tal Balmer decía la verdad? ¿No podrían haber pensado en deshacerse de él por el expeditivo método de hacerle ingerir engañosamente un veneno?

Tras una breve vacilación bebió de un trago el brebaje. Al fin y al cabo, se dijo, si hubieran querido eliminarlo habrían tenido medios más sencillos de hacerlo. Instantes después dormía como un bendito sobre la cama.

\* \* \*

El despertador sonó con estrépito arrancándole con brusquedad de los brazos de Morfeo. Las noticias no podían ser más vulgares o, cuanto menos, esperadas: El habitual atentado en Irak, la enésima muerte en Oriente Medio, la insufrible tabarra de la campaña electoral, el próximo partido europeo del Real Madrid...

Repentinamente recordó todo lo que le había ocurrido en los últimos días, descubriendo aliviado que, al parecer, todo había vuelto a la más prosaica normalidad tal

como le prometiera el tal Balmer. Lanzando un suspiro de alivio se dio la vuelta en la cama, tropezando con el cuerpo de alguien que dormía plácidamente a su lado.

Una luz de alarma se encendió bruscamente en su cerebro. El Guardián le había asegurado que le devolverían a su propio mundo, aquél en el que había vivido a lo largo de toda su vida... y él era soltero, aún más, se había ganado una bien merecida fama de solterón. Y, puesto que hacía mucho tiempo que no se *jalaba una rosca*, ¿quién era la mujer -porque de un cuerpo femenino se trataba- que reposaba en su cama?

En contra de sus hábitos, y profundamente asustado, dio un salto incorporándose bruscamente del lecho. Este movimiento despertó a su compañera, que le preguntó somnolienta:

-¿Qué pasa, Fernando, ya es la hora?

Tras lo cual se dio la vuelta, ocultando la cara con la almohada.

Esa mujer... juraría que no la había visto en su vida. Pero era su casa y era su cama, así pues, ¿qué pintaba allí? Podría tratarse de un lígüe de fin de semana que no recordara, aunque éste no era su estilo; pero el reloj marcaba tozudo las siete de la mañana del lunes, así que difícilmente podía entenderse como una cana al aire teniendo que madrugar.

Un ligero hormigueo le llevó a alzar la mano derecha poniéndola frente a sus ojos. Allí, en el dedo anular, campeaba un anillo de compromiso... ¡Pero si él no se había casado nunca!

Comenzaba a sospechar que, pese a sus promesas, los Guardianes o, como demonios se llamasen, habían cometido un error garrafal; y carecía de la menor manera de hacérselo entender. Al parecer, le habían mandado a un sitio donde él, tan celoso otrora de su soltería, estaba casado y bien casado...

En fin, si sólo era eso... -se resignó- cosas peores había. Sacudiéndose de encima las últimas brumas del sueño, se levantó y se puso a vestirse.

-No hagas ruido. -gruñó su mujer, de la que todavía desconocía hasta el nombre- No se vayan a despertar los niños, que luego es a mí a quien le toca bregar con ellos.

¿Niños? Vaya por Dios. Mientras abandonaba silenciosamente el dormitorio, empezó a lamentarse por su precipitación a la hora de abandonar el acogedor Refugio de los Guardianes.



## ADIVINA, ADIVINANZA

El día que terminé mi licenciatura en la universidad fui, como supongo que le habrá ocurrido a todo el mundo, presa de unos sentimientos encontrados. Por un lado sentía la satisfacción de haber llegado al fin a la ansiada meta, pero por otro me encontraba ante la disyuntiva de no tener demasiado claro mi futuro.

Finalmente acabé decantándome hacia la carrera investigadora, no tanto por sentir una acendrada vocación hacia ella, como por pragmatismo ante una incorporación al mundo laboral que presumía problemática. Tras leer en el tablón de anuncios de la facultad, casi por casualidad, la oferta de una beca para realizar una tesis doctoral en un afamado centro de investigación, llamé por teléfono al responsable de la misma, concerté una entrevista y, antes casi de darme cuenta, me encontraba ya en mi nuevo destino. De sobra sabía que la vida de un becario era, cuanto menos en nuestro país, precaria y con pocas perspectivas de futuro en un buen puñado de años, pero me resolvía el problema durante algún tiempo. Más adelante, Dios diría.

La verdad sea dicha, jamás hubiera podido sospechar que un licenciado en Historia como yo era, especializado por si fuera poco en Historia Antigua, fuera a acabar trabajando en algo que, aunque en sentido estricto correspondía a mi disciplina, era al mismo tiempo rabiosamente tecnológico... y yo podía saber más o menos de historia, pero era un completo lego en cuestiones científicas de cualquier índole. Aunque, eso también es cierto, los ingenieros, que eran el otro sector académico involucrado en esta disciplina pomposamente denominada *Ingeniería Histórica*, acostumbraban a tener todavía menos conocimientos de historia que nosotros los historiadores de ingeniería; este hecho, unido a la circunstancia de su mayor demanda laboral fuera de los ámbitos universitarios, explicaba su nula respuesta a la convocatoria, algo que sin duda a mí me había beneficiado.

Acabo de citar un término, *Ingeniería Histórica*, que probablemente les habrá llamado la atención, puesto que en un principio cabría pensar que nada puede haber más dispar, dentro del ámbito del conocimiento humano, que la ingeniería y la historia; no ignoro que esta última se ha auxiliado frecuentemente de distintas técnicas científicas como, por poner tan sólo un ejemplo, la datación cronológica con el carbono catorce... pero esto es algo totalmente diferente, ya que se trata de una fusión de ambas disciplinas en un *tanto monta* capaz de dejar perplejo a cualquiera.

De hecho mi futuro director de tesis no era historiador, sino científico; no ingeniero, que eso hubiera sido ya pedir demasiado, pero sí físico teórico. ¿Qué podían tener en común la historia y la física? Pues en principio muy poco... hasta que, hace unos años y de manera casual, fueron descubiertas las ecuaciones que permitían conocer la naturaleza pluridimensional del universo.

Supongo que todos ustedes habrán oído hablar de la famosa *cuarta dimensión*, identificada habitualmente con el tiempo; e incluso, si son aficionados a la ciencia ficción, es de esperar que estén familiarizados con las especulaciones de todo tipo escritas por los autores del género acerca de hipotéticos viajes por el tiempo... aunque en realidad la *Ingeniería Histórica* no tiene nada que ver con ellos, sino con otro tópico asimismo habitual dentro de la literatura fantástica, el de los universos paralelos.

Claro está que una cosa es hablar -o escribir- de universos paralelos, utilizando el concepto como una mera excusa argumental, cuando no como simple escenario de la narración, y otra muy distinta hacer un desarrollo matemático del mismo, algo endiabladamente complejo y, como tal, al alcance tan sólo de mentes muy preparadas entre las cuales, huelga decirlo, la mía no se contaba. Esto explica sobradamente mi nerviosismo a la hora de acudir a la entrevista, dado que no entendía qué cabida podía tener en este proyecto alguien con una formación humanística, pese a que la convocatoria dejaba bien claro que la beca iba dirigida a licenciados en historia o disciplinas afines.

Sin embargo, los hechos posteriores vendrían a demostrar que el león no era tan fiero como lo pintaban, y que la gente como yo tenía encaje en el equipo multidisciplinar encargado de explorar las vastas y desconocidas rutas del pluriuniverso... porque si bien los historiadores nos encontrábamos perdidos frente a una simple expresión algebraica medianamente complicada, lo mismo les ocurría a los científicos -matemáticos y físicos fundamentalmente, aunque había también algunos químicos, geólogos y biólogos- en relación con las mal llamadas ciencias sociales. En realidad, y dadas las características del *Proyecto Fénix*, que así era como se denominaba ampulosamente al programa de investigación en el que iba a tomar parte, todos nosotros nos necesitábamos mutuamente; pero esto no lo sabría hasta más adelante.

Llegados a este punto, es necesario recurrir a determinados conceptos matemáticos imprescindibles para entender, siquiera de forma somera, la estrategia seguida por los responsables del *Proyecto Fénix*. Quede claro que en el momento de incorporarme a él mis conocimientos sobre este tema eran virtualmente nulos, excepción hecha de los paupérrimos rescoldos de mi olvidado bachillerato. Por supuesto conocía el significado conceptual del término *infinito*, pero no las mucho más complejas y sutiles consecuencias matemáticas derivadas del mismo... porque no es lo mismo imaginar algo extremadamente grande, lo cual está al alcance de todo el mundo, que asumir las tremendas implicaciones de un infinito real.

*Infinito* significa precisamente eso: infinito. No muy grande, ni enormemente grande, ni tan siquiera inconmensurablemente grande; sino un conjunto inabarcable de elementos que, por su misma naturaleza, no tiene principio ni tampoco puede tener fin. Analizándolo en profundidad descubriremos que se trata de un concepto realmente endiablado, a la par que en modo alguno intuitivo. En el mundo real, poco importa que consideremos las

galaxias del universo o los átomos que constituyen un objeto cualquiera, todo es finito, es decir, limitado en su cantidad. Ésta podrá ser, evidentemente, tan elevada como se quiera, pero siempre tendrá fin y, si somos incapaces de cuantificarla, será debido tan sólo a la insuficiente precisión de nuestros métodos de medida, nunca a su propia naturaleza.

Un conjunto infinito de los ideados por los matemáticos, por el contrario, cuenta con un inagotable número de elementos, siendo por lo tanto intrínsecamente imposible de cuantificar. Es evidente que siempre hasta ahora se había considerado como una simple elucubración mental sin el menor reflejo práctico; pero el descubrimiento de la pluralidad de los universos demostró, sin ningún género de dudas, que el número de los mismos era infinito o, si se prefiere, que el número de universos paralelos al nuestro era no ya inabarcable, sino asimismo inacabable e inconcebible. Se me objetará, con razón, que también esto sería una mera especulación teórica... pero las circunstancias cambiaron radicalmente cuando se descubrió la posibilidad de visitar estos universos, compañeros y a la vez diferentes del nuestro.

Ustedes recordarán sin duda el revuelo organizado por los medios de comunicación, siempre tan sensacionalistas como desinformados, a raíz de la noticia de la construcción del primer *transdimensionador*, nombre con el que se bautizó al artefacto capaz de taladrar las fronteras que separan a los distintos universos; revuelo que poco después se vendría a quedar en nada dado que el interés fundamental del descubrimiento era básicamente científico, y ya se sabe que estos temas acostumbran a acabar aburriendo al gran público.

Era cierto, y en esto no mentían los periodistas, que las posibilidades que abría la exploración dimensional eran literalmente infinitas; pero no menos cierto era también que las dificultades inherentes a la misma resultaban ser asimismo infinitas... porque de poco servía contar con unas inmensas posibilidades de elección careciendo de cualquier posible método para discriminar entre las distintas opciones, lo que hacía que la situación en la que se encontraban los investigadores fuera similar a la de un visitante de la Biblioteca de Babel imaginada por Borges, o a la de un hipotético lector del también borgiano Libro de Arena. En definitiva, explorar el universo en esas condiciones hubiera supuesto, en la práctica, jugar a una extraña lotería cósmica de impredecibles y, con toda probabilidad, inaprovechables premios.

Por fortuna, la genialidad de los premios nobel Inoue y Cannizaro permitió salvar airoosamente el escollo contra el que se había estrellado la neonata ciencia. Según las predicciones de las ecuaciones Sánchez-Jolliot, desarrolladas por estos dos teóricos tan sólo algunos años antes, existía un principio de exclusión, similar al que postulara Pauli para la mecánica cuántica, que impedía que dos universos cualquiera fueran virtualmente idénticos, de la misma manera que dos puntos no pueden ocupar la misma posición en una recta. Todos ellos se diferenciaban, pues, entre sí en algo, y ese algo podía ser desde un detalle tan trivial como la posición de un átomo, hasta una variación absoluta en la propia

arquitectura de los mismos, sin respetar ni tan siquiera los valores de constantes tan universales como la de Newton o la de Planck.

Dicho con otras palabras, habría universos en los que la Tierra no existiría, y otros en los que los dinosaurios no habrían llegado a extinguirse, impidiendo con ello la aparición de la especie humana al no tener lugar la explosiva evolución de los mamíferos posterior a su desaparición en el Cretáceo; pero también habría otros alternativos en los que las discrepancias con el nuestro oscilarían entre los distintos desenlaces de episodios históricos trascendentales, tales como la victoria de Hitler en la II Guerra Mundial, u otras tan triviales para el devenir de la historia como que un anónimo ciudadano chino fuera o no atropellado al cruzar una atestada calle de Shangai.

Pero aquí tropezamos de nuevo con el endiablado concepto de infinito. Según los matemáticos, una línea recta está formada por un número infinito de puntos. Bien, hasta ahí es relativamente fácil de entender. Lo que ya no lo es tanto, puesto que choca frontalmente contra el sentido común, es que si partimos la citada recta en dos, cada una de las dos semirrectas resultantes contiene asimismo un número infinito de puntos... Y así ocurriría con cada uno de sus pedazos si siguiéramos troceándola indefinidamente, en un curioso remedo de las tribulaciones del ratón Mickey en el conocido episodio de la película *Fantasia*, cuando metido a aprendiz de brujo intentaba impedir infructuosamente que las multiplicadas escobas siguieran acarreando agua sin parar.

Obviamente la extrapolación del razonamiento anterior resulta tan inequívoca como sorprendente, a la par que en absoluto intuitiva: una recta dividida infinitas veces produciría un conjunto de infinitos segmentos, cada uno de los cuales estaría constituido... sí, lo han adivinado, por infinitos puntos. Absurdo, pero cierto. Huelga decir que, para poderle hincar el diente a este embolado, los matemáticos había recurrido hacía ya mucho a otro tinglado teórico todavía más enrevesado, el de los *transfinitos*; pero he de confesar que al llegar a estas profundidades me pierdo ya por completo, amén de que tales elucubraciones no resultan necesarias para nuestros modestos razonamientos.

Dejémoslo, pues, en una explicación más prosaica apta para profanos: Dentro del conjunto del pluriuniverso podremos encontrarnos con infinitos mundos en los que el general Franco ganó la Guerra Civil, pero también existirá un conjunto no menos infinito de Tierras en las que la victoria final correspondió a la II República... así como otro grupo de infinitos universos en los que el conflicto armado ni tan siquiera llegó a existir, junto con cualquier otra posible variante que se nos pueda ocurrir por absurda o aberrante que pudiera parecer, sin más limitaciones que las impuestas por las inflexibles leyes de la causalidad.

Bien, hasta ahora no he explicado todavía cómo Inoue y Cannizaro se las apañaron para resolver un problema que convertía en trivial el conocido tópico de la aguja en el pajar; no ha sido un olvido, sino la evidente necesidad de explicar antes la situación

existente previa a su intervención. El hallazgo de estos dos científicos, genial a la par que pasmosamente simple, consistió en un algoritmo matemático capaz de reducir a una expresión matemática única las diferencias -llamémoslo así- existentes entre nuestro universo y cualquier otro que deseáramos visitar; una vez fijado un conjunto discreto de parámetros, bastaba con dar distintos valores a éstos en una ecuación maestra para modular, de forma controlada y reproducible, el ya citado *transdimensionador*, tras lo cual los viajeros dimensionales aparecerían como por arte de magia en el universo buscado o, al menos, en uno que cumpliera todas las condiciones deseadas, dado que poco importaba que un campesino bávaro hubiera fallecido o no, víctima de la Peste Negra en el año del Señor de 1349 salvo, claro está, que algún descendiente suyo hubiera acabado siendo siglos después un personaje lo suficientemente importante como para influir en la historia; pero la ecuación Inoue-Cannizaro preveía asimismo cualquiera de estas posibles paradojas, limitándose a eliminar el *ruido de fondo* constituido por los resultados redundantes, desviados o simplemente inútiles, sin afectar en lo más mínimo a la esencia.

Y se abrió la caja de las maravillas y, con ella, la amenaza de que en realidad se tratara de una caja de Pandora. Evidentemente los principales gobiernos mundiales se apresuraron a declarar secreto militar, en sus respectivos territorios, a todo lo relacionado con los viajes dimensionales, una precaución que acabó revelándose inútil dado que el arraigado apatriotismo de la comunidad científica, auxiliado eficazmente eso sí por herramientas tan poderosas como internet, consiguió burlar audaz -y a decir de muchos, imprudentemente- las férreas mordazas que de forma infructuosa intentaron imponerles sus gobernantes.

Por fortuna, con el tiempo se pudo comprobar que las posibles consecuencias negativas de tan revolucionario descubrimiento se quedaban en la práctica en mera agua de borrajas. Y no porque éstas no fueran importantes, que lo eran y mucho, sino porque su trascendencia real resultó estar circunscrita de forma exclusiva al ámbito académico y erudito sin que la economía, la política o el delicado equilibrio mundiales se vieran afectados en lo más mínimo.

Las razones para ello fueron fundamentalmente dos. En primer lugar, el viaje interdimensional era, literalmente hablando, virtual. Los exploradores dimensionales no viajaban en realidad a ningún universo paralelo, limitándose a contemplar algo equivalente a una proyección holográfica en la que se veían inmersos provista, eso sí, de una pasmosa nitidez. El *transdimensionador* los convertía en la práctica en una especie de fantasmas, invisibles e intangibles para los habitantes de los universos visitados, permitiéndoles no obstante desplazarse por ellos tal como lo hubieran hecho por nuestro propio mundo; mejor incluso, puesto que estaban libres de sufrir, dada su incorporeidad, ningún tipo de percance. Eso sí, podían ver con todo lujo de detalles y, gracias a un ingenioso artilugio que interpretaba las microfluctuaciones locales del índice de refracción del aire producidas por los sonidos, también les era posible *oír*. Por supuesto, eran capaces de percibir asimismo cualquier tipo de emisión electromagnética tales como las de radio o televisión. Pero dado

que no era posible hacerlo a la inversa, la capacidad de comunicación entre dos universos distintos era absolutamente nula.

El segundo factor importante, a la par que inesperado, resultó ser la absoluta sincronización cronológica existente entre la totalidad de los universos explorados o, por hablar con más propiedad, todos aquéllos en los que resultó posible evaluar este parámetro. Estudiando minuciosamente el reloj cósmico más preciso del que se disponía, la posición relativa de los diferentes astros del Sistema Solar, se llegó a la sorprendente conclusión de que, en todos los universos en los que estos planetas, satélites y asteroides existían, el tiempo discurría sin el menor desfase entre ellos. Esta evidencia echó por tierra las esperanzas, y también los temores, de quienes habían postulado la existencia de posibles adelantos o retrasos temporales entre dos universos determinados que en todo lo demás fueran idénticos, lo que hubiera permitido realizar de una manera indirecta, pero no por ello menos efectiva, algo equivalente a los viajes por el tiempo. Así pues, quedaron frustradas las esperanzas de quienes especularon con la posibilidad de viajar a un universo paralelo, pero adelantado en tan sólo unos días al nuestro propio, para poder así averiguar, pongo por ejemplo, los resultados del próximo sorteo de la lotería... aunque en realidad la teoría predecía que, dentro del conjunto infinito de universos virtualmente idénticos al nuestro hasta un momento determinado -el del sorteo-, se incluían todos aquéllos en los cuales el premio gordo recaería en cada uno de los números que entraban en el sorteo, desde el primero hasta el último sin dejar ninguno, con lo cual en la práctica esta limitación habría convertido en inútiles las pretensiones del burlado jugador.

Anécdotas aparte, lo cierto es que estas dos restricciones fueron una auténtica bendición para la comunidad científica mundial, ya que gracias a ellas los investigadores pudieron dedicarse de lleno al estudio del fascinante campo de los universos paralelos sin interferencias ni restricciones de ningún tipo por parte de los políticos o de los poderes fácticos, dado que tanto los unos como los otros coincidían en despreciar olímpicamente todo conocimiento del que no pudieran sacar provecho. Así pues, pronto comenzaron a crearse numerosos grupos de investigación ansiosos por explorar tan tentador territorio virgen.

Aunque las posibilidades abiertas eran realmente muchas, una somera clasificación nos permitiría distribuir a estas iniciativas en dos grandes grupos, bautizados respectivamente en nuestra jerga propia como los *macro* y los *micro* en alusión directa a la magnitud de los cambios existentes con respecto a nuestro propio universo.

Los primeros, fundamentalmente científicos experimentales, centraban su interés en sistemas -o universos- muy alejados de nuestro modelo, lo cual les permitía estudiar por comparación los mecanismos de evolución de nuestro universo. Así, los astrónomos investigaban Sistemas Solares en los que faltaba o sobraba algún planeta, o bien aquéllos en los que la Luna no se había llegado a formar en los albores de la historia de nuestro

planeta. Había paleontólogos fascinados por mundos en los que los dinosaurios no se habían extinguido, u otros en los que ni tan siquiera habían llegado a surgir. Los químicos disponían de Tierras con composiciones químicas sutilmente distintas, pero lo suficientemente significativas a la hora de condicionar composiciones exóticas, y geólogos y meteorólogos disfrutaban de alternativas variadas a la conocida evolución de la superficie y la atmósfera terrestres. En lo que respecta a los antropólogos, andaban entusiasmados con escenarios en los que la evolución de los homínidos había seguido por derroteros muy distintos a los conocidos.

El trabajo de los *micro*, es decir, de nosotros, consistía por el contrario en investigar escenarios muy similares al nuestro, diferenciados tan sólo en algún detalle puntual que, aunque pudiera parecer irrelevante dentro del conjunto global, resultaba fundamental para el discurrir histórico. A diferencia de nuestros colegas, nosotros solíamos proceder de disciplinas humanísticas o, por usar la terminología moderna, de las ciencias sociales. ¿Qué era lo que buscábamos? Probablemente un aficionado a la ciencia ficción lo hubiera calificado de *ucronía*, pero nosotros preferíamos utilizar el más aséptico término de *Historia alternativa*. Así, nuestro trabajo consistía en realizar prospecciones históricas en universos en los cuales un sutil cambio había desviado la evolución de la sociedad respecto al guión escrito en el nuestro: mundos en los que Hitler triunfó en la II Guerra Mundial, en los que Julio César no había sido asesinado en los idus de marzo, o en los que Mahoma no había llegado a existir, entre muchos otros.

Por comparación entre la historia *real* -para nosotros- y la de las Tierras alternativas, deducíamos la trascendencia de un cambio histórico concreto, algo que puede parecer sencillo pero que, en ocasiones, podía resultar terriblemente endiablado a causa de la complejidad de los factores involucrados, algunos obviamente importantes -además de la victoria de Napoleón en Waterloo podía o no darse la muerte de su rival Wellington; junto con una o las dos premisas anteriores podía o no desatarse una epidemia de cólera que diezmará Francia...- y otras menos evidentes, protagonizadas por ciudadanos anónimos en acontecimientos nimios pero que, merced a un conjunto de complejas e impredecibles carambolas, actuaban de catalizador de procesos divergentes tan determinantes como inesperados.

Separar el polvo de la paja o, si lo prefieren, eliminar el ruido de fondo que perturbaba la información, era tan complejo a la hora de seleccionar el universo adecuado entre todos los que cumplían los requisitos previos, que nuestra tarea a veces se nos presentaba inabarcable. Voy a poner un ejemplo. ¿Qué hubiera ocurrido si Gavrilo Princip, el asesino del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo, en lugar de morir de tuberculosis en 1918, en la cárcel donde cumplía condena por el magnicidio que desató la I Guerra Mundial, lo hubiera hecho poco antes de cometer el atentado? ¿Se habría podido evitar el conflicto bélico? La paradójica respuesta era sí o no según el universo estudiado, ya que según las leyes de los números infinitos todas las alternativas eran posibles. Claro está que estas

historias alternativas en las que, sin mediar la intervención de Princip, estallaba o no la guerra europea, se diferenciaban a su vez en otros factores tales como su sustitución por otro terrorista, la suspensión del atentado, la detención de sus promotores por la policía imperial, la salvación del archiduque, herido pero no muerto... y así *ad infinitum*.

Por esta razón, en la práctica tan sólo era posible estudiar cambios muy puntuales en los que estas perturbaciones no se producían. Por analogía con la hidrodinámica -al fin y al cabo el tiempo también *fluye*-, los historiadores calificábamos a estas situaciones como *laminares*, en contraposición a aquellas otras -las *caóticas*- de comportamiento totalmente imprevisible. Aunque en un principio hubiera podido pensarse que los grandes acontecimientos históricos, en especial los repentinos -tales como la sorprendente conquista del imperio persa por parte de Alejandro Magno-, entrarían en la categoría caótica, mientras las evoluciones tranquilas de la sociedad serían por el contrario laminares, no siempre ocurría así, dándose casos en los que las circunstancias exigían el surgimiento de un líder fuerte, pero no necesariamente el mismo personaje en todos los escenarios posibles, dándose evoluciones paralelas muy similares pese a los diferentes protagonistas y, por el contrario, períodos históricos aparentemente apacibles pero con grandes desviaciones entre unos y otros universos. El enrevesamiento de nuestra disciplina podía llegar a ser, pues, realmente endemoniado.

Pero dice el refrán que no hay mal que por bien no venga, y si bien los resultados prácticos de la *Historia Alternativa* no llegaron a colmar las expectativas que habían sido depositadas en ellos, fue de una manera casi inesperada como los investigadores tropezaron con otro filón en modo alguno desdeñable, lo que permitió el surgimiento de una nueva disciplina bautizada con el nombre de *Prospección Artística, Literaria y Documental*.

Pese a lo rimbombante del nombre, la idea era en esencia sencilla: se trataba de buscar todo aquello que en nuestra realidad se había perdido irremisiblemente, mientras en otros mundos paralelos no; me estoy refiriendo a cosas tales como obras de arte, monumentos y edificios singulares, documentos históricos, textos literarios, etc. La finalidad de estas iniciativas fue en un principio exclusivamente académica, lo que no impidió que pronto comenzaran a encontrárseles nuevas e interesantes aplicaciones tales como la turística, por supuesto de lujo y reservada tan sólo a unos pocos privilegiados... amén claro está de molestias tales como las inevitables interferencias políticas y militares -ambos colectivos consideraban a la *P.A.L.D.* como algo similar a los juegos de rol- no por inofensivas menos cargantes, por no hablar ya de la tabarra de los gobernantes locales, incapaces de entender que el Faro de Alejandría, el Palacio Imperial de Roma o los textos perdidos de Aristóteles siempre serían mucho más importantes que el retablo de la iglesia de su pueblo desaparecido en 1936.

Por fortuna, los distintos equipos de investigación acabaron apañándose las mejor o peor para sacudirse las pulgas de encima. Mucho más complicado fue salvar los mismo



inconvenientes con los que habían tropezado anteriormente las prospecciones históricas; había tantas alternativas para elegir, todas ellas poco o mucho diferentes del resto, que en la práctica resultaba extraordinariamente difícil acertar con la solución idónea. Tomemos el caso, por ejemplo de los investigadores que trataban de documentar el aspecto externo e interno del desaparecido alcázar madrileño. Ciertamente eran muchos los mundos paralelos -a decir verdad, demasiados- en los que el pavoroso incendio de 1734 no había tenido lugar, preservándose la vieja residencia de los Austrias en lugar del Palacio Real que en nuestro universo viniera a ocupar su solar; pero esto no quería decir, en modo alguno, que su aspecto fuera idéntico en todos ellos, diferenciándose poco o mucho de unas realidades alternativas a otras en función de los avatares históricos sufridos en cada una de ellas. Ora había padecido fraves daños en la Guerra de la Independencia, ora en la Guerra Civil, sin contar con las numerosas intervenciones realizadas para paliar el simple deterioro producido por el paso del tiempo, no siempre acometidas siguiendo criterios de restauración equiparables.

Así pues, quienes pretendían saber cómo hubiera sido este antiguo palacio de haber llegado hasta nuestros días, se encontraban con el problema de tener que elegir entre múltiples alternativas todas ellas exactamente igual de probables, ya que lo que no resultaba posible, tal como he comentado, era averiguar cual fue su aspecto original durante el reinado de los monarcas de la dinastía de los Austrias. Por suerte, no siempre ocurría así; en los casos en los que se disponía de una fotografía antigua, aunque fuera en blanco y negro, de un cuadro u otra obra de arte, era posible rastrear una copia idéntica de la misma cotejándola con la *original* sin riesgo de incurrir en error. Justo en el otro extremo se encontraban los buscadores de documentos y obras literarias perdidos, los cuales nunca podían estar seguros de la validez de sus hallazgos aunque, eso sí, una tragedia de Sófocles siempre sería una obra salida de las manos de este dramaturgo griego -o de alguno de sus múltiples avatares- por más que en nuestra realidad histórica jamás la hubiera llegado a escribir.

Estas circunstancias acarrearón en ocasiones unos resultados ciertamente pintorescos. Así, pronto se puso de moda la *literatura virtual*; los aficionados a un tipo determinado de literatura, e incluso a algún escritor en concreto, se encontraron de repente con la posibilidad de disfrutar de un inagotable número de obras que jamás existieron en nuestro propio mundo, pero que en esencia eran tan *originales* como las canónicas. Lo mismo ocurría con la pintura, la escultura, la música -especialmente sonado fue el éxito de una *Décima Sinfonía* de Beethoven, una de entre las muchas existentes- y en general con todas las Bellas Artes, salvo una única excepción que comentaré más adelante. Los aficionados al cine pudieron disfrutar de una versión de *Casablanca* en la que Ilse permanecía al lado de Rick, o de un *Lo que el viento se llevó* alternativo con Escarlata reconciliada con Rhett y el consiguiente final feliz...

La excepción fue, por su propia naturaleza, la arquitectura. Y no porque no fuera posible un rastreo similar a los comentados anteriormente, que lo era, sino porque pronto se desató una encendida polémica entre los partidarios de aprovechar estos conocimientos para restaurar, o incluso reconstruir, edificios emblemáticos mutilados o desaparecidos, y aquellos otros que rechazaban a ultranza cualquier tipo de intervención, por nimia que fuera ésta, alegando que siempre se trataría de una falsificación. Los resultados fueron para todos los gustos dependiendo del lugar y de la sensibilidad de los responsables, no faltando los pastiches aberrantes ni, en contraposición a ellos, las recuperaciones modélicas junto con problemas nada triviales como los planteados cuando el solar del edificio antiguo estaba ocupado ahora por otro nuevo, lo que implicaba la inevitable demolición del último como paso previo para la reconstrucción de su predecesor.

Especialmente problemáticos fueron los casos en los que, a causa de la existencia de rancias disputas religiosas, se llegaron a alcanzar situaciones realmente críticas, como ocurrió a raíz de la pretensión judía de reconstruir el templo de Jerusalén a expensas, claro está, de la mezquita de Al-Aksa levantada por los musulmanes sobre sus ruinas... aunque, claro está, de ello no se podía responsabilizar ni a los científicos ni a la propia *Ingeniería Histórica*, sino exclusivamente a los políticos, líderes religiosos y agitadores varios.

Por fortuna nosotros, simples investigadores nada interesados en las posibles repercusiones políticas o místicas del problema, nos conformábamos con una simple reconstrucción virtual, no por intangible menos verídica, del monumento perdido, un trabajo ya de por sí lo suficientemente ímprobo como para quitarnos las ganas de gastar inútilmente nuestras energías intentando convencer al gobernante de turno de la bondad de una reconstrucción determinada... Claro está que no todos nuestros colegas pensaron así, como lo demostró el repentino -y efímero- auge de *parques temáticos* ideados para reproducir, no siempre con suficiente verosimilitud pero con la impunidad que confería el escaso nivel de conocimientos históricos de sus visitantes, variados y presuntos edificios históricos de los que tan sólo quedaba ya el recuerdo, y a veces ni tan siquiera eso. Esos circos mediáticos poco tenían que ver con la verdadera ciencia y poco era lo que nos importaban, aunque en su momento llegaron a ser un negocio realmente rentable; ya lo dijo Vespasiano, el socarrón emperador romano: el dinero, sea cual sea su procedencia, habitualmente no suele *oler*.

Pero uno tiene -o tenía, todo hay que decirlo- sus principios, por lo cual no cedí ante los cantos de sirena y, a diferencia de algunos colegas míos tentados por el dinero fácil, me mantuve fiel al espíritu investigador pese a que ello limitaba mi horizonte profesional a unas perspectivas máximas de un sueldo -y eso con suerte- digno y seguro pero con el que jamás llegaría a hacerme rico, algo que entonces no sólo no ambicionaba, sino que incluso despreciaba.

¡Ay el idealismo inconsciente de la juventud! Porque, por si fuera poco, mi trabajo nada tenía de excitante y romántico, y sí mucho de rutinario y aburrido; y por supuesto, convenía olvidarse de cosas tales como reconstruir virtualmente el Partenón, el Faro de Alejandría o tan siquiera, ya en un plano más modesto, alguna desaparecida basílica visigoda. Como ya he comentado anteriormente, la navegación por el *pluriuniverso* tenía lugar, desde un punto de vista cronológico, siempre en horizontal, y no en vertical; en consecuencia, por muy diferente que pudiera resultar un universo alternativo determinado, en él habrían transcurrido exactamente los mismos años que en el nuestro, con lo cual la posibilidad de encontrar edificios centenarios o milenarios más o menos intactos eran igual de remotas que en el nuestro propio, por más que los acontecimientos históricos seculares que provocaron la desaparición de los mismos en nuestro pasado no hubieran tenido lugar allí. En la práctica, lo que solía suceder era que hubieran ocurrido otros diferentes, pero no por ello menos efectivos en lo relativo a sus consecuencias destructoras.

Así pues, salvo contadas excepciones nuestras investigaciones resultaban ser sumamente reducidas en el tiempo ante la imposibilidad práctica de remontarnos demasiado en el pasado; y puedo asegurarles que nuestro trabajo cotidiano era capaz de acabar con la ilusión del más entusiasta. Díganme si no qué podía tener de interesante, por poner un ejemplo, un estudio sistemático, realizado sobre una muestra de 5.000 universos paralelos, sobre la resistencia a la presión de los materiales empleados en la construcción de la presa de un embalse, o la evaluación del efecto de la contaminación ambiental en los índices de mortalidad de una metrópolis europea en función de determinado parámetro de la ecuación de Inoue-Cannizaro... Porque cosas de este estilo, si no todavía más áridas, eran lo que acostumbrábamos a hacer un día tras otro para desesperación nuestra.

Por si fuera poco, los sufridos becarios ni tan siquiera podíamos consolarnos con la compensación de viajar en el *transdimensionador* ya que, salvo en circunstancias muy excepcionales, esto era algo que se reservaban en exclusiva los *pata negra* debido, decían las malas lenguas, a que no deseaban tener testigos molestos de sus presuntas -o cuanto menos presumibles- *visitas turísticas*, eufemismo con el cual nos referíamos en nuestro mundillo a las excursiones particulares camufladas bajo la excusa de realizar un imaginario trabajo de campo... y no necesariamente para visitar monumentos, ya que la posibilidad de atravesar las paredes sin riesgo alguno de ser descubierto podía llegar a dar mucho juego si se sabía aprovechar convenientemente.

Dadas las circunstancias, no es de extrañar que el desánimo y el hartazgo hicieran estragos entre las filas de los becarios. De todos nosotros yo fui, paradójicamente, uno de los que más paciencia tuvieron quizá porque, a diferencia de muchos de mis compañeros, en mi optimismo o en mi ingenuidad seguía confiando en culminar mi carrera investigadora; pese a ello, nada más lejos de mi intención que emular al santo Job, razón por la que mi capacidad de tolerancia acabó llegando inexorablemente a su fin.

Tan sólo era cuestión de tiempo que diera un mordisco a la manzana, y la serpiente se me presentó un buen día en forma de una sofisticada visitante de mediana edad con aspecto de tener el riñón más que bien cubierto. Qué podía buscar una *pija* de ese calibre en el humilde y no demasiado limpio zaquizamí de un oscuro becario era algo que se me escapaba por completo, razón por la que la sorpresa me impidió cumplir siquiera con las más elementales normas de cortesía.

Indulgente ante mi embarazo, Eva -llamémosla así- me pidió permiso para pasar, a lo cual accedí torpemente acomodándola en la única silla libre del minúsculo estudio al tiempo que yo hacía lo propio en la deshecha cama, sin que pareciera incomodarle demasiado -o al menos lo disimulaba- el patente desaliño de mi guarida. Con una sonrisa -posiblemente deliberada- que tuvo la virtud de derretirme, pasó a explicarme el motivo de su inesperada visita.

Permítaseme que abra ahora un paréntesis en mi narración para reflexionar sobre la pasmosa capacidad del intelecto humano para idear soluciones ingeniosas a un problema aparentemente complejo... en especial si éstas logran burlar algún precepto ético o moral, cuando no legal. Ya he comentado que al invento del *transdimensionador* no se le había conseguido encontrar ninguna aplicación práctica fuera de la estrictamente académica; pues bien, lo que no habían logrado pese a sus esfuerzos ni los más preclaros científicos del mundo, ni los menos inteligentes -pero mucho más prosaicos y taimados- políticos, militares y grandes financieros, lo había resuelto aparentemente la mujer que se sentaba en mi cuarto. Y por si fuera poco, había venido a proponerme participar en su plan a cambio de una más que generosa compensación económica.

Mareado mitad por sus palabras, mitad por el aroma a *Chanel 5* que emanaba de su cuerpo, le pedí un tiempo prudencial para pensármelo... aunque en realidad yo ya conocía la respuesta. Ella probablemente también, aunque tuvo la delicadeza de disimularlo emplazándome a una reunión una semana más tarde en un lugar que me comunicaría previamente por teléfono; puede que fuera tan sólo una simple medida de precaución, pero sospecho que no le debía de seducir demasiado la idea de tener que volver a mi hogar.

En esencia su plan no podía ser más sencillo. Según me dijo, su matrimonio hacía aguas desde tiempo atrás y, lo peor de todo, tenía fundadas sospechas de que su marido la engañaba con una amante... sospechas que quería corroborar personalmente con el *transdimensionador*.

Mi perplejidad fue absoluta. El *transdimensionador*, le dije, no le serviría para nada, al igual que les había ocurrido a todos los que con anterioridad a ella habían pretendido utilizarlo en beneficio propio. Sí, seguramente sería fácil encontrar un universo en el que su marido *se la pegara* con otra; pero también habría otros tantos en los que su fidelidad conyugal se mantendría a prueba de bombas. En cualquier caso, y puesto que eran factibles absolutamente todas las posibilidades, el valor probatorio de una cualquiera de ellas sería

por definición nulo, al no poderse demostrar en modo alguno el verdadero comportamiento de su marido en nuestro propio universo.

Al concluir mi atropellada explicación, que había respetado educadamente hasta el final, Eva se burló de mi ingenuidad al tiempo que, dándome una acrisolada lección de cinismo, me advertía de algo tan evidente que me había pasado desapercibido: en realidad, a ella no le importaba lo más mínimo lo que pudiera hacer el *cornudo* -repito literalmente el adjetivo que empleó- de su marido. Lo que en realidad buscaba, eran pruebas que pudiera esgrimir en el proceso de divorcio que tenía previsto solicitar en cuanto pudiera, sin importarle lo más mínimo la posible veracidad de las mismas aunque, eso sí, habría que ocultar su verdadero origen para evitar una más que probable impugnación de las mismas. Es necesario añadir que había dinero, mucho dinero por medio, y que un adulterio *demostrado*, por más que pudiera ser falso aunque quizá no lo fuera, le abriría las puertas a una más que generosa pensión por parte de su futuro ex-marido.

No acabaron aquí mis objeciones. Yo era tan sólo un simple becario que tenía terminantemente prohibido acercarme siquiera a la cabina del *transdimensionador*, así que poco podría hacer por ayudarla aunque quisiera... más valdría que se dirigiera a alguno de mis jefes, los cuales no mostrarían demasiados escrúpulos sobre todo habiendo tanto dinero por medio. Maldito lo que me apetecía quitarme la comida de la boca para dársela a unos buitres carroñeros que me tenían más quemado que el palo de un churrero, pero mi miedo a ser pillado manipulando los aparatos era muy superior a mi avaricia.

Para sorpresa mía, si es que algo podía sorprenderme ya a esas alturas, Eva volvió a reírse de mi inocencia. No, no podía recurrir a ellos porque de hacerlo así siempre pendería sobre su cabeza la espada de Damocles de un posible chantaje... ¡vaya, si todavía iba a conocerlos mejor que yo! Por el contrario yo, que tenía acceso -clandestino, eso sí- al aparato, me mantendría callado por la cuenta que me traía.

De poco sirvieron mis excusas -al parecer Eva tenía respuesta para todo- alegando que no sabía manejar el *transdimensionador*; nada más fácil, me dijo, que aprenderlo a espaldas de mis superiores. En realidad sí sabía hacerlo, aunque de poco me sirvió fingir lo contrario.

Y se fue, dejándome a solas con el enervante aroma del *Chanel 5*.

Una semana más tarde quedamos citados en una lujosa cafetería cuyos precios estaban varios puntos por encima de mis magras posibilidades; evidentemente, pagaba ella. Huelga decir que yo ya tenía decidida mi respuesta; en realidad ya había quedado prácticamente convencido desde la primera entrevista, pero la última jugarreta de mi jefe, que se había largado a un congreso en una atractiva capital centroeuropea dejándome pringado con el trabajo durante un largo puente, había acabado por inclinar la balanza en el único sentido que ésta podía hacerlo. Sencillamente, estaba harto.

Y además, estaba el dichoso *Chanel 5*...

No es de extrañar, pues, que nos pusiéramos rápidamente de acuerdo. Nuestro plan era sencillo: yo tenía que ir a trabajar al laboratorio ese fin de semana, de hecho era tan *pringado* que iba casi todos, y los vigilantes me conocían lo suficiente como para no poner ninguna traba a mi presencia. Más difícil iba a resultar colar a Eva, pero la excusa que buscamos -fingir que era una amiga mía que venía a buscarme- confiábamos que sirviera para abrirle las puertas... bueno, eso y su simpatía personal, capaz de derretir con una simple sonrisa a los témpanos más helados.

Puesto que aparte de nosotros dos el laboratorio iba a estar completamente vacío -un compañero mío al que también le había tocado la china aceptó entusiasmado mi oferta de hacerme cargo de sus trabajos-, dispondríamos a nuestro antojo del teóricamente intocable *transdimensionador*. Por fortuna mi docilidad me había granjeado la confianza de mi jefe, que jamás hubiera llegado a sospechar que yo pudiera hacerle semejante trastada... y si lo descubría, ya sería demasiado tarde para evitarlo.

En contra de lo que pudiera pensarse, el manejo del *transdimensionador* era mucho más sencillo de lo que cabía sospechar a juzgar por su sofisticación. La cabina, que se volvía transparente -en realidad era un proyector holográfico de geometría esférica- durante el *viaje*, contaba con unos sencillos mandos que regulaban su velocidad y su desplazamiento con respecto al lugar visitado, y en el exterior de la misma existía una sala de control desde la que se supervisaban todos los detalles técnicos del *viaje* al tiempo que, si era necesario, también desde allí era posible gobernar el movimiento de la cabina. Un sistema de grabación automático, por último, se encargaba de registrar todos los detalles del proceso.

En circunstancias normales a mí me hubiera encantado ocupar la cabina, al fin y al cabo jamás me habían permitido hacerlo; pero para mi desgracia, no tenía más remedio que encargarme de los controles exteriores. Propuse a Eva que me acompañara manejando la cabina vacía por control remoto, pero ella se negó en redondo mostrando un terco -y para mí completamente injustificado- interés en ocuparla en solitario, insistiendo incluso en pilotarla con sus propias manos. Y, como se apresuró a recordarme, quien paga, manda.

No acabaron aquí sus exigencias, ya que asimismo me obligó a desconectar el monitor mediante el cual era posible seguir desde la sala de control las incidencias del *exterior* de la cabina. Se trataba, me dijo, de algo muy íntimo que no deseaba que fuera visto por nadie a excepción de las personas estrictamente imprescindibles entre las cuales, huelga decirlo, yo no me contaba. Por supuesto tampoco me permitiría vislumbrar la grabación, cuya copia de seguridad sería borrada inmediatamente para evitar que mis jefes pudieran enterarse de nuestra travesura.

Sí, sé de sobra que obré mal, pero esa mujer me tenía hipnotizado y accedí mansamente a todas sus condiciones; y aún hubiera accedido a mucho más de habérmelo tan sólo insinuado.

Pero es mejor que no divaguemos. Nuestro plan se desarrolló sin incidentes tal como lo habíamos pensado, y Eva logró colarse de rondón en el laboratorio. Yo, por mi parte, ya tenía preparado todo cuando llegó, así que pudimos ponernos inmediatamente manos a la obra. Durante los días anteriores me había dedicado a realizar los complejos cálculos de la ecuación Sánchez-Jolliot necesarios para que el experimento pudiera tener lugar con éxito ya que, de no ser así, corríamos el riesgo de aparecer en un universo distinto del buscado, lo cual hubiera hecho inútiles nuestros esfuerzos. La tarea era delicada y yo no era precisamente un experto, pero al final creí haber alcanzado los parámetros que nos permitirían llegar a nuestro universo de destino.

Esto no resolvía, no obstante, todos los problemas. Puesto que la diferencia a nivel global entre nuestro universo y el buscado era tan sumamente trivial, por mucho que afinara los cálculos siempre existiría un considerable margen de incertidumbre en lo que a nosotros nos interesaba. Dicho con otras palabras, tanto podíamos caer en un universo en el que el marido de Eva le ponía los cuernos como a la inversa, o bien en otros en los que no existía adulterio alguno... y todos ellos resultaban ser virtualmente idénticos respecto a los parámetros que nos permitían seleccionar el destino del *transdimensionador*. Por esta razón, la única manera de encontrar el que buscábamos sería por puro y simple tanteo.

Y así lo hicimos. Con Eva en la cabina y los mandos de la misma programados para dirigirse de forma automática a unas coordenadas donde ella presumía que debía de encontrarse el nidito de amor de su marido, y yo en la sala de control con la pantalla apagada -sí, habría podido conectarla sin que ella se enterara, pero seguía siendo un romántico y permanecí fiel a mi promesa- manteniendo únicamente contacto telefónico con ella, comenzamos nuestra torpe e inexperta búsqueda.

Para ser un novato la verdad es que no me salió mal del todo, aunque hubiera sido pedir mucho que acertáramos a la primera. De hecho, nuestros primeros intentos fueron fallidos por diferentes motivos. En uno, Eva y su marido ni siquiera se conocían. En otro, ella acababa de quedarse viuda. En un tercero, no hallamos indicio alguno de adulterio. En un cuarto, la desviación entrópica -disculpen que no les explique en qué consiste esto, además de ser demasiado complicado ni tan siquiera yo lo entiendo demasiado bien- nos impidió localizar a ninguno de los dos miembros de la pareja. Y así una y otra vez...

Comenzaba a flaquear nuestro inicial entusiasmo, cuando Eva me transmitió palabras de aliento. Al parecer, todos los indicios eran favorables... y se desató la catástrofe. De pronto, Eva emitió un grito desgarrado seguido por un ominoso silencio, sin que mis desesperadas llamadas encontraran respuesta alguna. Pulsé compulsivamente el botón de retorno de emergencia, corrí a la cercana cabina y abrí la puerta, encontrándomela

desmayada aparentemente víctima de una brutal crisis nerviosa. Algo grave había ocurrido, pero ¿el qué? Las paredes internas de la cabina sobre las que se proyectaba el holograma mostraban la grisura uniforme de su estado desactivado, por lo que no me podían servir de ninguna ayuda. Existía, por supuesto, la grabación automática en la que se habría recogido aquello que tanto pavor le causara a mi compañera, pero en ese momento mis prioridades eran otras.

Saqué a rastras a Eva de la cabina y, tras depositarla en el suelo del laboratorio, intenté reanimarla con los escasos medios a mi alcance, sin el menor resultado. Me vi obligado entonces a pedir ayuda a los vigilantes, que a su vez dieron aviso a los servicios sanitarios de urgencia. Por supuesto no les conté la verdad, sino que a Eva le había dado un ataque repentino mientras charlaba conmigo en el laboratorio; todavía confiaba evitar que mis superiores se enteraran de que habíamos andado trasteando sin permiso con los equipos.

Por desgracia, no fue así. Cuando tras quedarme solo intenté hacer desaparecer las pruebas, descubrí con espanto que no era posible hacerlo, ya que al pulsar el botón de emergencia se había activado un sistema de seguridad que impedía borrar cualquier registro hasta que éstos no fueran revisados por el responsable del equipo... algo a lo que yo no tenía el menor acceso. Acababa de cavarme mi propia tumba de la manera más estúpida posible.

Sintiendo que la ropa no me llegaba al cuerpo, abandoné el laboratorio refugiándome en mi domicilio. Realmente no sabía qué hacer; estaba metido en un buen lío, en dos si lo de Eva llegaba a ser grave. Por suerte, pese a mi desánimo tuve la suficiente presencia de ánimo para hacer una copia -al menos eso sí me dejó hacerlo la maldita máquina- de la grabación, que me llevé conmigo. ¿Por qué hice eso? No lo tengo demasiado claro, pero supongo que sería mitad por querer saber lo que había ocurrido, mitad pensando que quizá pudiera serme útil en un futuro. Así lo fue, efectivamente, pero no como yo lo hubiese creído.

Tal como era de temer el mismo lunes por la mañana se destapó la caja de los truenos, justo lo que tardó mi jefe en llegar y enterarse de mi travesura; porque, al no serme posible borrar las grabaciones, no tuve más remedio que confesarlo todo.

Puedo asegurar que en mi vida me había ganado una bronca tan monumental aunque, no todo iba a ser negativo, aproveché la ocasión para decirlo todo lo que hasta entonces había callado, que no fue precisamente poco. Pero para mi desgracia yo había incurrido en una infracción grave, la de manipular sin permiso un instrumental científico extremadamente caro y delicado, y por si fuera poco había introducido a una persona extraña en el laboratorio dejándola a solas en la cabina del *transdimensionador*. Dicho gráficamente, no daba un duro por mi pellejo.



Huelga decir que la expulsión fue fulminante, pero eso ya me lo esperaba y, si he de ser sincero, en mi fuero interno casi hasta lo deseaba. Peor fue la amenaza nada velada de depurar posibles responsabilidades penales por mi presunto incumplimiento de un buen puñado de leyes y normativas internas; por fortuna esto me sirvió de revulsivo y, perdido ya el miedo servil, contraataqué justo donde más les podía doler, insinuando que en ese caso me dedicaría a pregonar *urbi et orbe* sus peculiares *visitas turísticas* camufladas de fingidos viajes de investigación... y di de lleno en el clavo. Puede que no existiera ninguna figura legal prohibiendo el *voyeurismo* transdimensional, y difícilmente podían ser denunciados por las desapercibidas víctimas de su lascivia; pero no hacía falta ser ningún lince para llegar a la conclusión de que una publicidad negativa de esa magnitud podría llegar a hacerles bastante daño no sólo en su reputación, sino también en la financiación futura de sus proyectos. Y no eran tan tontos como para ignorarlo.

Así pues acabamos llegando a un pacto entre caballeros, si por tales podía considerarse a quienes nos teníamos agarrados mutuamente por el cuello. Yo renunciaba *voluntariamente* a mi beca y desaparecía de allí, y ellos se olvidaban de mi trastada y de posibles represalias por ello. Dentro de lo que cabe, salía razonablemente bien librado del entuerto en el que me había metido.

Resuelto -mejor o peor- el más acuciante de mis dos problemas, aunque ya veríamos cómo me las apañaba a partir de entonces para buscarme las lentejas, pasé a interesarme por el segundo: Eva. Sabía que había sido llevada al servicio de urgencias de un hospital cercano, pero al interesarme por ella los responsables del mismo me dijeron que la única persona con sus características físicas -huelga decir que se había cuidado de darme su verdadero nombre- ingresada ese día se había recuperado de la crisis a las pocas horas y, tras solicitar voluntariamente el alta, se había marchado de allí sin dejar ningún tipo de señas.

Considero innecesario añadir que no volví a tener noticias tuyas ni, por supuesto, llegué a cobrar un solo duro del dinero prometido, lo cual, teniendo en cuenta lo precario de mi situación económica, se convertía en un grave inconveniente. Al menos, eso sí, parecía que no le había pasado nada grave aparte del susto, lo cual resultaba tranquilizador al alejar el fantasma de una hipotética demanda por daños y perjuicios.

Desbordado totalmente por los acontecimientos, en un principio ni tan siquiera me acordé de que tenía en mi poder una copia de la grabación que tanto había asustado a Eva. En realidad ésta abarcaba la totalidad de la sesión con alrededor de una docena de viajes, pero de todos ellos tan sólo el último era en principio el que revestía interés.

Reproducir el disco era, no obstante, otro problema. La grabación era holográfica y, como tal, resultaba completamente incompatible con mi sencillo y barato reproductor de imágenes planas. Finalmente logré que un amigo me prestara un reproductor holográfico compatible con mi televisor, lo cual se conseguía merced a una merma brutal de la calidad

de la imagen; era una chapuza, pero también la única solución posible dado que mis posibilidades de acceso a un holovisor eran virtualmente nulas.

Así pues, me las apañé como buenamente pude. Claro está que no era lo mismo un holograma tridimensional envolvente de extrema resolución que una imagen plana reducida a un estrecho campo visual, pero menos daba una piedra. Al menos, y eso era algo, podía seleccionar el ángulo sólido que deseara, lo cual me permitía recorrer la totalidad del holograma original en sucesivas sesiones a base, claro está, de mucha paciencia; pero tiempo era precisamente lo que me sobraba en mi nueva condición de parado.

Por otro lado la grabación era corta, apenas de un cuarto de hora, lo que a priori hacía más llevadera la búsqueda. En la práctica resultó todavía más fácil encontrar lo que había traumatizado a Eva; al fin y al cabo lo más lógico era empezar con el sector del holograma correspondiente al *morro* de la cabina, por lo cual puede decirse que acerté prácticamente a la primera.

Y allí estaba. Al principio, mi falta de experiencia -al fin y al cabo desconocía los detalles de su vida privada que me hubieran ayudado a interpretar las claves de la escena- me dificultó la comprensión de lo que aparecía en pantalla, pero al cabo de unos minutos logré identificar a Eva... bueno, quiero decir a su *alter ego* de ese universo paralelo.

Esto fue algo que me intrigó. ¿Qué hacía allí? Se suponía que a quien debíamos buscar era a su marido, al cual por cierto no conocía, en flagrante adulterio, pero no necesariamente a ella... pero puesto que cuando estaba en esa etapa del *viaje* me había dicho que todo iba bien, decidí no darle mayor importancia.

Pero había algo que no encajaba, y tardé algún tiempo en descubrirlo. La Eva paralela, pese a ser evidentemente la misma persona, aparecía distinta, bastante distinta... diríase más ajada que la *mía*. ¿Qué era lo que estaba ocurriendo?

Bastó con llegar al final de la grabación para saberlo. En realidad tuve que repetir los minutos finales para poder apreciar los detalles que se salían del limitado campo visual de mi televisor, pero acabé por tenerlo claro. Meridianamente claro. Y entonces comprendí las razones del espanto de Eva.

El azar nos había jugado una mala pasada. Un error infinitesimal en mis cálculos nos había llevado a un universo paralelo con una sutil diferencia respecto al nuestro, tal como en principio buscábamos; pero esta diferencia había resultado ser de índole muy diferente a la deseada. Allí Eva y su marido existían y eran pareja, pero lejos de pertenecer a la clase alta o, si se prefiere, al *pijerío andante*, su aspecto no podía ser peor: esa Eva no era sino una triste prostituta, y su marido el chulo que la maltrataba. A pesar de lo breve del episodio registrado, la casualidad había querido que quedaran reflejados en toda su crudeza

tanto su modo de vida como los estragos que éste había causado en su castigado cuerpo, minado por las privaciones y el alcohol si no por otras cosas peores.

Era comprensible, pues, que la Eva de nuestro universo, nacida en cuna de oro y mimada por la fortuna, no hubiera podido resistir la visión de una vida alternativa en la que la desgracia se cebaba tanto en su alma como en su cuerpo. Era comprensible también que no quisiera saber nada conmigo al haber sido el inductor involuntario de la pesadilla, por más que no se me pudiera hacer responsable del fiasco; hasta los más expertos navegantes del pluriuniverso tenían dificultades para afinar suficientemente sus cálculos, precisándose para ello no sólo habilidad matemática sino también una buena dosis de intuición. Pese a ello, y pese al embrollo en el que me había metido por su culpa, no podía echarle en cara su comportamiento, por más que esto no resolviera en modo alguno mi negro futuro.

Bien, no voy a aburrirles contándoles mis pesares de esos difíciles meses. No viene a cuento, y además no creo que les interese lo más mínimo. Tan sólo permítanme recordarles el conocido aforismo que afirma que la necesidad aguza el ingenio; en mi caso, ocurrió precisamente así. No recuerdo con exactitud cómo me vino la idea a la mente, pero creo poder asegurar que fue una inspiración repentina tras lo cual lo vi todo claro, meridianamente claro... ¿cómo no se le había ocurrido antes a nadie?

Porque al igual que Eva había tropezado con una realidad alternativa infinitamente más desagradable que la suya propia, también se podrían buscar, y era seguro que existían entre las infinitas posibilidades disponibles en el pluriuniverso, aquellas otras que supusieran justo lo contrario, una mejora de la rutina gris y anodina en la que estaban sumidas las vidas de la mayoría de los mortales... sería algo virtual y fantasmagórico, por supuesto, pero en cierto modo *real*. Y desde luego, si de algo estaba seguro, era de que si a la gente le gustaba fisgar en las vidas de los personajes famosos bendecidos por la fortuna, todavía les habría de gustar más sentirse protagonistas de ese mundo de oropeles y lujos al que jamás tendrían acceso en su devenir cotidiano. Si era posible hacerlo, y desde luego lo era, ¿por qué no convertir, siquiera de forma efímera, a esos millones de ansiosas cenicientas en princesas? Además, se podría incluso buscarles futuros a la carta convirtiendo en *realidad* sus sueños más profundos; cada cual podría ser, según su propia elección, un premio Nobel, un deportista de élite, un actor famoso, un respetado estadista, un mago de las finanzas... el abanico de opciones era virtualmente infinito.

Pergeñar el diseño básico del programa resultó relativamente sencillo, e incluso sirvió para distraerme. Mucha más peliagudo era el tema de la aplicación práctica del mismo, ya que el *transdimensionador* no era lo que se dice un electrodoméstico que se pudiera comprar en la tienda de la esquina. Esto frenó en seco mi entusiasmo durante algún tiempo; como cabe suponer no podía ir a mi antiguo centro de investigación a ofrecerles la idea, y di por sentado que tampoco podía acudir a ningún otro dado que, además de estar incluido con toda seguridad en una lista negra, difícilmente aceptaría cualquier jefe de equipo dejar

de lado sus propios proyectos para dedicar su valioso instrumental a unos fines tan profanos.

Había tirado la toalla cuando inopinadamente vino a sonreírme la fortuna. Casi por casualidad, leí en un periódico que se iba a proceder a la subasta judicial de los bienes embargados a la empresa promotora de uno de los parques temáticos virtuales a los que ya hice alusión, quebrada algún tiempo atrás. Entre los bienes subastados se incluía, como cabe suponer, un vetusto *transdimensionador* de un modelo ya obsoleto, pero en perfecto estado de funcionamiento. El problema radicaba en que, aunque el precio de salida era bastante bajo, se encontraba no obstante muy por encima de mis magras posibilidades económicas.

Pese a todo, no me arredré. Yo no tenía dinero para comprarlo, eso era cierto, pero sabía manejarlo, mientras que un hipotético comprador no sabría qué hacer con el aparato a no ser que lo vendiera como chatarra. De hecho, lo más probable era que la puja quedara desierta.

No podía perder, pues, un solo instante, tenía que convencer a alguien para que comprara el aparato con objeto de asociarse conmigo; era consciente de que si dejaba pasar esta oportunidad, sería muy difícil que surgiera otra en un futuro, ya que cuando los centros de investigación renovaban sus propios *transdimensionadores*, algo que no ocurría demasiado a menudo debido a su elevado precio, no vendían los viejos sino que los desguazaban, al no estar interesados en que estos aparatos anduvieran rodando de forma incontrolada.

Se preguntarán ustedes cómo solucioné el problema... pues en el fondo, resultó bastante fácil. Bastó con poner un anuncio en el mismo periódico donde apareció la noticia de la subasta, dosificando hábilmente la información lo justo para incitar el interés de los posibles compradores sin dar no obstante demasiadas pistas; y por sorprendente que parezca, funcionó. Es más, incluso pude permitirme el lujo de elegir entre varios pretendientes; acababa de descubrir, con gran satisfacción por mi parte, que tenía agarrada la sartén por el mango. Tras descartar a varios advenedizos que no me inspiraban demasiada confianza, acabé sellando un acuerdo con quien desde entonces sería, y sigue siendo, mi socio.

Compramos la máquina a precio de saldo -como suponíamos no tuvimos la menor competencia-, la instalamos en una nave que alquilamos en un polígono industrial y, antes de poner en marcha nuestro negocio, la probamos de forma exhaustiva, evitando eso sí hacerlo con nosotros mismos o con personas demasiado allegadas, una precaución necesaria a la vista de lo sucedido con Eva. Conviene no olvidar que, por mucho que se afinara, siempre existía un margen de incertidumbre lo suficientemente amplio como para obligarnos a realizar numerosos tanteos antes de alcanzar el resultado definitivo, unos tanteos en los cuales podía aparecer cualquier cosa, incluso las más desagradables.

Pero lo importante era que nuestro invento funcionaba... y bastante bien, por cierto.

El resto ya lo conocen ustedes. Nos lanzamos al ruedo, tuvimos suerte y nos convertimos de la noche a la mañana en una próspera empresa que aún hoy continúa siendo la indiscutible número uno del sector, pese a la legión de imitadores que surgieron como setas al socaire de nuestro éxito. Pero eso nunca nos llegó a preocupar demasiado, puesto que todos ellos tuvieron que conformarse con las migajas que les dejábamos.

¿Cuáles han sido las causas de nuestro acierto? Probablemente, todo se debió a que supimos estar en el sitio y el lugar oportunos, ofreciendo a nuestros clientes justo lo que siempre habían anhelado. A ello hay que sumar que mi socio resultó ser un lince para los negocios y yo, si se me permite la inmodestia, aprendí a desenvolverme con soltura en el complicado mundo del pluriuniverso... lo demás vino por sí solo.

No obstante, resultó sorprendente descubrir lo ansiosa que estaba la gente por vislumbrar siquiera una vida mejor que la suya real, por más que ésta sea tan intangible y efímera como la que les proporcionan nuestros registros holográficos. Satisfacemos deseos, dulcificamos pesares y ayudamos en suma a sobrellevar los pesares cotidianos. En cierto modo, puede considerarse que realizamos una labor social que la sociedad nos ha agradecido y recompensado con creces. Pronto nuestro viejo cachivache resultó insuficiente, siendo reemplazado por unos modernos equipos mucho más capaces, y pronto también me encontré auxiliado por una cohorte de jóvenes ex-becarios que atendieron gustosos a nuestro llamamiento abandonando sus áridos trabajos de investigación. No obstante, y a pesar de no ser ya necesario, acostumbro a seguir al pie del cañón pilotando personalmente uno de nuestros *transdimensionadores* aunque, eso sí, acostumbro a elegir los casos que se me antojan más interesantes.

Nuestra empresa acepta, y ésta es probablemente otra de las razones de su éxito, cualquier encargo por complicado que sea éste, incluso aquéllos que no se atreve a abordar ninguno de nuestros competidores. La única excepción, impuesta por nuestro propio código deontológico y respetada a rajatabla, es la negativa a trabajar con situaciones desagradables que pudieran hacer daño a alguien, puesto que lo que intentamos ofrecer a nuestros clientes es felicidad, nunca tristeza. ¿Censura? Puede que lo sea, pero la aplicamos con la mejor de nuestras intenciones.

Tan sólo en una única ocasión, apoyándome en mis privilegios de propietario y con el beneplácito de mi socio, al que por cierto le divirtió bastante mi travesura, me atreví a incumplir esta norma seleccionando con todo cuidado determinadas realidades alternativas de mis antiguos jefes, cuyas grabaciones tuve la gentileza de remitirles a portes pagados... Les juro que se lo merecían.

## EL APRENDIZ DE BRUJO

El día que Luis M. construyó el primer -y único- *transdimensionador* de la historia de la humanidad, estaba muy lejos de sospechar las consecuencias de su revolucionario descubrimiento; sólo así puede explicarse que fuera su mano la culpable -involuntaria, pero no por ello menos responsable- del mayor desastre acaecido jamás.

El *transdimensionador*, como su nombre indica, era un artefacto capaz de perforar las infranqueables fronteras que separaban a nuestro universo de otros paralelos, permitiendo así una comunicación bidireccional entre ellos. En realidad a Luis M. no le movía otro afán que la simple curiosidad científica, y no anhelaba otros beneficios que no fueran la mera satisfacción de comprobar lo acertado de su teoría pluridimensional... una teoría que jamás llegaría a figurar en libro de texto alguno, puesto que su creador era, más allá que autodidacta, un auténtico anarquista de la ciencia, nada interesado en compartir sus conocimientos con nadie. Pero a su modo era un verdadero genio, ya que sólo así se concibe que hubiera podido ser capaz de realizar en solitario una hazaña -el desarrollo matemático y práctico de su teoría- en un terreno en el que se habían estrellado las mentes más lúcidas de todo el planeta.

Se trató realmente de una tarea titánica que le llevó toda una vida, pero al fin el *transdimensionador* fue una palpable realidad. Tan sólo quedaba probarlo, y sería el propio Luis M. -¿quién si no-? el que lo hiciera. Temblando por la emoción que le embargaba, Luis M. se introdujo en la reducida cabina, ajustó cuidadosamente los controles -no era cuestión de aparecer en mitad de una estrella-, pulsó el botón que pondría en funcionamiento el maravilloso artilugio... y se desencadenó la catástrofe.

No se piense que el experimento resultó fallido: muy al contrario, éste se saldó con el más rotundo de los éxitos... demasiado rotundo, de hecho, puesto que sus imprevistas -pero implacablemente lógicas- consecuencias vinieron a alterar de forma irreversible la delicada trama no sólo de nuestro propio universo, sino también las de otros muchos, afectando dramáticamente incluso a los más fundamentales principios físicos. Y ya nunca nada volvería a ser como antes.

La razón de la debacle, insultantemente sencilla como lo suelen ser todas las explicaciones a posteriori, radicaba en el propio concepto de infinito. Aunque en el lenguaje corriente se tiende a identificar *infinito* con *inconmensurable*, se trata en realidad de dos cosas muy distintas, como le habría advertido cualquier matemático de habérselo preguntado Luis M... cosa que, huelga decirlo, no hizo. Todo lo presente en nuestro universo, absolutamente todo desde los átomos hasta las galaxias, era inexorablemente finito por ingente que pudiera resultar su cantidad, y sólo la imposibilidad práctica de cuantificarlo impedía conocer su número exacto.

La noción matemática de infinito, por el contrario, va mucho más allá, dado que implica algo ilimitado en el sentido más literal de la palabra. Claro está que hasta entonces se había tratado de una simple elucubración intelectual sin el menor reflejo práctico, pero... quiso el azar que el metauniverso que agrupaba a todos los universos posibles fuera, desde un punto de vista literal, un conjunto matemático infinito.

Recordemos, aunque sólo sea por un momento, las principales consecuencias de este concepto. Una recta es, por definición, un conjunto infinito de puntos alineados. No son muchos, ni muchísimos; son infinitos, porque entre dos cualesquiera de ellos siempre se puede interpolar un tercero, y así *ad infinitum*. Hasta aquí el razonamiento es relativamente fácil de seguir, pero ¿qué ocurrirá si dividimos una recta en dos? Pues que cada una de las semirrectas resultantes poseerá asimismo un número infinito de puntos, dado que el resultado de dividir infinito entre dos es un doble infinito... Y así sucesivamente, por muchas que fueran las veces que repitiéramos la operación.

Si se me permite la licencia, ocurriría algo similar a cuando un atribulado ratón Mickey intentaba evitar que las multiplicadas escobas siguieran acarreando agua merced al expeditivo método de hacerlas trizas a hachazos, tal como ocurría en el episodio de la película *Fantasia* dedicado a la composición del músico francés Paul Dukas *El aprendiz de brujo*. Aunque pueda sonar a broma, eso es precisamente lo que le ocurrió a nuestro aprendiz de brujo particular, con el agravante de que en esta ocasión no contaba con el auxilio de ningún brujo verdadero capaz de deshacer el entuerto.

Conviene insistir de nuevo en que el número de universos contenidos en el metauniverso era, no lo olvidemos, infinito. Esto quiere decir que había infinitos universos en los que Luis M. ni tan siquiera había llegado a existir, pero también otros tantos infinitos en los que sí. Entre estos últimos había infinitos en los que, por diferentes motivos, jamás llegaría a desarrollar su *transdimensionador*, pero también otro infinito número en los que sí... Siguiendo con este razonamiento, que abrevio por prolijo e innecesario, llegaremos finalmente a la conclusión definitiva: en infinitos universos, y exactamente en el mismo instante, infinitos Luis M., ignorantes por completo de lo que podían estar haciendo sus otros *alter egos*, procedían a pulsar simultáneamente el botón que ponía en contacto, por vez primera en la historia -al menos en este conjunto infinito-, a unos universos que hasta entonces habían permanecido aislados entre sí.

Y sobrevino el caos; no podía ser de otra manera. Luis M., nuestro Luis M., cualquiera de los infinitos Luis M. que habitaban en sus respectivos universos, había supuesto de manera errónea que el contacto sería tan sólo entre nuestro propio universo, llamémosle A, y un segundo que denominaremos B. Nada hubiera ocurrido de haber sido así, pero no previó que, al haber infinitos sosias suyos haciendo exactamente lo mismo en el mismo instante, se produjo una especie de reacción en cadena que, al entremezclar las urdumbres de los diferentes universos, hizo imposible cualquier intento de separación posterior, al

igual que cuando se lía una madeja resulta extremadamente difícil deshacer los nudos sin romper el hilo.

Así llegamos a la situación actual a la que, después de la desorientación inicial, mejor o peor hemos acabado -¡qué remedio!- acostumbrándonos... aunque no deja de ser perturbador, pongo por ejemplo, llegar a casa y encontrarte con tu otro yo -uno cualquiera de entre los muchos existentes- sentado en tu sillón o acostado con tu mujer, o bien abrir un libro de historia y no saber con qué versión vas a encontrarte -las hay para todos los gustos- del desenlace de la Segunda Guerra Mundial. Peor todavía lo tienen los aficionados a los deportes de competición, ya que nunca podrán estar seguros de si su equipo ganó o no el campeonato de liga de la última temporada.

Cierto es que esto tiene también sus ventajas, como cuando descubres que de repente te han subido el sueldo o que te ha tocado la lotería sin que siquiera hubieras comprado un décimo, pero a veces puede resultar incómodo si los cambios resultan ser a peor... aunque por fortuna siempre suelen ser temporales, ya que solamente perduran hasta que tiene lugar el siguiente *salto* -así lo llaman los entendidos- en uno u otro sentido.

Sin duda se preguntarán ustedes cómo he podido llegar a conocer la historia que acabo de contarles si las andanzas de Luis M. jamás llegaron a ser de dominio público; la verdad, es que todo se debió a una afortunada casualidad. Estaba yo sentado en un parque surgido durante la noche anterior sobre el solar de un desaparecido edificio de veinte plantas, cuando un hombrecillo de aspecto insignificante se sentó a mi lado tras pedirme educadamente permiso para hacerlo. Resultó ser el mismo Luis M. -uno cualquiera de ellos- el cual, tras contarme acongojado el relato de su desgracia, me manifestó su deseo de suicidarse al ser incapaz de soportar los remordimientos que le afligían. Intentaba convencerle de que no lo hiciera, cuando una repentina fluctuación de la realidad nos situó bruscamente en la azotea de la vigésima planta del edificio resurgido y justo al borde de la misma, momento que aprovechó mi interlocutor para arrojar al vacío antes de que pudiera hacer nada por evitarlo. En realidad esto no importaba demasiado; aunque infinitos Luis M. se hubieran quitado la vida, todavía quedarían otros tantos, es decir, infinitos, vivitos y coleando, lo cual la verdad es que no deja de resultar una ventaja.

Y eso es todo. Espero tener la suerte de poder terminar de escribir este informe de una vez por todas, antes de que las dichas fluctuaciones me lo impidan de nuevo; han sido ya tres veces las que me he encontrado de repente con todos los folios en blanco teniendo que volver a empezar de nuevo, y a eso hay que sumar cuando descubrí que, sin saberlo, había estado escribiendo una versión apócrifa de *La Regenta*. De todos modos esto no deja de ser irrelevante porque, aunque lograra terminarlo, en estas circunstancias ¿quién iba a ser capaz de leerlo en su totalidad sin ninguna interrupción?



## LADRONES DEL MÁS ALLÁ

-Reconócelo, Luis, ¿a ti nunca te han desaparecido cosas?

-Hombre, pues claro... -reí; a veces mi amigo Juan me sorprendía con sus desconcertantes preguntas- de hecho, las estoy perdiendo constantemente, de sobra sabes que soy un despistado patológico.

-No, no me refiero a las pérdidas de objetos, sino a las desapariciones.

-Bueno, una vez me robaron la cartera en el metro...

-Tampoco es eso.

-Pues tú me dirás...

-Está claro. -lo estaría para él, porque lo que era para mí- Hablo de desapariciones misteriosas y sin explicación alguna, que no se puedan achacar a pérdidas, olvidos, robos ni despistes, ajenos o propios.

-¿...?

-Te lo pondré más fácil. -dijo reprimiendo una mueca de fastidio- Tú dejas un objeto, el que sea y no necesariamente valioso, en un lugar, digamos, encima de un mueble; y cuando vuelves a buscarlo, ya no está. Nadie ha entrado en tu casa, todo está intacto y tú estás completamente seguro de haberlo dejado allí; pero se ha esfumado para siempre, y nunca más volverás a encontrarlo. ¿No te ha pasado nunca?

-Quizás... -respondí sin comprometerme demasiado, al tiempo que me venía a la memoria el recuerdo de una manta de viaje que había dejado en el respaldo de un sillón y de la cual nunca más se supo; o el de las gafas viejas que llevaba de repuesto en la guantera del coche y no conseguí encontrar, por más que las busqué, el día que se me rompieron las que llevaba puestas.

-Puede que te sorprenda, -sonrió triunfante- pero he investigado sobre el tema descubriendo que se trata de un fenómeno relativamente frecuente; lo que ocurre es que, al ser los objetos volatilizados normalmente de escaso valor, la gente no suele preocuparse demasiado por su pérdida. Pero desaparecen, vaya si desaparecen.

-Serán los *gremlins*. -apunté burlón.

-No andas muy descaminado. -fue la desconcertante respuesta- Pero no se trata de duendecillos fantásticos, sino de seres de carne y hueso tan reales como tú y como yo.

-Ahora sí que has conseguido que no entienda nada. -rezongué.

-Es simple. Los *ladrones*, por llamarlos de alguna manera, proceden de otra dimensión. O para ser más exactos, de un universo paralelo.

-Vaya, sí que eres original. -ironicé; Juan sabía que yo era aficionado a la ciencia ficción, y resultaba evidente que pretendía llevarme a su terreno, desagradablemente próximo al realismo fantástico y a toda esa retahíla de seudociencias y presuntas artes adivinatorias que yo tanto aborrecía, dorándome eso sí la píldora con un imposible hermanamiento entre ambos temas- El tópico de los universos paralelos es uno de los más viejos de la literatura fantástica, hay montones de relatos que lo tratan...

-Yo no estoy hablando de ciencia ficción, sino de algo real. -objetó con un punto de irritación en la voz.

-Sí, tan real como los ovnis, el Triángulo de las Bermudas, los dioses astronautas de Palenque, el mapa de Piri Reis, las lluvias de ranas o las piedras de Ica... -remaché con crueldad- Juan, sabes que estoy harto de decirte que no creo en esas paparruchas; que me guste la ciencia ficción no significa que me tenga que tragar todas esas charlatanerías, por mucho que los libreros tengan la mala costumbre de poner sus panfletos en el mismo estante que las novelas futuristas.

-¡Es que no tiene nada que ver! -insistió mi amigo, dignamente ofendido por mi patente incredulidad.

Pero inasequible al desaliento, como cualquier *friki* que se precie, reanudó la ofensiva.

-Esto lo he investigado yo, y por supuesto no pienso ganar el menor dinero con ello.

Vaya, como si la verosimilitud de esas chifladuras se pudiera cuantificar en relación inversa al dinero que los caraduras de sus promotores se embolsaran gracias a ellas... de todos modos, era consciente de que cuando mi amigo, digno émulo del *Abuelo Cebolleta*, se empeñaba en soltarme una perorata de las suyas, no me quedaba otro remedio que el de aguantar estoicamente el chaparrón, encomendándome al gran Cthulhu para que al menos el tormento fuera breve...

Así pues, me resigné.

-Está bien, -suspiré- desembucha.

-Por muy escéptico que seas, -se engoló- tendrás que acabar reconociendo que tengo razón. Por desgracia, en este campo hay mucho embaucador y mucho iluminado, en eso te doy la razón, pero esto no quiere decir que no haya también verdades ocultas negadas

tozudamente por la ciencia oficial; tan sólo hay que tener un criterio libre de prejuicios y saber separar el grano de la paja.

-“Eso es justo lo que decís todos vosotros”. -pensé para mi coleteo. Pero preferí no rebatirle, ya que habría resultado completamente inútil.

-Yo he utilizado una metodología rigurosamente científica, -continuó; ni tan siquiera en eso sabía ser original- descartando todos los casos en los que existía la menor sombra de duda. Pero aunque tan sólo quedara un uno por cien de los casos originales, hay suficientes de ellos probados como para demostrar que, efectivamente, seres de otra dimensión visitan la nuestra para sustraer objetos y llevárselos a su mundo.

-¿Con qué objeto? -pregunté, ingenuo de mí- ¿No les resultaría más sencillo robarlos en su propio universo?

-No seas estúpido. -me fulminó con la mirada- Estos seres no pretenden robar nada... a no ser que consideres ladrones a los arqueólogos que excavan yacimientos antiguos o a los naturalistas que buscan animales desconocidos para la ciencia.

-Ah, ya comprendo. -mi sorna era más que razonablemente palpable- Lo que quieren es investigarnos, y por eso arramblan con todo lo que nos dejamos olvidado por ahí.

-Lo creas o no, acabas de decir una verdad como un templo. -sentenció solemne- Estos seres, que sin duda poseen una tecnología infinitamente más avanzada que la nuestra, han descubierto la manera de perforar las infranqueables barreras que separan a los distintos universos que conforman el metauniverso aislándolos a unos de otros, lo que les permite abrir ventanas temporales a través de las cuales pueden realizar incursiones en el nuestro en busca de objetos o seres vivos que les permitan estudiarnos y conocernos mejor.

-Vaya, como unos entomólogos cazando bichitos en la selva amazónica... Claro está que, ya puestos, ¿no les resultaría más rentable abrir un butrón, aunque fuera temporal, en las bóvedas del Banco de España y arramblar con las reservas de oro que hay almacenadas allí? ¿O ya puestos, desvalijar el Museo del Prado? ¿Por qué conformarse con unas gafas viejas o con un libro apolillado?

-Está visto que eres incorregible. -me recriminó- Menos mal que ya te conozco y no me lo tomo a mal.

-Y continuó impertérrito, con esa flema de la que sólo son capaces aquellos que están convencidos de su misión catequizadora.

-Los visitantes no buscan riquezas. ¿Para qué? Las tienen de sobra, y además, en una sociedad tan perfecta como la suya no hará falta el dinero. Lo que quieren es conocimiento, y para ello tanto les da el valor material de los objetos que se llevan consigo.

-Pero supongo que serán capaces de apreciar el arte. -porfié- Y desde luego, las Meninas quedarían muy bien adornando alguno de sus museos.

-Son mucho más considerados que todo eso. -bufó; al oírle hablar con tanto aplomo, diríase que se reunía en tertulia con los *gremlins* todas las noches- Por eso no se llevan nada que tenga demasiado valor para nosotros, sólo aquellas cosas que no echamos de menos.

-Entiendo. Por eso nunca les ha visto nadie llevarse la gorra del abuelo o el chupete del niño; total, los habrán perdido en la calle, así que se compran otros y asunto zanjado, no vaya a ser que nos dé por ir a la comisaría a denunciar que nos ha desaparecido una bufanda y los policías se rían de nosotros...

-Mófate todo lo que quieras, pero lo que he dicho es rigurosamente cierto. A un arqueólogo no le interesa el valor material de sus hallazgos, tanto le da que sea un humilde vaso de terracota como un valioso collar de oro, sino la información que le transmiten sobre la civilización que los construyó. Los arqueólogos no son expoliadores, al igual que los naturalistas no son tampoco unos cazadores.

-Vale, disculpa, tan sólo era una broma. -le intenté aplacar- Tu teoría, te soy sincero, me parece bastante coherente. -eso sí, me cuidé mucho de añadir que coherencia era una cosa, y verosimilitud otra muy distinta- Estábamos con que estos misteriosos visitantes se llevaban nuestros utensilios cotidianos con objeto de aplicarnos una especie de arqueología en vivo... ¿Me equivoco?

-Así es. -sonrió ufano; en el fondo mi amigo era un buenazo tan ingenuo como un niño de pecho, y al igual que le había dado por esta inofensiva chifladura podría haber caído en las garras de una secta religiosa o de un partido político extremista- Veo que finalmente lo has entendido. Pero te equivocas cuando afirmas que nunca han sido descubiertos; al contrario, hay suficientes indicios, incluso pruebas fotográficas, de que existen y nos visitan con frecuencia. Un vez en...

-Un momento. -le interrumpí, en un desesperado intento de evitar el bombardeo- Estos seres, ¿también raptan personas? Ya sabes, lo de las abducciones y todo eso... Porque hay muchos casos registrados de desapariciones misteriosas, -ahora me había llegado el turno de lucirme a mí- algunas de las cuales son tan intrigantes como la de la tripulación del *Mary Celeste*.

Durante varios segundos Juan titubeó sin saber qué decir; era evidente que le había torpedeado bajo la línea de flotación. Abrió la boca y la volvió a cerrar, se balanceó incómodo en su asiento y a punto estuvo de derramar la copa de *Cardenal Mendoza* -el brandy que sólo sacaba a mis amigos más íntimos- que sostenía en la mano. Balbuceó, guiñó los ojos un par de veces y al fin logró articular una frase.

-Bueno, yo, la verdad es que... -nueva pausa, mientras yo me relamía mentalmente; nada me daba más placer intelectual que poner en un brete a un fanático, aunque se tratara de mi amigo- en realidad no se puede asegurar nada... todos los datos que tengo catalogados como seguros se refieren a objetos inanimados y, en ocasiones, a animales domésticos; bueno, también en una ocasión desapareció de una huerta un manzano cargado de frutos, con todas sus raíces arrancadas de cuajo. Supongo que también habrá ocurrido con animales salvajes y plantas silvestres, pero esto es mucho más difícil de comprobar.

-Ya, pero ¿y las personas? -insistí, apretándole con suavidad el dogal.

-Es... complicado... muy complicado asegurar nada. La gente desaparece por muchas razones distintas... a veces cambian de identidad, otras son asesinadas y sus cadáveres no aparecen hasta muchos años después, si es que aparecen... otras son víctimas de accidentes imprevistos que se tragan los cuerpos... no lo sé, hay casos de desapariciones extrañas, por supuesto, pero...

El pobre lo estaba pasando bastante mal. Compadecido por sus tribulaciones y arrepentido por haber llegado tan lejos con la burla, -al fin y al cabo su manía no podía ser más inofensiva- había decidido replegar velas cuando, de forma totalmente inesperada, se desató la catástrofe.

Todavía me parece como si hubiera ocurrido hace un instante, tal es la vividez de mis recuerdos. Yo estaba sentado frente a mi desventurado amigo, que a su vez se encontraba de espaldas a la pared. Y fue en esa pared donde, de forma incomprensible, se abrió de repente un agujero circular, de aproximadamente un metro de diámetro, cuya superficie estaba formada por una especie de torbellino de luces y sombras imposible de describir con palabras.

Del agujero surgieron dos brazos que no eran humanos. No podían serlo, con su color amarillo verdoso, sus dos metros de longitud y sus extrañas articulaciones, con codos dobles, los cuales terminaban en sendas manos provistas de seis dedos tentaculares rematados en ventosas. Quien quiera que fuese el horror que se escondía tras la ventana tenía bien claras sus intenciones: asió al desprevenido Juan por los sobacos y, haciendo gala de una fuerza hercúlea -su presa pesaba cerca de cien kilos-, lo izó sin ningún esfuerzo llevándoselo consigo.

Juan gritó despavorido y yo, tras lograr vencer el estupor inicial, alcancé a agarrarlo por las piernas cuando ya su cabeza y la parte superior de su torso habían sido engullidos por el ominoso vórtice. Por desgracia a la superior fortaleza física del intruso se sumó el pataleo convulsivo de la víctima, y me habría arrastrado también a mí de no haber soltado a tiempo al desdichado Juan. Así pues, contemplé impotente cómo mi amigo desaparecía tras la imposible ventana que, instantes después, se cerraba y desaparecía como si nunca hubiera existido, dejando tras de sí tan sólo una blanca pared.

La situación era tan insólita que tardé algún tiempo en asimilarla. Tras buscar al desaparecido Juan por toda la casa, y presa de un nerviosismo creciente, opté por llamar a la policía. Nunca lo hubiera hecho. Los agentes me atendieron con amabilidad y registraron minuciosamente la vivienda, en especial el dormitorio al que daba el misterioso tabique... sin el menor resultado, por supuesto. Huelga decir que no creyeron una sola coma de mis entrecortadas explicaciones, amén de que en el salón no había el menor rastro del breve forcejeo salvo una butaca tumbada -la que había ocupado Juan en el momento del ataque- y una copa de licor rota en el suelo, indicios insuficientes de su paso por mi casa.

Lo que sí resultaba evidente era que Juan se había esfumado sin dejar el menor rastro. Soltero, sin familia y casi sin amigos, vivía solo en un pequeño apartamento y apenas hacía vida social, por lo que la policía tardó bastante tiempo en incluirlo en la lista de personas desaparecidas; pero al no haber reclamaciones familiares -la mía contaba poco, si es que siquiera contaba- fue muy poco el interés que se tomaron por esclarecer el caso.

Pero estaba yo por medio. No sólo se mostraron incrédulos ante mi versión de los hechos, sino que acabaron hartándose de mi reiterada insistencia, que acabó dando con mis huesos en un psiquiatra. Éste determinó que yo era víctima de una grave crisis nerviosa -valiente genialidad-, prescribiéndome un tratamiento que, por supuesto, me negué en redondo a seguir. Y como no tuve la precaución de callarme sino que, por el contrario, seguí armando cada vez más bulla, un juez acabó ordenando en maldita hora mi ingreso en un manicomio.

Y en él sigo, temiendo no ya por mi amigo -a saber dónde estará ahora, o qué quedará de él- sino por mi propia vida. Porque estoy convencido de que fueron a buscarlo para evitar que divulgara su descubrimiento de que seres ignotos nos acechaban desde las sombras. No creo en su afirmación de que se trata de inofensivos investigadores interesados en conocernos mejor; yo pienso, por el contrario, que son crueles y sanguinarios o que, cuanto menos, nuestras vidas no les interesan más que a un entomólogo la de la mariposa que acaba de atravesar con un alfiler para conservarla como trofeo. Puede que por lo general sus capturas sean al azar, pero la de Juan fue deliberada porque era consciente del peligro que nos amenazaba.

Y ahora soy yo el que está amenazado, porque también comparto su secreto. He intentado decírselo a mis carceleros, pero no me prestan la menor atención y, cuando insisto, me encierran en una camisa de fuerza. Temo acercarme a las paredes, a cualquier pared, porque sé que en cualquier momento podrían surgir de ella dos largos brazos verdes, rematados en manos con ventosas, intentando arrancarme de mi mundo para llevarme a sabe Dios donde. Por esa razón siempre me aparto lo máximo posible de ellas y me siento en mitad de mi celda; he pedido reiteradamente al director que me traslade a otra más grande pero no me ha hecho caso, lo que me obliga a vigilar constantemente a un lado y a otro para evitar que me puedan pillar desprevenido. Por el día es soportable aunque

cansado, pero la noche se convierte en una tortura incluso colocando la cama lo más lejos posible de los muros; padezco pesadillas continuas en las que innumerables brazos de color verde -a veces también asoman las cabezas, que imagino monstruosas y con hediondas bocas armadas de mortíferos dientes- surgen por doquier tratando de atraparme, mientras yo corro y corro frenéticamente intentando huir de sus garras.

Lo peor de todo es cuando tengo que abandonar mi refugio. En el comedor puedo sentarme lejos de las paredes aunque esto me cueste de vez en cuando una pelea con otro interno, pero me angustia enormemente tener que acudir al retrete -intenté hacerlo en la misma celda, pero me castigaron por ello- y cada vez que tengo que atravesar un pasillo estrecho temo no poder llegar al final del mismo. Mi vida es una tortura, y no sé cuánto tiempo más podré aguantar así.

Y ni siquiera estoy seguro de que estas precauciones puedan mantenerme a salvo. ¿Quién sabe si no podrán entrar también por el suelo?

## LA SEGUNDA LUNA

La noche era oscura, apenas iluminada por los retazos de luz que, procedentes de la dos lunas, conseguían atravesar a duras penas los breves resquicios del denso mar de nubes. Y él corría, corría con la desesperación de a quien le va la vida en ello, sabedor de que sus feroces perseguidores venían pisándole los talones.

Repentinamente se abrió un claro en el cielo y ambas luminarias nocturnas concentraron el brillo de sus respectivas fases llenas para desvelar el terreno que se extendía ante sus pies... con tiempo insuficiente para permitirle esquivar el precipicio sobre el que se abalanzó sin poderlo evitar.

Y cayó, cayó eternamente por el pozo sin fin mientras sus perseguidores reían inmisericordemente allá arriba.

\* \* \*

Se despertó sudoroso y sobresaltado. La pesadilla había sido tan vívida, que todavía sufría escalofríos tan sólo con recordarla. Pero con todo, lo que mayor impacto le había causado eran las dos lunas del cielo. Una de ellas, la mayor, era evidentemente la familiar Luna, de ello no le cabía la menor duda. Pero, ¿y la otra?

Sacudiendo la cabeza para despejarse, intentó olvidarlo. Los sueños eran absurdos por definición, así que poco importaba que sus fantasías oníricas recrearan una persecución angustiosa o que se inventaran astros imaginarios que jamás habían existido.

Enfrascado en sus quehaceres matutinos -el abrupto final de su sueño había venido a coincidir casi con la hora a la que sonaba el despertador- logró desentenderse momentáneamente de la pesadilla, pero cuando tiempo después viajaba en el atestado vagón ensimismado en sus pensamientos, los recuerdos afloraron con fuerza. En especial, el de la segunda luna.

Porque, ahora era consciente de ello, no había sido la primera vez que soñaba con el enigmático satélite. Al contrario, últimamente solía ser un elemento recurrente en sus sueños, con independencia de la naturaleza de los mismos; en realidad, la dichosa luna era lo único que tenían en común todos ellos.

La rutina diaria pronto le absorbió obligándole a olvidarse de nuevo del tema, pero al llegar la noche el recuerdo volvió a rebrotar todavía con mayor fuerza. Y por si fuera poco, volvió a soñar con el escurridizo astro; aunque en esta ocasión, por fortuna, se trató de un sueño plácido y tranquilo.



Pasado un tiempo no podía decirse que estuviera preocupado, pero sí intrigado. Y bastante, además. Porque, hasta donde él conocía, no era normal que ese elemento común de sus sueños se viniera repitiendo de forma tan machacona hasta convertirse en algo habitual.

Claro está que él nunca había creído en esas paparruchas de la interpretación de los sueños, ni por supuesto se fiaba lo más mínimo de los embaucadores que pretendían convencerle de que estaban en posesión de la clave de los mismos; pero por otro lado, deseaba saber.

La solución vino de manos que un amigo, que a su vez conocía a alguien que, según sus propias palabras, era un estudioso del tema. Estudioso, recalcó con insistencia, y no un vulgar oportunista dispuesto a aprovecharse de la ingenuidad de la gente. De hecho, no pasaba consulta ni nada parecido; sus únicas fuentes de información eran los libros y los documentos, no las personas, y tampoco pretendía sacar beneficio alguno de sus conocimientos salvo la mera satisfacción personal.

De hecho, tardó bastante en aceptar su visita, y tan sólo accedió a hacerlo tras tener la certeza de que no se trataba de ningún iluminado deseoso de que se le adivinara el futuro.

La entrevista fue inicialmente tensa. Pese a todas las garantías recibidas él desconfiaba de su interlocutor, y éste era consciente de ello. Así pues, ambos se enfrentaron con la guardia levantada.

Fue la amabilidad del experto, más que la del visitante, la que logró abrir un resquicio en el férreo muro de prejuicios mutuos que se alzaba entre ambos. Y poco a poco, según conseguía irse relajando, comenzó a confiarle sus dudas y sus temores.

Para sorpresa suya, su relato de la segunda luna no fue recibido ni con escepticismo ni con burla, sino con un evidente interés. Ahora que había demostrado que él no era ningún farsante, ni ningún lunático, la comunicación comenzó a fluir generosa en ambos sentidos... lo cual le resultó un verdadero bálsamo.

-Los sueños recurrentes no tienen nada de excepcional. -le explicaba su anfitrión- Ahí están los estudios clásicos de Freud para demostrarlo... aunque, si me permite la herejía, le confesaré que yo disto mucho de comulgar con las teorías del insigne profesor, al menos en lo que a la interpretación de los sueños se refiere; pienso que no es necesario en modo alguno atribuir unas interpretaciones tan rebuscadas a las cosas. Estoy convencido de que, en general, detrás de un sueño recurrente no tiene por qué haber nada traumático ni excepcional.

-En eso estoy de acuerdo con usted. -respondió el visitante- Pero me intriga tamaña persistencia. En realidad no se trata de un sueño recurrente, ya que éstos varían de noche en noche, sino de un elemento común en todos ellos. Esto es lo más extraño de todo.

-Tampoco es nada extraño. ¿Ha oído usted hablar del inconsciente colectivo de Jung?

-Muy por encima... ¿a qué se refiere?

-Bueno, sería un conjunto de arquetipos comunes para todos los humanos, una especie de memoria colectiva heredada que nos provocaría una serie de reacciones atávicas frente a estímulos de los que carecemos de experiencia previa... la aversión a las serpientes, o a las ratas, por poner tan sólo un ejemplo.

-¿Y qué tiene que ver eso con mis sueños?

-Puede que más de lo que usted crea. Muchos de estos atavismos aflorarían entremezclados en los sueños, justo cuando el yo consciente ha bajado lo suficiente la guardia.

-Pero yo no veo -objetó- qué atavismo puede haber en el dichoso sueño de las dos lunas, cuando eso es algo que jamás ha existido y que, por lo tanto, difícilmente ha podido influir en las mentes de nuestros antepasados.

-Se equivoca usted al pensar que el inconsciente colectivo se nutre tan sólo de recuerdos remotos de unos eventos reales, como por ejemplo el miedo del hombre primitivo a los lobos, o a la oscuridad... también puede surgir a partir de premisas inexistentes, al fin y al cabo éste y no otro es el origen de todas las religiones primitivas... y de muchas de las no primitivas, supongo que sabrá que bastantes de los elementos rituales del cristianismo, por poner un ejemplo próximo, proceden en realidad de cultos precristianos asimilados por éste. Si se fija con cuidado, verá que en el fondo todas ellas comparten sus esquemas básicos pese a haber tenido su origen en pueblos sin la menor relación común.

-Entonces, usted está sugiriendo que...

-En efecto, mi querido amigo. Su sueño de las dos lunas no es, a mi modo de ver, sino el reflejo de un atavismo olvidado que, por la razón que sea, ha aflorado en su subconsciente, aunque seguramente estará presente en las profundidades de las mentes de todos nosotros.

-Un momento... -pese a su afán por creer, el visitante dudaba- siempre me ha interesado mucho la mitología, y le aseguro que no recuerdo ninguna leyenda que hable de dos lunas.

-Es que no la hay, al menos en lo que respecta a las mitologías clásicas, Pero existen algunas culturas, digamos... primitivas, en las que la tradición oral de un mundo con dos lunas está muy arraigada. No obstante, -continuó- esto es algo que aflora un poco por aquí y por allá a poco que lo busquemos; en diferentes lugares y en diferentes tiempos, sin

alcanzar nunca una especial relevancia pero presentando siempre unas características comunes pese a que las diferentes fuentes se desconocían mutuamente sin que pueda hablarse por ello de una influencia mutua.

-A mí no me suena de nada en nuestro entorno cultural...

-Pues existe, aunque no resulte especialmente fácil de encontrar. De hecho, habrá que ir a buscarlo a ámbitos tan poco académicos como la cábala o la astrología. ¡Por favor, no me interprete mal! -se interrumpió al contemplar el gesto de desagrado de su interlocutor- Le aseguro que yo no doy el menor crédito a semejantes sandeces. Pero se trata de tradiciones milenarias, eso es innegable, y sabiendo donde buscar siempre podremos hallar vestigios de interés entre tan ingente cantidad de ganga y porquería. ¿Ha oído hablar alguna vez de Lilith, la Luna Negra?

-No...

-Se trata de una tradición esotérica que gozó de amplio predicamento entre los astrólogos de finales del siglo XIX y principios del XX, aunque sus raíces se hunden muy atrás en el tiempo y tienen su origen en el Talmud hebreo. Lilith fue la primera esposa de Adán, anterior a Eva, y viene a ser la encarnación de la lujuria incontrolada y la perversidad femenina. Por esta razón se bautizó con su nombre a una hipotética segunda luna de la Tierra, invisible desde nuestro planeta y conocida por esta razón como la Luna Negra, un astro que ejercería una influencia maléfica sobre la humanidad.

-¿No le parece a usted algo cogido por los pelos? En mis sueños esa segunda luna es completamente normal y brilla como la otra, sólo que es más pequeña...

-Le aseguro que nunca he pretendido establecer una equiparación entre la leyenda de la Luna Negra y sus sueños; tan sólo he intentado demostrarle que el atavismo de la segunda luna existe más allá de sus recreaciones oníricas. Que se manifieste de una u otra manera, es algo secundario.

-Bien. -suspiró el visitante- Supongo que tendré que aceptarlo tal como usted lo presenta. Y ahora, ¿qué?

-Desde el punto de vista práctico, yo no me preocuparía demasiado; salvo su natural desconcierto no parece crearle el menor problema, y cabe suponer que acabe marchándose tal como llegó.

-Sí, supongo que tendrá usted razón, pero la sensación es tan vívida... en fin, creo que ya le he molestado bastante -e hizo ademán de levantarse.

-¡Espere un momento! -le interrumpió el investigador incorporándose a su vez- Antes de que se marche, me gustaría que viera una cosa curiosa.

Y abandonando el despacho pasó a la biblioteca contigua, donde se puso a rebuscar entre el caótico amontonamiento de libros allí existente.

-¡Aquí está! -exclamó triunfante blandiendo un libro que mostró al sorprendido cliente.

Éste era un tomo en cuarto con una ajada encuadernación en piel y aspecto antiguo. Según pudo apreciar por el título grabado en el lomo, estaba escrito en alemán.

-Lo siento, no lo entiendo...

-No se preocupe, yo se lo explicaré. Es un tratado muy curioso de finales del siglo XIX; ya sabe usted, fue la época de auge de la teosofía y de todos esos movimientos esotéricos que causaron furor entonces. Este libro, en concreto, estudia minuciosamente toda una serie de fenómenos que hoy llamaríamos paranormales, incluyendo algo tan curioso como los astros imaginarios e hipotéticos; ya sabe, Faetón, Vulcano, Lilith...

Y le mostró el libro abierto por un capítulo dedicado al parecer, según pudo deducir por las ilustraciones, a la enigmática Luna Negra.

-En contra de lo que se pudiera pensar, este libro no tiene nada que ver con la astrología ni con ningún otro tipo de presuntas artes adivinatorias; aunque no lo crea, pretende ser un estudio serio. Es una lástima que no entienda el alemán, porque es realmente interesante.

-Curioso... -musitó.

-Le puedo asegurar que el autor trabajó a fondo. En este capítulo están recogidas todas esas tradiciones y leyendas sobre la segunda luna de las que le hablé, por supuesto perfectamente sistematizadas. Por cierto, ¿cómo recuerda usted a esa luna? A la segunda, quiero decir.

-Pues... no sabría decirlo. Era más pequeña que la otra, por supuesto, pero su aspecto era parecido al de ésta.

-¿Quizá como de la mitad de tamaño?

-Sí, yo diría que sí... ¿por qué me lo pregunta?

-El autor del libro no se limitó a recopilar los datos, sino que también se molestó en realizar cálculos rigurosos a partir de éstos. Así, pudo asignarle unos parámetros físicos concretos: en el cielo aparecería, mostrando siempre la misma cara, con un tamaño aparente de aproximadamente la mitad del lunar, y completaría una traslación en torno a la Tierra en unos seis días y medio. Unos simples cálculos matemáticos permiten estimar su distancia en alrededor de 150.000 kilómetros, algo menos de la mitad de la que nos separa de la Luna, y un diámetro que rondaría los mil kilómetros.

Su sorpresa era real. Él, que había venido a regañadientes convencido de que lo suyo era algo sin la menor importancia, se encontraba con que había sido muchos los que, antes de él, habían compartido de alguna manera su peculiar experiencia.

Pero... -objetó- tamaño cúmulo de coincidencias no puede ser atribuido a la casualidad, máxime considerando la existencia de unos detalles tan precisos. Tiene que haber forzosamente algún nexo común.

-Tiene usted toda la razón. -reconoció su interlocutor- Con independencia de lo deleznable que pueda resultar el vehículo mediante el cual haya llegado hasta nosotros, la razón indica que algo real ha de existir en el tema de la segunda luna; no puede ser de otra manera.

-Y... -titubeó- ¿ha encontrado usted ese nexo?

-Quizás. O al menos, eso creo.

Pasó entonces a explicarle una compleja teoría sobre la existencia de infinitos universos paralelos y de cómo éstos, pese a ser en un principio mutuamente estancos entre sí, podrían experimentar, de forma esporádica, algunos pequeños cortocircuitos capaces de provocar intercambios mutuos entre universos contiguos. El estudioso opinaba que estos traslados súbitos de un universo a otro similar, pero no idéntico, podrían estar detrás de muchos fenómenos misteriosos de la historia de la humanidad, y en concreto del mito redundante de la segunda luna... que existiría realmente girando en torno a alguna otra Tierra.

Lo que no acababa de encajar en su esquema, confesó, eran los sueños del visitante, ya que aquí no se trataba de antiquísimas leyendas transmitidas por tradición oral, sino de algo que se repetía con machacona intensidad noche tras noche en el interior de su mente afectándole sólo a él.

Ahí, confesaba el experto, no podía hacer nada más de lo que ya había hecho, explicarle su teoría sobre el posible origen del mito. Por supuesto tampoco era capaz de ofrecerle ninguna solución -él era un científico, no un charlatán de feria-, salvo insistir en su recomendación de que no le diera mayor importancia. Lamentándolo mucho, no podía hacer más por él.

Decepcionado y tan sólo parcialmente satisfecho, volvió a su rutina; una rutina en la cual los sueños sobre la segunda luna habían adquirido carta de naturaleza propia. Éstos ya no le alarmaban ni le preocupaban, aunque sí continuaban intrigándole. Pero procuró seguir el consejo.

Hasta que un día... o, mejor dicho, una noche. Había tenido unos sueños agitados y, tras despertar, se había desvelado sin poder conciliar el sueño de nuevo. Se incorporó del

lecho y, encaminándose a la ventana, la abrió de par en par respirando con placer el fragante aroma nocturno. Era verano, y el firmamento lucía en todo su esplendor. Allá abajo, iluminadas por la suave luz conjunta de la Luna y Lilith, se perfilaban las siluetas de las mil torres de Asgar, la ciudad dorada de la que él era soberano supremo.

De repente un tropel de sensaciones extrañas le invadieron la mente. ¿De dónde había surgido esa estupidez de que él era un vulgar villano que tenía que ganarse la vida con su propio trabajo? Sin duda había sido un simple sueño, pero ¿por qué lo recordaba ahora con la intensidad propia con que se recuerdan los hechos reales?

Agitando la cabeza volvió a abarcar con la mirada sus dominios, para alzar la vista a la dulce Lilith, su luna favorita que, risueña, parecía sonreírle desde allá arriba. Los recuerdos volvieron de nuevo, tan absurdos como los anteriores. ¿A qué venía ese absurdo creer que Lilith sobraba, que tan sólo la Luna, su hermana mayor, tenía existencia real? Lilith había estado ahí desde siempre, eso lo sabía hasta el más obtuso, y seguiría estando a decir de los sabios hasta mucho después de que sus huesos se hubieran convertido en intangible polvo.

Lo consultaría con su astrólogo, ya que no le parecía normal que esos sueños extraños se repitieran noche tras noche dejando tras de sí esa desagradable sensación de veracidad. Pero ahora necesitaba dormir; que el día se presentaría agitado, con la recepción de embajadores y el posterior consejo con sus ministros forzado por la delicada situación diplomática a la que se enfrentaban con el vecino reino de Thyrm.

Era importante, pues, que por la mañana se encontrara descansado, así que decidió ordenar a su ayuda de cámara que le prepararan una tisana que le ayudara a dormir.

Un mundo en el que no existía Lilith... valiente extravagancia, se dijo, mientras tiraba con firmeza del cordón de la campanilla.

## EL DUPLICADOR DE MATERIA

El descubrimiento del duplicador de materia fue, sin duda, uno de los mayores avances tecnológicos de la historia de la humanidad. Gracias a él, y partiendo de cualquier material de partida, incluso de desechos, se podía duplicar virtualmente cualquier cosa... incluyendo seres vivos. Se metía una gallina en el primer receptáculo, se pulsaba un botón... y aparecía otra gallina idéntica en el segundo, vivita y cacareando.

Huelga decir que las autoridades de todos los países se apresuraron a prohibir cualquier intento de duplicación de un ser humano, no tanto por consideraciones religiosas -aunque la totalidad de las principales creencias se apresuraron a condenarla- sino por algo tan prosaico como las espinosas cuestiones legales que plantearían los duplicados, no sólo de índole administrativa -aunque también- sino sobre todo por las potenciales problemáticas que a buen seguro surgirían con temas conflictivos tales como los vínculos familiares -¿con cuál de ellos permanecería casada su esposa?-, las cuestiones legales -¿cuál de los dos socios sería el verdadero desde un punto de vista jurídico?- o las herencias.

Claro está que quien hizo la ley hizo la trampa, por lo que pese a todas las prohibiciones y a todos los controles establecidos, no tardaría en transgredirse el tabú. Fue un grupo de investigación privado, carente tanto de controles gubernamentales como de la más elemental ética, quien decidió dar el paso tras construir un duplicador clandestino bajo los auspicios de su mecenas, un financiero podrido de dinero y de megalomanía. Por supuesto todo se llevó en el más absoluto de los secretos -construir un duplicador sin que nadie se enterara no era una labor sencilla-, eligiéndose como “*voluntario*” para el experimento a un pobre mendigo minado por el alcohol y por la degeneración mental... alguien, en suma, a quien nadie echaría de menos o, por decirlo con mayor propiedad, nadie echaría de más al existir por partida doble. Y por supuesto él -ellos- tampoco dirían nada, felices en su purgatorio terrenal con su provisión de vino barato y convenientemente alejados el uno del otro para evitar sospechas de cualquier tipo.

El plan era perfecto, y soslayaba cualquier posible problema legal. Los personales del pobre desgraciado, huelga decirlo, no les preocupaban en absoluto, y en cuanto a los éticos ni tan siquiera llegaron a planteárselos. Quedaban todavía las objeciones religiosas, que alegaban que una duplicación del alma no sería posible y que, por lo tanto, uno de los dos socios carecería de ella, lo cual entraba en completa contradicción con la ley de Dios... pero eso, evidentemente, era algo que les traía completamente al fresco. Si no les preocupaban los jueces terrenales, ¿habrían de hacerlo los hipotéticos jueces sobrenaturales?

La operación se llevó a cabo en una pequeña isla del Pacífico, alejada de las rutas de navegación y desconocida para la mayor parte de los mortales, perteneciente políticamente a uno de esos pintorescos estados insulares de nombres exóticos asociados en el imaginario popular a los tópicos paradisíacos de los mares del sur... nada de que preocuparse, por supuesto. Camuflada como un centro de investigación de la fauna marina, y a resguardo de ojos curiosos, la instalación clandestina estaba bien segura.

Y el experimento se consumó. Convenientemente drogado para evitar posibles problemas, el desgraciado elegido como cobaya fue introducido en la cabina, el técnico responsable conectó la máquina y, tal como estaba previsto -al fin y al cabo, desde un punto de vista material un cuerpo humano no es diferente de cualquier otra masa-, apareció su gemelo en la cabina vecina. Quedaba por comprobar, y éste era el objeto del experimento, si también se transmitiría el intelecto.

Pero los promotores del experimento, en su arrogancia, no habían contado con un factor que sí había sido considerado por la teología: la imposibilidad de que un alma pudiera ser duplicada. Claro está que, como buenos científicos, era algo que no entraba en sus ecuaciones, por lo cual su manera de proceder había sido la lógica... lo que no quiere decir que resultara afortunada.

El hecho palpable es que tal consideración resultó ser cierta, si no desde un punto de vista teológico, sí desde uno físico. El universo, por vez primera en su existencia, se encontró frente a una imposibilidad metafísica, viéndose obligado a afrontarla, y resolverla, como buenamente pudo... que no fue sino intentando desdoblarse en dos universos paralelos, cada uno de ellos conteniendo una de las dos versiones de esa incómoda singularidad que violaba todas las leyes físicas empezando por el principio de exclusión de Pauli.

El problema habría quedado solucionado de haberse producido el desdoblamiento una única vez, pero... la máquina duplicadora, o mejor dicho las dos máquinas duplicadoras existentes en cada uno de los dos nuevos universos surgidos del antiguo, seguían en funcionamiento; no podía ser de otra manera, puesto que el proceso tuvo lugar de manera prácticamente instantánea en tan sólo unas fracciones de una billonésima de segundo. Así pues el problema no sólo no se solucionó, sino que se vio duplicado. Esto forzó a un nuevo desdoblamiento que originó un total de cuatro universos alternativos, que a su vez se fragmentaron en ocho, en dieciséis, en treinta y dos...

Como cualquier estudiante de bachiller sabe, una progresión geométrica de razón dos alcanza rápidamente unos valores que desbordan a la capacidad de la mente humana para aprehenderlos, tal como ocurría en el famoso problema de los granos de arroz y los escaques de un tablero de ajedrez. Así pues, antes de que los aprendices de brujo fueran capaces de reaccionar, antes incluso de que la idea de que algo estaba yendo mal pudiera formarse siquiera en sus mentes, el universo entró en una fase de resonancia virtualmente



infinita que, por ser asimismo incompatible con las leyes físicas, acabó provocando su colapso. No, no fue el fin del mundo, sino simplemente su congelación, por decirlo de una manera gráfica. Así, y hasta el final de los tiempos, en infinitos universos existirá un técnico conectando una máquina duplicadora en cuyo interior yace, inconsciente, un hombre, mientras miles de millones de personas, a lo largo y ancho del planeta, se encuentran en trance de realizar aquello que estaban ejecutando en ese instante fatídico en el que el universo -los universos- se pararon para siempre... durante toda la eternidad.

## EL ARMARIO DE LA CASA DE MI ABUELA

Dicen que una de las señales más evidentes de que estás empezando a hacerte viejo es cuando comienzas a recordar con nostalgia los tiempos ya lejanos de tu niñez, y algo de verdad debe de haber en ello dado que, a mis cincuenta y tantos -por fortuna todavía pocos-años ese síntoma ha empezado a manifestarse con una intensidad creciente. Qué se le va a hacer... como dicen también, de forma tan mordaz como cierta, tan sólo hay una cosa peor que cumplir años, y es precisamente dejar de cumplirlos.

El caso es que todavía hoy recuerdo con total nitidez la antigua casa de mi abuela, tan vinculada a mis andanzas infantiles. Ocupaba parte de la planta baja de un viejo caserón situado en pleno casco antiguo de una pequeña y somnolienta ciudad castellana, y en ella había fallecido mi abuelo mucho antes de que yo naciera, se habían criado mi madre y mis tíos e incluso había dado tiempo para que yo mismo llegara a nacer en ella. Esta casa ya no existe, puesto que el edificio fue demolido hace años siendo reemplazado por uno nuevo mucho más impersonal y, por supuesto, para mí completamente ajeno.

La casa de mi abuela era en su mayor parte interior, ya que la única parte de ella que daba a la calle estaba ocupada por la tienda y la trastienda de mi tío. Aunque las ventanas de la cocina y el pasillo se abrían al patio de la finca, las principales habitaciones, siguiendo la costumbre antigua y, al parecer, por temor a las perniciosas corrientes de aire, no recibían más luz natural que la que les entraba por sus respectivas puertas. Según los criterios actuales sería decididamente incómoda, pero allí se habían criado varias generaciones de mi familia y con su desaparición se irían para siempre buena parte de mis referencias infantiles, supervivientes tan sólo en mis propios recuerdos.

Aunque yo vivía con mis padres en un edificio de nueva construcción, las visitas a la casa de mi abuela eran muy frecuentes, por lo general en compañía de ellos aunque en ocasiones, mucho más esporádicamente de lo que yo hubiera deseado, se me autorizaba quedarme a comer allí o, todavía con menor frecuencia, incluso a dormir. La distancia entre ambas viviendas, la mía y la de mi abuela, no iba más allá de unos diez minutos andando, pero a mí me parecía viajar a otro mundo.

Sin embargo, hubo una ocasión en la que experimenté en casa de mi abuela una sensación extraña. Fue en pleno verano, allá a mediados de los años sesenta, cuando yo tenía alrededor de seis o siete años. Estaba de vacaciones, y como todavía no se había generalizado ir a la playa y toda mi familia era de la ciudad, por lo que tampoco quedaba el recurso de trasladarnos al pueblo, pasábamos los largos y calurosos meses del estío en casa. Aunque yo solía jugar con los vecinos de mi edad en el solar existente frente a mi casa era inevitable que acabara aburriéndome, por lo cual una visita a casa de mi abuela solía ser el

mejor revulsivo contra la rutina. Y si además me dejaban quedarme allí, miel sobre hojuelas.

Bien, el caso es que ese día me permitieron quedarme a comer, quedando bien claro que por la tarde irían a recogerme y que bajo ningún concepto me dejarían quedarme a dormir, tal como yo hubiera deseado. Menos daba una piedra, así que acepté.

Mi abuela me dio de comer y luego me dijo que debería echarme la siesta. Eso ya me agradaba menos, pero era algo que entraba dentro de las condiciones establecidas por mi madre y, por supuesto, no quería arriesgarme a que un conato de desobediencia arruinara la posibilidad de obtener permisos futuros. Además a esas horas el sol caía a plomo en la calle, mientras la única cadena de televisión existente entonces interrumpía la emisión tras la sobremesa no volviendo a reanudarla hasta bien entrada la tarde, con lo cual las posibilidades de diversión alternativas no se podía decir que fueran tampoco demasiado interesantes.

Así pues me acosté en la cama que solían reservarme cuando dormía allí, en la habitación que había ocupado mi tío hasta que se casó y se marchó a vivir a su nuevo domicilio. En realidad ésta era poco más que un ensanchado pasillo que enlazaba la parte de la casa donde se hacía la vida, como se decía entonces, con el lóbrego comedor que apenas se usaba y, cruzándolo a su vez, con la tienda y la trastienda de mi tío. La habitación, estrecha y de pequeñas dimensiones, apenas daba para poco más que para colocar la cama a un lado del paso y un pequeño y derrengado armario al otro.

Me dormí, pero recuerdo que mi sueño fue agitado. Desperté tras un período de tiempo indeterminado, arrullado por el silencio que se respiraba en la casa. Mi abuela probablemente dormía en la habitación principal, y no era mi intención despertarla. Pero yo no conseguía volver a conciliar el sueño, y estar en la cama me incomodaba con esa impaciencia infantil que impide a los niños estarse quietos un solo momento. No hacía más que revolverme en la cama cuando, al fijar mi vista en el armario, descubrí, en el seno de la semipenumbra que envolvía la habitación, algo que no encajaba: el armario, más estrecho que el hueco de la pared en la que se apoyaba, siempre había ocupado el rincón derecho de la misma, junto a la puerta que conducía al comedor. Pues bien, ahora se encontraba justo al lado opuesto, a la izquierda, en la parte que daba al interior de la casa.

Aunque este hecho me llamó la atención, no puedo decir que me intrigara especialmente. De hecho, mi mayor interés en ese momento se centraba en abandonar la cama, que de repente semejaba haberse convertido en un dogal, y vagabundear en busca de alguna distracción. Y así lo hice, tras vestirme y calzarme, ya que la casa era fría como todas las antiguas y mi madre siempre insistía mucho en que no anduviera descalzo para no acatarrarme.

Puesto que mi abuela dormía, o al menos eso suponía, en la parte de dentro de la casa, encaminé mis pasos hacia el otro lado, ya que no quería despertarla ni, mucho menos, que me regañara por haberme levantado antes de tiempo. Así pues, desdeñando el aburrido comedor, me interné en la tienda de mi tío, que a esa hora estaba todavía cerrada.

Mi intención no era otra que la de jugar un poco sin tocar nada que me pudiera suponer una reprimenda, pero lo primero que hice fue echar un vistazo por los cristales de la puerta, que estaban abiertos a la calle ya que mi tío sólo acostumbraba a echar los cierres por la noche.

La calle, o mejor dicho las calles, puesto que la tienda se encontraba frente a un cruce de dos de ellas, se mostraba, como cabía esperar, desierta. Aburrido recorrí con la mirada los familiares edificios cercanos; y fue entonces cuando sentí de nuevo la inquietante sensación de que algo había cambiado. Las casas eran todas las mismas, de eso no cabía la menor duda, pero presentaban un aspecto que, incluso bajo el prisma de mi limitada capacidad de discriminación, las mostraba diferentes. En esencia aparentaban ser más viejas o, por decirlo con mayor exactitud, presentaban un aspecto de abandono que las hacía parecer mucho más deterioradas de lo que yo las recordaba, sensación que se repetía con el propio pavimento.

En ese momento un peatón cruzó por la acera de enfrente, doblando la esquina para tomar la dirección que conducía a la cercana plaza. En principio nada de particular tenía esto, salvo que allá afuera debía de hacer un calor de justicia, pero me llamó la atención lo furtivo de su caminar; parecía como si huyera o, cuanto menos, como si recelara de algo, ya que mientras caminaba no dejaba de echar intranquilas miradas en torno suyo y hacia atrás.

Pero pronto me aburrí de mi escrutinio, por lo que decidí dedicarme a actividades más entretenidas. Cogí una de las hojas de periódico que usaba mi tío para envolver -los tiempos de las bolsas de plástico todavía no habían llegado- y, tras cortar lo que sobraba, me enfrasqué en la trascendental tarea de hacer con ella una pajarita tal como me había enseñado mi padre unos días antes.

Estaba terminando la pajarita, de rodillas sobre el suelo y apoyado en el asiento de una de las sillas que tenía mi tío para uso de los clientes, la cual utilizaba como improvisada mesa, cuando oí un ruido que provenía del interior de la casa. Sin duda debía de tratarse de mi abuela, que vendría a buscarme tras comprobar que no estaba en la cama.

Pero no parecía ser la abuela que yo conocía, una anciana -aunque entonces todavía no había cumplido los sesenta años- bondadosa e incapaz de la más mínima violencia ni tan siquiera verbal, sino otra persona que, pese a tener los mismos rasgos, mostraba en su encendida mirada una actitud muy distinta a la que yo conocía.

-¡Vaya, estabas aquí! -exclamó en un tono de voz que me hizo estremecer- ¿No te había dicho que no te levantarás de la cama? Además, estoy harta de decirte que no te asomes a la calle cuando estés solo, y menos a las horas en las que haya toque de queda.

De tan larga perorata yo no entendí prácticamente nada, salvo que me estaban echando un buen rapapolvo sin que alcanzara a entender las razones del mismo, puesto que no era consciente de haber hecho nada malo o que me estuviera prohibido.

Pero mi abuela, esa extraña abuela que parecía serlo pero que no lo era, no debía de pensar así, por lo que tras agarrarme del brazo me obligó a levantarme -de hecho me hizo daño- tirando de mí en dirección al interior de la casa. Arrastrado por ella troté completamente confuso, conservando en la otra mano la pajarita que acababa de terminar y de la cual me sentía tan orgulloso, doliéndome todavía más que el brazo, por el cual me seguía teniendo aferrado mi abuela, que ésta no mostrara el menor interés por mi obra.

Volvimos a la habitación y mi abuela, tras liberarme de su presa, me ordenó, algo que jamás hubiera esperado de ella, que me desnudara y me volviera a acostar hasta que me permitiera levantarme. Obedecí, confuso y asustado, aunque todavía me dio tiempo a exclamar:

-¡Abuela! ¡El armario!

-¿Qué demonios le pasa al armario? -masculló al tiempo que me miraba con cara de pocos amigos. Aparentemente, se la veía asustada.

-Está cambiado de sitio... antes estaba allí -expliqué, al tiempo que señalaba al otro rincón.

-No digas tonterías... ese armario siempre ha estado en el mismo sitio. Como si yo no tuviera otra cosa que hacer que andarlo moviendo.

Pese a mi excitación, me volví a dormir. Cuando desperté de nuevo, para alivio mío, mi abuela volvía a ser la misma de siempre y, cosa curiosa, el armario volvía a estar en su sitio. Sin tener demasiado claro si todos esos recuerdos extraños no habrían sido sino un sueño, los olvidé con la prontitud con la que suelen hacerlo los niños pequeños. Eso sí, todavía conservaba la pajarita que de forma inconsciente me había llevado conmigo a la cama, la cual enseñé orgulloso a mis padres cuando éstos fueron a recogerme.

Y eso fue todo durante más de cuarenta y cinco años en los que yo, como cabe suponer, acabé olvidando por completo esta extraña peripecia infantil. Pero hace tan sólo unas semanas, rebuscando por las profundidades de los armarios de casa de mi madre, encontré una antigua maleta repleta de objetos que, según todos los indicios, habían sido arrinconados allí hacía mucho tiempo. Movidio por la curiosidad empecé a husmear en su interior, encontrándome con toda una serie de baratijas que no tenían más valor que el

puramente sentimental, puesto que todas ellas me traían a la mente recuerdos que yo creía ya olvidados.

Uno de los objetos que contenía la maleta era una de esas carpetas de cartón de color azul que se cerraban con una goma elástica encajada en las esquinas, la cual aparentemente contenía papeles en su interior. La abrí, descubriendo un conjunto dispar de papeles de todo tipo: recordatorios de comunión y de fallecimiento, una o dos amarillentas invitaciones de boda, algún recorte de periódico, fotografías antiguas de mis padres y de personas para mí desconocidas, cartas de cuarenta años atrás todavía metidas en sus sobres, el diploma de un curso por correspondencia que había seguido mi padre cuando yo era pequeño...

Y la pajarita. Era esa, no me cabía la menor duda; al parecer mis padres, y más probablemente mi padre, la habían guardado con ese cariño que suelen mostrar nuestros progenitores hacia las pequeñas manualidades que realizamos cuando somos niños, por más que éstas resulten ser, vistas bajo el prisma de la objetividad, perfectamente prescindibles.

Fue entonces cuando me vino a la memoria, a modo de fogonazo, el vívido recuerdo de todo lo que sucedió aquella extraña tarde de verano en la ya desaparecida casa de mi abuela. Y siendo por vez primera consciente de que algo no acababa de encajar, procedí a desdoblar con cuidado la amarillenta hoja de periódico, a la que el tiempo había vuelto frágil y quebradiza.

Ésta correspondía a un ejemplar del diario PUEBLO, que era el que se solía leer en casa, y tal como yo sospechara estaba fechada en el verano de 1965. Las noticias recogidas en ella eran las habituales en un periódico de la época, pero hubo dos de ellas que me llamaron poderosamente la atención puesto que, según toda lógica, no deberían haber estado allí.

La primera hacía alusión a la buena cosecha que se esperaba para ese año, lo que permitiría Dios mediante aliviar el racionamiento de pan y quizá también de otros productos de primera necesidad como el aceite, las legumbres o el tabaco. Esto me desconcertó, ya que el racionamiento implantado tras la Guerra Civil se había acabado bastantes años antes de que yo naciera, mientras la España de 1965 estaba ya inmersa en un frenético desarrollismo que permitía olvidar las penurias de la posguerra.

Más inquietante era si cabe la segunda noticia, situada en la cara opuesta. En ella se afirmaba, con la grandilocuencia propia de la época, que las tropas occidentales habían obtenido una gran victoria sobre el Ejército Rojo logrando romper el cerco de la ciudad de Colonia, y que las unidades españolas adscritas al ejército aliado se habían cubierto de gloria combatiendo en primera fila en la batalla que había supuesto la derrota rusa.

¿Una guerra mundial en pleno 1965? Eso sí que no encajaba, y menos todavía que España estuviera inmersa en ella. Pero ahí estaba el periódico, de cuya autenticidad no me cabía la menor duda. Por desgracia faltaba la parte final de la noticia, que era la que yo había cortado para cuadrar el papel.

Sin decir nada a nadie, ya que no quería que me tomaran por loco, guardé la hoja y, en cuanto me fue posible, acudí a una hemeroteca, donde pude consultar el periódico correspondiente a ese día comparándolo con mi reliquia. Y mi sorpresa fue que, salvo esas dos noticias, el resto de ellas coincidían plenamente, estando sustituidas éstas por sendos reportajes mucho más verosímiles, el uno sobre la inauguración de un pantano por parte de Franco, y el segundo acerca de unas maniobras de la OTAN en el Mediterráneo. Nada extraño, pues, en la versión de la hemeroteca.

Entonces, ¿qué pasaba con mi hoja de periódico? ¿Y con los extraños recuerdos de aquel mediodía de estío? Pese a que no he cesado de darle vueltas, sigo sin encontrar una explicación lógica a todo ello... a no ser, claro está, que abandonando las sendas de la razón me interne por los caminos de la especulación. Al fin y al cabo soy aficionado a la ciencia ficción, por lo que estoy familiarizado con el tema de los universos paralelos.

¿No pudiera ser que, por alguna extraña razón, hubiera sido trasladado temporalmente a un universo ajeno al mío, un universo en el que la III Guerra Mundial llegó a estallar y España seguía sumida en las penurias, y probablemente también en la represión política, de la posguerra? Al fin y al cabo la hipótesis no es tan disparatada, tan sólo tres años antes la crisis de los misiles cubanos había estado a punto de provocar el estallido de un conflicto bélico entre la URSS y los Estados Unidos, conflicto que sin duda habría arrastrado al resto de sus respectivos aliados... España incluida, tras los acuerdos que habían permitido el establecimiento de varias bases militares norteamericanas en nuestro territorio.

La crisis de los misiles se había resuelto de forma pacífica y la guerra no había llegado a estallar... en nuestro universo. ¿Habría ocurrido de forma diferente en ese otro que presuntamente habría visitado de forma involuntaria? Lo ignoro. Por un lado es la única explicación que puedo encontrar a todo ese cúmulo de piezas sin encajar: las noticias del periódico, el extraño aspecto de la calle, la actitud asustada de mi pobre abuela, el armario cambiado de sitio... pero por otro, mi mente racional se niega a admitirla, una cosa es disfrutar con una narración literaria y otra muy distinta creer que esto pueda ocurrir realmente.

En cualquier caso, y con independencia de que todo pudiera haber sido fruto exclusivo de mi imaginación -¿la hoja de periódico que todavía conservo también?-, me alegra saber que mi hipotética incursión por esa otra realidad alternativa, sin duda mucho menos acogedora que la mía propia, fuera tan sólo fugaz, ya que me estremezco al pensar que hubiera podido quedar atrapado en ella para siempre.

Y como, siguiendo los razonamientos de los escritores de ciencia ficción, también cabría suponer que en esa realidad alternativa existiera un sosias mío, con el que me habría intercambiado durante ese breve lapso de tiempo antes de retornar cada uno a sus respectivos universos, no puedo evitar apenarme por la dura vida que sin duda le tocó afrontar.

Para su desgracia, le tocó el lado equivocado del armario.



## EL CRIMINAL MÁS PELIGROSO DE LA HISTORIA

L.M.D. era un tranquilo profesor de una universidad de provincias que no destacaba en las estadísticas nacionales ni por ser especialmente buena, ni tampoco por ser especialmente mala. De mediana edad, casado y sin hijos, L.M.D. era de costumbres pacíficas y nada dado a las discusiones, de modo que nadie le había conocido nunca enemigos y, como mucho, se había visto obligado a enfrentarse a algún que otro envidioso, algo que, como es sabido, en nuestro país resulta de todo punto inevitable.

Por lo demás tanto su vida conyugal como la profesional se desarrollaban con total placidez y sin sobresaltos, algo que, dicho sea de paso, desquiciaba enormemente a nuestro buen profesor.

Pero se equivocaban quienes estaban convencidos de que L.M.D. no tenía lado oscuro... empezando por él mismo.

Ocurrió durante una apacible tarde de otoño cuando L.M.D., terminadas sus responsabilidades laborales, abandonó la facultad dirigiéndose a casa. La distancia a recorrer no era demasiado larga y el camino era tranquilo, por lo que éste acostumbraba a ir paseando en vez de recurrir al transporte público, única alternativa posible ya que nunca se había preocupado por aprender a conducir.

Su itinerario pasaba por mitad de un parque, un aliciente adicional que, en pleno otoño, se mostraba como un auténtico recreo para la vista con los árboles y arbustos revestidos de toda la gama posible de tintes dorados. L.M.D. caminaba despacio, recreándose con una visión que no le podía resultar más placentera, y no advirtió hasta que ya fue demasiado tarde que tres o cuatro fornidos individuos, vestidos completamente de negro, le rodeaban cerrándole el paso en todas las direcciones, impidiéndole toda posibilidad de esquivarlos.

L.M.D., es necesario volver a repetirlo, no tenía enemigos conocidos y, casi podría asegurarse, tampoco desconocidos, pero aunque la ciudad donde residía era tranquila y los delitos eran en ella escasos, eso no quería decir que estuviera completamente a salvo de un intento de atraco u otro tipo de agresión. Así pues, cuando se vio atrapado entre esos desconocidos de ademán adusto e intenciones presumiblemente preocupantes, sintió un repentino miedo.

-¿Qué... qué quieren ustedes? -logró balbucir en un intento desesperado por mantener la dignidad.

-Que nos acompañe. -respondió el que parecía llevar la voz cantante- No se preocupe. -añadió al ver el tono terroso que adquiría el rostro del interpelado- No le haremos ningún daño.

-Si lo que buscan es obtener dinero por mi rescate, les aseguro que se han equivocado de persona; no soy rico, ni tengo más posesiones que el piso donde vivo.

-No somos secuestradores ni delincuentes, sino policías. -explicó a su vez éste, al tiempo que le enseñaba una placa de aspecto oficial que L.M.D. no consiguió identificar.

-Policía... -dudó el profesor, con sus esquemas mentales completamente descuadrados-  
¡Pero si yo no he hecho nada!

-Lo sabemos, pero necesitamos que nos acompañe. Y no se preocupe, no le ocurrirá nada malo.

L.M.D. sentía un respeto casi religioso por la autoridad, y aunque algo desde un rincón de su mente le gritaba que no se fiara, ya que había delincuentes que se hacían pasar por falsos policías para cometer con impunidad sus fechorías, él siempre había sido confiado, algo que era consustancial con su carácter.

-Está bien -concedió-. Supongo que me querrán como testigo... -añadió más para su coleteo que para sus aprehensores, pese a que por más que se esforzaba no conseguía recordar que se hubiera visto involucrado en nada que pudiera reclamar el interés de la policía.

En cuanto a éstos no respondieron a su pregunta, limitándose a abrirle paso en dirección hacia el corazón del parque, escoltándole a continuación dos a cada lado.

Una vez que llegaron a una pequeña plazoleta profundamente escondida entre el follaje, el jefe de los policías, o lo que fueran, hizo un gesto mudo ordenándoles que se detuvieran. A continuación sacó del bolsillo un artefacto que L.M.D. no pudo identificar bien y que durante un instante temió que pudiera ser una pistola, y apuntando con él a uno de los árboles hizo ademán -o eso al menos le pareció al profesor- de pulsar en su superficie.

El efecto fue inmediato. Donde antes no había nada, entre el tronco y el lugar en el que se encontraban, se materializó un rectángulo de color negro y forma y dimensiones parecidas a las de una puerta. L.M.D. no pudo ver de dónde salió; simplemente no estaba y, un instante después, se alzaba ante su vista.

Y era una puerta, como pudo comprobar cuando el hombre se aproximó a ella y la cruzó, desapareciendo en su interior. Una leve presión en el costado le indicó que querían que él siguiera el mismo camino, por lo que venciendo su estupor y poco menos que arrastrado por sus captores se zambulló en el oscuro rectángulo. ¿Qué remedio le quedaba, sino obedecer?

Si L.M.D. pensaba que ya había agotado su capacidad de sorpresa, estaba muy equivocado. Una vez traspasado el irreal umbral se encontró no delante del tronco del árbol, tal como parecía dictar la lógica, sino en un recto pasillo de paredes y techo bruñidos, iluminado por una luz cuyo origen no podía identificar. Perplejo volvió la vista atrás, observando por encima de los hombros de los hombres de negro que cerraban la marcha que tras ellos tan sólo había un muro liso cerrando de forma hermética el lugar por el que se suponía que habían entrado. A él le hubiera gustado volver atrás y estudiar con detenimiento tan extraño fenómeno, pero le bastó con atisbar las miradas que le dirigieron para tener bien claro que no se le permitiría la menor distracción.

El pasillo por el que ahora caminaban tenía puertas a izquierda y derecha distribuidas según una secuencia regular y todas cerradas, pero sus acompañantes pasaron de largo por delante de varias sin prestarles la menor atención. L.M.D. comenzaba a preguntarse cuánto tardarían en llegar a su destino, cuando el cabecilla se detuvo frente a una de ellas, empuñó de nuevo el artefacto que usara en el parque, u otro similar, y atravesó el umbral con paso decidido, seguido por la cohorte que escoltaba al prisionero.

Entraron en una habitación de tamaño mediano, aparentemente sin ventanas y sin más puerta de entrada que la que habían utilizado, aunque teniendo en cuenta todo lo visto desde que le interceptaran en el parque, a L.M.D. ya no le quedaba nada claro. El mobiliario lo componía una mesa de despacho rodeada por varias sillas, junto con un largo sofá que corría a lo largo de la pared opuesta. La luz que iluminaba el recinto, cálida y agradable a la vista, al igual que ocurriera en el pasillo parecía emanar de las mismas paredes, sin que se pudiera apreciar rastro de lámpara alguna.

Respondiendo a un mudo gesto de invitación L.M.D. se sentó en una de las sillas situadas frente a la mesa, mientras el jefe del grupo lo hacía frente a él. El resto de sus captores, según pudo apreciar por el rabillo del ojo, tomó asiento en el sofá sin abrir en ningún momento la boca.

-Y bien... -el policía, o lo que fuera, acabó rompiendo el silencio, tras unos segundos de mutismo-. Supongo que se estará preguntando por qué razón le hemos traído con nosotros.

Y puesto que la respuesta era evidente, continuó sin darle tiempo siquiera para responder:

-Usted es L.M.D., nacido en fecha... con DNI número... y actualmente profesor de Lengua y Literatura Españolas en la Universidad de... casado y sin hijos. ¿Es correcto?

-Sí, pero... ¿por qué razón estoy aquí? ¿De qué se me acusa? ¿Y qué es esto? No se parece a una comisaría...

-En efecto, no es una comisaría, al menos tal y como usted las conoce -concedió su interlocutor al tiempo que depositaba sobre la mesa la tableta electrónica, o lo que fuera, en la que había estado leyendo los datos-. Y nosotros tampoco somos policías normales en el sentido estricto de la palabra, aunque -añadió al ver el gesto de alarma del profesor- le aseguro que somos agentes de la ley y que estamos obrando conforme a lo que usted considera el estado de derecho. Sólo que no formamos parte de ninguno de los cuerpos de orden público que le son familiares: policía nacional, guardia civil, policía urbana...

-¿Son acaso agentes secretos? -preguntó L.M.D. sintiendo un nudo en la garganta.

-Tampoco, no al menos como lo entiende usted. Digamos que somos una especie de policía internacional que opera por encima de todas ellas. Y, desde el momento en el que se desconoce nuestra existencia, sí podríamos decir que somos secretos, aunque nuestra labor no tiene nada que ver con el espionaje.

-¿Por qué me han detenido? -a esas alturas L.M.D. comenzaba a tener la íntima convicción de que no se le había requerido como testigo, sino como inculpado-. Yo no he cometido ningún delito.

-Aquí no -fue la sorprendente respuesta.

-¡Y en ningún otro sitio tampoco! ¿O es que se cree que me dedico a llevar una doble vida en plan el Doctor Jekyll y Mister Hyde? ¿Qué pruebas tienen? ¿De qué se me acusa? L.M.D. estaba cada vez más asustado.

-Señor M... -suspiró el policía con un atisbo de compasión reflejado en sus ojos- mucho me temo que voy a tener que explicarle una serie de cosas que quizá le resulten difíciles de comprender...

-Explíquemelas -le retó- Y espero que tengan una buena razón para obrar así, porque no pienso consentir que se atropellen mis derechos.

-No se preocupe -fue la enigmática respuesta-. Le aseguro que nadie los va a atropellar. Insisto de nuevo en que obramos con total legalidad.

Y a continuación, volviendo a leer en su tableta electrónica, comenzó a desgranar una retahíla de delitos.

-Estafa millonaria en XB-403. Genocidio en PQ-178. Violación y asesinato en AJ-651. Pederastia en HI-219. Espionaje y traición en MB-237 -aquí frunció el ceño y suspiró-; un mundo poco agradable, por cierto. Insurrección armada en YZ-450. Asesino múltiple en FF-476. Criminal de guerra en LJ-788. Delitos contra la religión -volvió a fruncir el ceño- en GV-111. Atracos a bancos, al parecer hay varios, en FF-255, XC-269 y MX-903. Terrorismo en DB-600 y en LÑ-643. Tráfico de estupefacientes prohibidos en VY-457 y

media docena de lugares más. Atentado ecológico en KF-008. Tráfico de órganos humanos en HS-267. Tráfico de materiales radiactivos en TW-472. Blanqueo de dinero negro en al menos diez o doce mundos distintos... y el expediente sigue. Sinceramente -le miró al rostro con dureza-, resultaría difícil encontrar un criminal con mayor historial delictivo que usted.

-¿Bromea? -exclamó L.M.D. al tiempo que se levantaba de su asiento; no llegó demasiado lejos, puesto que unas manos le aferraron con fuerza por detrás obligándole a sentarse- Yo jamás he hecho, ni por asomo, nada de esa sarta de estupideces.

-En su mundo no, por supuesto... pero sí en el resto -fue la desconcertante respuesta.

-¿En mi mundo? ¿En el resto? ¿Qué galimatías es ésta? ¿Me toma por un imbécil?

-Discúlpeme -suspiró el policía-. Olvidaba que en CZ-690 todavía desconocen la existencia del multiverso.

-Cada vez entiendo menos...

-Es muy sencillo. El multiverso es el conjunto de todos los universos paralelos posibles, y CZ-690 es de donde usted, o mejor dicho, su avatar, procede. Pero hay otros muchos universos, y en cada uno de ellos existe una réplica suya...

-Ya, y yo soy Flash Gordon y estamos en el planeta Mongo... ¿Acaso quiere hacerme creer que toda esa jergonza es cierta? Eso está muy bien para una novela de ciencia ficción, pero no para molestar a honrados ciudadanos.

-Le aseguro que todo lo que le he dicho es cierto. Existen múltiples L.M.D., al igual que cualquier otra persona, repartidos por los diferentes universos, y si bien es cierto que usted en concreto no ha cometido delito alguno, muchos de sus... digamos sosias no han sido tan respetuosos con la ley, de modo que todos ellos han acumulado esa larga lista de delitos que acabo de leerle.

-Bien, usted acaba de decirlo... yo no he hecho nada, y por supuesto no soy responsable de lo que pudieran haber hecho esos otros individuos, por mucho que se pudieran llamar igual que yo.

-Se equivoca. No son distintos individuos sino uno solo; ¿acaso las distintas facetas de un diamante ponen en duda su unicidad?

-Pero yo no tengo nada que ver con ellos; ni siquiera tenía la menor sospecha de su existencia hasta que usted me lo ha dicho, y todavía dudo sobre si crérmelo o no...

-Puede creérselo.

-Eso no cambia las cosas. Insisto en que YO -enfaticó con una elevación de la voz- no he hecho nada.

-Le repito que lo sé, ya le he dicho que no existe acusación alguna contra su avatar particular CZ-690; pero sí contra el resto. Y conforme a las leyes multiversales, un individuo es responsable de cualquier acto delictivo cometido por uno cualquiera de sus avatares, sea en el universo que sea. Así de sencillo.

-¡Eso es absurdo! -L.M.D. estaba más indignado que lo que hubiera podido estar en toda su vida.

-No lo es. ¿Imagina que usted cometiera un delito ayer y que hoy rehusara asumir la responsabilidad del mismo alegando que se trataba de diferentes fases temporales?

-*“En los mismos ríos entramos y no entramos, pues somos y no somos los mismos...”*

-¿Cómo dice? -al parecer la filosofía clásica no era el fuerte del policía.

-Citaba a Heráclito. Pero no tiene importancia. Lo que sí la tiene, es la comparación absurda que me ha pretendido hacer. Yo soy el mismo de ayer, y seré el mismo mañana; pero no tengo absolutamente nada que ver con todos esos individuos que, según usted, son réplicas mías... eso sería como acusarme de los actos de mi hermano gemelo, suponiendo que lo tuviera.

-Quizá la comparación no haya sido la correcta -reconoció el policía-. Pero mi afirmación es cierta. Si un asesino mata de un disparo a una persona no se arresta a la mano que empuñó el arma, sino a todo el individuo.

-¡Pero yo no formo parte de ningún tipo de extraño gestalt multidimensional! -L.M.D. se descubrió gritando y gesticulando como jamás en su vida lo había hecho- Yo soy responsable tan sólo de mis actos personales, y lo que pretende hacerme creer es una completa aberración jurídica. No soy experto en temas legales, pero conozco mis derechos.

-Sus derechos en SU mundo -puntualizó su interlocutor con suavidad.- Pero no en el multiverso.

-¡Déjese de majaderías baratas! Toda esa historia que me ha estado contando no es más que una tomadura de pelo. No puede ser verdad.

-¿Ah, sí? ¿Y cómo explica usted esto?

L.M.D. no llegó a ver lo que hizo el presunto policía, pero sí fue consciente de sus consecuencias. Repentinamente dejó de estar en ese frío despacho para flotar ingrávido, o al menos eso le pareció, en mitad del espacio. En torno suyo brillaban las estrellas con una intensidad desconocida en la Tierra, y a su derecha apareció, casi al alcance de la mano, un

gigantesco planeta Saturno... aunque no era Saturno, sino otro planeta distinto, también anillado. Además al otro lado, donde debería haber estado el Sol, brillaban dos estrellas gemelas, una con fulgores dorados y la otra en tonos más apagados y rojizos.

-¿Se convence de que no miento? -la voz del policía le sacó de su estupor, dándose cuenta entonces de que había vuelto al despacho. Acaba de ver una panorámica del Sistema Solar de UV-475, aunque por supuesto se trataba de un holograma; no hubiera sobrevivido sin protección en el espacio.

-Ya. Spielberg y Lucas también saben jugar con los efectos especiales, eso lo saben hasta los niños.

-Está bien -suspiró su captor-. Lamentablemente no puedo mostrarle ningún objeto procedente de otro universo dado que las leyes físicas impiden el intercambio de materia entre ellos, pero sí puedo hacerlo con algo manufacturado en el suyo con una tecnología desconocida para su cultura. ¿Me creerá entonces?

Y abriendo un cajón de la mesa le alargó un pequeño objeto oblongo de unos quince centímetros de longitud. Parecía una caja metálica similar en su forma a los estuches de las gafas, pero aparentemente no se apreciaba ninguna ranura que permitiera abrirla. De hecho, no parecía haber nada en su pulida superficie que permitiera adivinar su utilidad.

-Apoye el pulgar sobre esa pequeña depresión de la cara de arriba -le indicó el policía al verle dudar.

Así lo hizo, para soltar el objeto instantes después como si una serpiente le hubiera picado... porque efectivamente eso era lo que se había materializado ante él, una gigantesca cobra en actitud de ataque.

La cobra desapareció para tranquilidad suya, pero su corazón seguía latiendo a ritmo de locomotora.

-Discúlpeme -se excusó el hombre de negro sonriendo por vez primera-. Preferí no advertirle para no condicionar su respuesta.

-¿Qué...? ¿Qué es eso? -preguntó L.M.D. con un hilo de voz a la vez que señalaba con el índice el artefacto, caído sobre la mesa, poniendo cuidado en no rozarlo siquiera.

-¡Oh, puede tocarlo sin miedo! Tan sólo se activa cuando se pulsa el sensor que le indiqué. Se trata de un juguete inofensivo que sirve para reproducir de forma holográfica aquello que su mente imagina en ese momento. Por cierto -añadió con socarronería-, veo que usted me estaba comparando con un reptil venenoso...

-Yo... -el atribulado profesor entre la sorpresa, la vergüenza y el miedo- Sí, tiene usted razón, estaba pensando en serpientes, de ahí mi sorpresa al ver ese bicho a dos palmos de mis narices.

-No se preocupe, no era real aunque lo pareciese. Y ahora, si es tan amable, le ruego que vuelva a pulsar el sensor pensando antes en algo agradable, preferiblemente en algo que sólo usted sea capaz de identificar.

-Está bien... -respondió, todavía no muy convencido.

En esta ocasión lo que se materializó sobre la mesa fue un pequeño perro que ladraba alegremente al tiempo que agitaba la cola.

-¡Pirri! -suspiró L.M.D. al tiempo que se derrumbaba en su asiento.

La imagen del perro desapareció en el momento en que dejó de pulsar el artilugio.

-¿Se convence ahora? Por cierto, ¿ése era un perro suyo?

-Lo fue... -el detenido parecía estar en otro mundo- murió hace dos años.

-Si quiere alguna otra comprobación...

-No es necesario -suspiró-. Le creo. Pero sigo insistiendo en que no me hago responsable de esos delitos, y que me parece de todo punto injusto y abusivo que se pretenda hacerme pagar por ellos.

-Lo siento infinito, pero ésas son las leyes, y cualquier ciudadano del multiuniverso las conoce... salvo, claro está, los de aquellos espacios dimensionales más atrasados que, como el suyo, ignoran su existencia. Lamentablemente eso no les exime de responsabilidad, y le aseguro que es algo que se escapa de mi control.

-No es necesario que siga: ya me sé eso de que el desconocimiento de la ley no exime de su cumplimiento... aunque no se tenga ni la más remota idea de ella. ¡Cuántas injusticias se han cometido bajo su amparo!

Y ante el silencio de su interlocutor continuó, en tono apagado:

-Lo que no entiendo es tamaña inflexibilidad. Si mi mundo es, a efectos globales, poco más que una reserva de tribus primitivas completamente al margen de la civilización, ¿por qué no dejarnos en paz? ¿Qué mal hacemos a nadie?

-Su mundo es también mi mundo -rezongó el policía en voz baja-. Y también el de mis compañeros. No puede ser de otra manera porque, como ya le he dicho. los distintos universos son impenetrables para la materia, aunque eso no impida una comunicación



mutua por otras vías. Y quizá no le falte tampoco razón si nos considera unos cipayos al servicio de nuestros poderosos amos... pero es lo que hay. La jurisdicción del Gran Consejo del Multiverso abarca a la totalidad de los espacios dimensionales sin excepción alguna.

-¡Un momento! -a la mente de L.M.D. afloró un pensamiento a modo de pistoletazo- De ser cierto lo que dice, ningún criminal cumpliría condena en las cárceles... normales; y eso no es cierto.

-No es tan sencillo como usted cree. -en la mirada del policía había un destello de simpatía- Muchos de los delitos cometidos por un avatar cualquiera de una persona, de hecho la mayoría de ellos, son dejados a cargo de las respectivas policías locales, ya que suele tratarse de hechos, digamos, aislados que no afectan al resto de sus réplicas en otros universos alternativos. Incluso algunos criminales reconocidos son personas de lo más honorable en otros lugares, por lo que se les deja en paz.

»El problema -continuó-, es cuando el comportamiento delictivo se repite en un porcentaje elevado de avatares, aunque no necesariamente en todos; entonces se entiende que tal persona, en su completa multiplicidad, es peligrosa en cualquier entorno, y es cuando entramos en acción nosotros. Cada una de las secciones locales recibe la orden de detener a nuestro correspondiente criminal, y así se procede sin excepciones de ningún tipo. Es cierto que, según su criterio, en ocasiones pueden acabar pagando justos por pecadores... pero le aseguro que existen fundadas razones para obrar así.

-Y en mi caso... -aventuró el profesor, cada vez más compungido; sabía de sobra la respuesta que iba a recibir.

-Ha tenido usted la mala suerte de ser una de las pocas variantes honradas de uno de los multicriminales más peligrosos de la historia. Lo siento -y parecía sincero.

-¿Qué van a hacer conmigo? ¿Juzgarme?

-Usted ya fue juzgado... y condenado. Ahora se está procediendo a detenerlo en todos los universos en los que usted existe, que obviamente no son todos.

-Condenado... sin haber hecho absolutamente nada reprochable en toda mi vida -gimió el atribulado prisionero con un hilo de voz-. ¿Cuál es el castigo? ¿La pena de muerte?

-No somos tan sanguinarios. Simplemente una retención de por vida. ¡Por favor! No piense en las cárceles que usted conoce, ni tampoco en una reclusión a cadena perpetua. Usted gozará de unas condiciones de vida muy satisfactorias, probablemente más que las que había mantenido hasta ahora; tan sólo se le impedirá volver a su mundo.

-¿Y le parece poco? -estalló- ¿Y mi mujer? ¿Y mis amigos? ¿Y mi trabajo?

-Todo, o casi todo, podrá ser replicado aquí.

-No le creo. Y aun cuando así fuera, no me interesan los simulacros. ¿O acaso se cree que me voy a conformar con un holograma de mi esposa?

-Lo siento, pero no puedo ofrecerle más. Yo sólo cumplo órdenes.

-Por cierto, ¿me van a reunir con mis otros yos, los culpables de mi desgracia? Sería divertido... -concluyó, con un dejo de ironía.

-No. Ya le he dicho que es imposible intercambiar materia entre dos universos distintos. Cada uno de ellos está retenido en un lugar como éste, una especie de burbuja, para que lo entienda, generada artificialmente en la frontera de probabilidad negativa que separa a su universo del contiguo. Huelga decir que no existe la menor posibilidad de abandonarlo, y si lo hiciera se encontraría en mitad de la nada más absoluta, en un lugar donde no pueden existir ni la materia ni la energía. Obviamente desaparecería.

-Una advertencia muy halagüeña. ¿Me permite una última pregunta?

-Hágala -suspiró el cancerbero con gesto cansado; era evidente que estaba deseando terminar.

-No es muy normal que un ciudadano desaparezca sin dejar ni rastro en mitad de la ciudad a pleno día...

-Eso también estaba previsto. Justo antes de proceder a su detención generamos una copia suya... perfecta e indistinguible del original para los medios técnicos de que disponen en su universo, pero carente de vida. Un cadáver, si así lo prefiere. -L.M.D. se estremeció- Tras proceder a su detención un equipo de técnicos compañeros nuestros la depositó justo en el mismo lugar donde le interceptamos. Todo el mundo creerá que falleció víctima de un ataque cardíaco cuando cruzaba el parque camino de su casa. ¿Desea saber algo más?

L.M.D. negó con la cabeza. ¿Para qué seguir indagando? Tan sólo le quedaba aceptar su cruel e increíble destino. Así pues, obedeciendo dócilmente a sus carceleros les siguió hasta que una de las puertas del pasillo le abrió paso a lo que a partir de entonces sería su calabozo.

## LA PUERTA

La Puerta surgió de repente sin que nadie lo advirtiera ni, mucho menos, lo previera, en un remoto rincón del desierto de Nevada. Ciertamente su aparición estuvo precedida por una serie de inusuales fenómenos naturales tales como temblores de tierra, tornados o inusitadas lluvias torrenciales que desconcertaron a los expertos, los cuales acabaron llegando a la conclusión de que no habían sido estas convulsiones telúricas y atmosféricas la causa de la aparición de la Puerta, sino su consecuencia.

Aunque se le bautizó con el nombre de la Puerta, en realidad no tenía nada en común con estos elementos arquitectónicos. De hecho, no era *nada* que pudiera ser comparable con cualquier cosa que pudiera resultar familiar a nuestros ojos: tan sólo se trataba de un amplio espacio circular, de aproximadamente un kilómetro cuadrado de extensión, velado por algo que en un principio se definió erróneamente como una espesa niebla, pero que más tarde se pudo identificar como una extraña e inexplicable distorsión óptica que impedía ver su interior no sólo a nivel de suelo, sino también por el aire hasta una altura de mil metros, a partir de la cual se interrumpía bruscamente sin que existiera tampoco una abertura por su extremo superior. Excavaciones realizadas posteriormente junto al borde exterior determinaron que continuaba también bajo tierra al menos hasta un centenar de metros, la profundidad máxima que se pudo alcanzar.

Para desesperación de los militares, que rápidamente se hicieron con el control de la situación estableciendo un infranqueable cerco en torno a la singularidad, tal como preferían llamarla los científicos, resultó de todo punto imposible saber qué se ocultaba en su interior... sin intentar franquearlo, claro está, ya que si bien se pudo apreciar que algunos de los pequeños animales del desierto lo hacían sin ningún obstáculo, ninguno de ellos pudo ser localizado de vuelta.

Ésta era, pues, una de las peculiaridades de la Puerta. Aparentemente permitía el paso sin problemas no sólo de lagartos y otros bichos, sino también de todos los objetos que fueron arrojados a su interior, desde piedras hasta los más sofisticados robots exploradores, al tiempo que resultaba completamente impenetrable a cualquier tipo de sensores o radiación conocida.

Su opacidad a las ondas de radio resultó ser un verdadero incordio, ya que no sólo fueron inútiles los intentos de sondearla con radar -y de paso con otras frecuencias como infrarrojos, radiación ultravioleta, rayos X e incluso rayos gamma-, sino que asimismo impidió que los robots controlados a distancia pudieran recibir órdenes, ya que en el momento en el que atravesaban la superficie de la Puerta se perdía el contacto con ellos. Tampoco sirvió de mucho recurrir a robots autónomos programados para realizar una exploración por el interior de la Puerta, tras lo cual habrían de retornar al exterior por sus

propios medios; al igual que ocurriera en los casos anteriores, éstos se desvanecieron sin dejar rastro.

Quizá de haber ocurrido en otro país, preferiblemente del Tercer Mundo, el *impasse* en el que se encontraron habría sido resuelto de una manera expeditiva pidiendo *voluntarios* -a la manera castrense, se entiende- para adentrarse en la misteriosa perturbación; pero había ocurrido en los Estados Unidos, razón por la cual nadie se atrevió a arriesgar la vida de un solo soldado, incluso aunque no se tratara de un *wasp*.

Sí se intentó con un perro -por supuesto evitando que llegara a oídos de las sociedades protectoras de animales- al que se le ató a una larga cuerda de varias decenas de metros cuyo otro extremo quedó firmemente atado en un poste clavado en el suelo. Aunque en un principio el animal no puso demasiado interés en colaborar rehusando entrar en la Puerta, el efecto combinado de un par de días de abstinencia forzada y el estímulo de una apetitosa chuleta lanzada con energía al interior de ésta por un fornido sargento, consiguieron convencerle de la necesidad de cooperar por el bien de la ciencia.

El perro se internó, pues, en la impenetrable -para la vista- barrera corriendo en pos de su pitanza, y a juzgar por lo que tardó en llegar hasta donde le permitía la longitud de la cuerda el hambre le debió de estimular bastante, puesto que bastaron apenas unos segundos para que se tensara ésta sufriendo además unos enérgicos tirones que hicieron temer su rotura.

Una vez constatado que el perro seguía aparentemente vivo al otro extremo de la barrera, halaron de la cuerda arrastrando más que trayendo de vuelta al desesperado can, sano y salvo aunque con un humor de mil demonios al no haber conseguido alcanzar la chuleta, calmándose tan sólo después de devorar otra no sin antes haber asestado unos cuantos mordiscos.

Bien, al menos se sabía que lo que pudiera haber al *otro lado* no resultaba al parecer peligroso, pero esta información, aunque valiosa, seguía siendo insuficiente. Fue entonces cuando a alguien se le ocurrió la idea de repetir el experimento del perro pero con un robot automático que, atado asimismo con una cuerda, se pudiera recuperar con las grabaciones de sus sensores. Así se hizo duplicándose la longitud de la cuerda -no se encontró ninguna más larga-, asegurándose de que la velocidad y la potencia tractora del artilugio no impidiera su recuperación a fuerza de brazos una vez que éste hubiera llegado a su destino.

El ensayo resultó satisfactorio en la forma, recuperándose el robot sin problemas después de haber permanecido media hora dentro de la enigmático muro. No así en el fondo, puesto que lo único que registraron sus sensores fue ruido blanco en todas las frecuencias utilizadas, tanto de radiación electromagnética como de sonidos y ultrasonidos. La conclusión a la que llegaron los técnicos fue que el espesor del muro debía de ser

superior a la longitud de la cuerda, lo que explicaba por qué el sufrido can no había podido encontrar su chuleta.

Estaban debatiendo los responsables del destacamento los posibles ensayos a seguir, con claras discrepancias entre los mandos militares y los científicos civiles que les asesoraban, cuando un soldado llegó corriendo con un lagarto muerto colgando por la cola. Era sin duda un magnífico ejemplar de reptil de considerable tamaño, pero su superior inmediato a punto estuvo de arrestarlo por perder el tiempo cazando bichos en lugar de mantenerse ojo avizor vigilando la posible aparición de un ente potencialmente hostil.

El pobre chico, tras capear como mejor pudo el chaparrón de invectivas, logró al fin explicar que el lagarto había salido *de dentro* de la Puerta y, aunque no mostró una actitud agresiva sino que se limitó a intentar escabullirse bajo las ardientes piedras del terreno, tal como hubiera hecho cualquiera de sus congéneres en similares circunstancias, optó por descerrajarle un tiro pensando que, dada su procedencia, el infortunado bicho podría resultar de interés para la ciencia.

Todavía escéptico -al fin y al cabo para él todos los lagartos eran iguales- el sargento llamó al capitán, que a su vez llamó al comandante, que a su vez llamó al coronel que estaba al mando del destacamento... siempre con el difunto saurio, que ya comenzaba a desprender cierto tufillo a causa del calor, en manos de su cazador.

El coronel, aunque tampoco era demasiado ducho en herpetología, estuvo de acuerdo con la opinión del soldado, que así logró pasar de carne de calabozo a ser nombrado en la orden del día. Tras ordenar que la pieza fuera preservada en frío, lo que obligó a requisar el frigorífico de las bebidas de la cantina de tropa, el coronel se puso en contacto con sus superiores solicitando que le enviaran lo antes posible un zoólogo experto en reptiles.

Cuando éste llegó al día siguiente no se puede decir que estuviera de mejor humor que el perro, ya que le habían arrancado literalmente de un congreso científico y, lo que era todavía peor, justo antes de la cena de clausura. Pero él era uno de los más reputados herpetólogos del país y, tratándose de una emergencia nacional, estaba claro que se debía a su patria.

Su monumental cabreo se esfumó como por ensalmo cuando pudo echar un vistazo al difunto espécimen, conservado donde antes se refrescaban las latas de Coca Cola. Tras una rápida inspección del animal determinó que, según todas las apariencias, se trataba de una especie desconocida, aunque aparentemente emparentada con aquéllas que habitaban en los desiertos de la zona. Eso sí, tan sólo podría emitir un informe completo estudiándolo con detenimiento en su laboratorio. Así pues, y espoleado por el deseo inconfeso de bautizar a la nueva especie con la versión latinizada de su apellido, pidió que se lo entregaran.

El coronel le respondió que habría que esperar a la llegada de un camión frigorífico para transportar el lagarto sin que el calor lo estropeará, pensando a su vez que así los muchachos podrían volver a tomar bebidas frescas para alivio del cabo furriel encargado de la cantina. El zoólogo protestó alegando que esto le retrasaría varios días, pero ante la irónica propuesta del militar de prestarle una máscara antigás acabó aviniéndose a razones.

Mientras tanto se había levantado la veda de la cacería y, estimulados por el ejemplo de su compañero, los soldados que formaban un anillo de vigilancia circunvalando toda la circunferencia de la Puerta comenzaron a matar su aburrimiento cazando a cualquier bicho de cuatro patas o de dos alas que tuviera la desgracia de ponerse a tiro de sus fusiles. Y aunque los frutos de la cacería -incluyendo un infortunado coyote- fueron dispares, principalmente porque no ponían demasiado interés en comprobar si salían de la Puerta o si simplemente pasaban por allí, lo que obligó a desechar a la mayor parte de las piezas cobradas, el herpetólogo, pese a no ser experto en aves y mamíferos, pudo incrementar su cosecha con nuevas especies desconocidas entre las que se encontraban una rara serpiente de cascabel, varios roedores y un ave corredora emparentada con los correcaminos... lo que causó el daño colateral de dejar sin bebidas frías también a la cantina de suboficiales.

Pero merecía la pena, o al menos eso pensaban todos -en especial el herpetólogo,- hasta que llegó la inesperada noticia de que existía un testigo presencial -o al menos así se autoproclamaba- que afirmaba haber franqueado la Puerta hasta más allá del muro que la separaba del mundo exterior.

Aunque el Ejército, con su proverbial eficiencia, mantenía un férreo cerco en torno a la Puerta que impedía tanto la entrada de posibles -y hasta el momento inexistentes- enemigos hostiles, como la llegada de indeseables curiosos y, lo más peligroso de todo, de molestos periodistas, por todo el país, y principalmente en las poblaciones más próximas del estado, habían surgido infinidad de visionarios que afirmaban haber entrado en contacto con seres extraterrestres cuya apariencia oscilaba desde humanos de aspecto seráfico a horribles monstruos con formas diversas -pulpos, hormigas, dinosaurios, enanos cabezones...-, con pretensiones que variaban asimismo entre salvar a la humanidad de un inevitable holocausto nuclear y conquistarla a sangre y fuego -bueno, más bien con rayos láser o desintegrantes- sometiendo a los supervivientes a una amarga esclavitud.

Sin embargo, en este caso el sheriff de una polvorienta población relativamente cercana insistía en que su protegido, al que conocía de toda la vida, no era ningún iluminado ni nadie que pretendiera gozar de sus quince minutos de gloria, sino un ciudadano honrado merecedor de toda consideración. Pero no fue esto lo que convenció al desconfiado coronel y a sus colaboradores de la sinceridad del testigo, sino el hecho de que, por boca del sheriff, éste les comunicó detalles que no podría haberse inventado ni oído a ningún periodista, puesto que se habían mantenido en secreto.

-¡Que lo traigan! -bramó el desesperado militar, cada vez más añorante de la perdida placidez cuartelera.

\* \* \*

Tom Silly, que así se llamaba el testigo, llegó al campamento acompañado y casi empujado por el sheriff. Era un estólido granjero de mediana edad, y bastaba con verle, sin necesidad de ser psicólogo, para convencerse de que no podía tratarse ni de un farsante ni de un iluminado, ya que carecía de la suficiente imaginación para poder ser cualquiera de ellos. De hecho, desde que se hizo pública la existencia de la Puerta se había encerrado en su granja sin querer hablar con nadie, y tan sólo una confidencia hecha al *barman* del local que solía frecuentar durante sus visitas al pueblo, después de que varias copas lograran desatarle la lengua, puso sobre aviso a las autoridades locales. No le había sido nada fácil al sheriff convencerlo para que relatara su experiencia a los responsables del campamento, y sólo la insinuación -en absoluto probada- de que quizá pudieran darle una recompensa por su testimonio consiguió vencer a duras penas su terca renuencia.

Aunque Tom vivía básicamente de los productos de su granja, redondeaba su presupuesto con diversas actividades de variados tipos, una de las cuales era la caza de las serpientes de cascabel que abundaban por la zona. Con sus pieles, sus cascabeles y sus cabezas elaboraba cinturones, sombreros y diversos objetos de adorno que vendía a un comerciante de la zona, el cual a su vez los revendía como recuerdos típicos en Las Vegas, donde eran muy apreciados por los turistas. Tom no se había enterado -no solía ver la televisión, ni leer los periódicos- de la aparición de la Puerta a apenas una treintena de kilómetros de su domicilio, y se encontraba rastreando la zona en busca de ofidios cuando se topó repentinamente con ella. Cotejando fechas los investigadores llegaron a la conclusión de que Tom había sido probablemente uno de los primeros en avistarla, y sin duda alguna el primero que se acercó a ella -los demás testigos optaron por mantenerse a una prudencial distancia- antes de que los militares tomaran cartas en el asunto impidiendo el acceso a sus alrededores.

Intrigado por tan desconcertante fenómeno, Tom detuvo su todoterreno a veinte metros de la Puerta; aunque habitualmente no solía interesarse por todo cuanto no enajenara en su rutina diaria, lo desmesurado de su magnitud le movió a acercarse a ella. Su intento de tocar su superficie derivó en susto cuando notó que la mano la atravesaba limpiamente, pero se tranquilizó al comprobar, tras retirarla con brusquedad, que ésta permanecía intacta. Movido por una curiosidad que más de uno habría considerado temeraria, pero que hizo palidecer de envidia al coronel lamentándose de no tener bajo su mando a soldados como él, introdujo a continuación la cabeza... lo que no le sirvió de mucho, puesto que tan sólo pudo atisbar una grisura uniforme que se extendía en todas direcciones.

Con la cabeza a buen recaudo -al igual que la mano ésta tampoco había sufrido el menor daño- y de vuelta al tranquilizador exterior de la Puerta Tom comenzó a reflexionar,

algo que para él suponía un esfuerzo considerable. Aparentemente la cosa era inofensiva, así que sin pensárselo dos veces penetró con decisión en ella. Inmediatamente se vio rodeado de la nada gris que ya conocía, pero lejos de arredrarse se encaminó hacia su interior procurando mantener una dirección aproximadamente perpendicular al lugar por donde había entrado. Si tal como parecía era una especie de muro, tarde o temprano acabaría llegando al otro extremo.

Así ocurrió, tras recorrer un tramo que, conforme a sus indicaciones -Tom estaba acostumbrado a calcular distancias-, los técnicos estimaron en unos ochenta o cien metros, superior por tanto a los sondeos que éstos habían realizado. La salida por la otra *pared* de la Puerta fue tan abrupta como la entrada, quedando Tom momentáneamente cegado por el fuerte resplandor del sol. Los científicos, que ya habían especulado con la posibilidad de que la Puerta estuviera hueca conteniendo un espacio cilíndrico en su interior, preguntaron al granjero si, efectivamente, era así, pero para su sorpresa éste les respondió que no había salido dentro de ella, ya que de haber sido así se habría encontrado dentro de un tubo de algo más de un kilómetro de diámetro, sino *fuera*. Salvo la pared grisácea que se curvaba hacia atrás en ambas direcciones de forma similar a como lo hiciera al *otro lado*, nada había que perturbara su visión del paisaje.

Preguntado sobre qué había visto, Tom se mostró turbado. La orografía era la misma, de eso no le cabía la menor duda, con los familiares montes y las no menos conocidas quebradas. Pero ahí acababan las similitudes. Por la hondonada cercana, habitualmente seca salvo con ocasión de una esporádica lluvia, discurría ahora un plácido río. El reseco terreno que él recordaba estaba ahora recubierto de vegetación, frondosos bosques en las laderas y fértiles campos de cultivo en las tierras bajas. Pero lo que más le perturbó fue ver en la lejanía, allá donde sólo debería haber existido la vastedad del desierto, el perfil de una fantástica ciudad que le recordó a las que aparecían dibujadas en los *cómics* de ciencia ficción de su infancia. Bueno, eso... y también los vehículos aéreos que surcaban grácilmente el cielo, que no eran ni aviones ni helicópteros puesto que carecían tanto de alas como de rotores que pudieran sostenerlos en el aire. De hecho, por su forma y tamaño a Tom le parecieron más bien coches voladores que cualquier otro tipo de aparato.

Tom era ante todo un buen cristiano, y tenía presentes los sermones en los que los predicadores recordaban a sus feligreses la necesidad de estar siempre prevenidos frente a las acechanzas del Maligno. Así pues, al ver que uno de esos extraños aparatos perdía altura con la evidente intención de aterrizar a su lado, y atribuyendo una condición diabólica a tan perturbador fenómeno, dio media vuelta y echó a correr despavorido buscando retornar a su acogedor y familiar desierto.

El camino de vuelta ocurrió también sin incidentes, a excepción de la piedra con la que tropezó al salir de la Puerta haciéndole caer cuan largo era al suelo. Aunque se había desviado ligeramente del lugar por el que había entrado, pudo atisbar a su vehículo apenas



a unos centenares de metros de distancia. Y lo que era más tranquilizador, el desierto terreno volvía a tener el mismo aspecto de siempre.

Tom se había apresurado a montar en el todoterreno y, cual alma que llevaba el diablo, corrió a la mayor velocidad posible hasta su rancho, donde se atrincheró hasta que algunos días después, ajeno por completo al trajín montado por los militares pero necesitado de provisiones, se vio obligado a viajar hasta el pueblo en las circunstancias ya conocidas.

Una vez que se le hubo agradecido su colaboración encomiándole su patriotismo el coronel le permitió volver a su granja, cosa que Tom se apresuró a hacer, mohíno eso sí al no haberse embolsado la ansiada y en realidad nunca prometida recompensa, sino tan sólo el reconocimiento público de su arrojo junto con el compromiso de transmitir la relevancia de su testimonio ante las autoridades del estado y, quizá, hasta de las federales... nada de lo cual le garantizaba que fuera a ayudarle a pagar la hipoteca.

No obstante, el testimonio del frustrado granjero no cayó en saco roto. Aunque nadie dudaba de la veracidad de su relato, la pequeña comunidad del campamento se escindió en dos bandos irreconciliables. Por un lado estaban los científicos que, excitados como un niño con juguetes nuevos, presionaban con todas sus fuerzas para que se les permitiera hacer una excursión al *otro lado*. Y por el otro estaban el coronel y tras él, por la obediencia debida, las tropas bajo su mando; imbuido en la tradicional paranoia militar, estimaba que si había gente más allá de la Puerta y ésta, según todos los indicios, gozaba de un nivel tecnológico superior al nuestro, cabía la posibilidad de que pudieran ser hostiles e incluso que intentaran invadirnos, algo que los científicos, que como civiles no estaban sometidos a la disciplina militar, no se recataban en calificar de absurdo. Pero como era en él en quien recaía el mando, y éstos se veían obligados muy a su pesar a acatar sus decisiones, no sólo prohibió tajantemente que nadie se acercara al borde de la Puerta, en especial los poco fiables científicos, sino que reforzó considerablemente las líneas de defensa solicitando refuerzos de infantería, artillería ligera y varios helicópteros de vigilancia.

Mientras tanto, y a pesar de que estos descubrimientos se habían mantenido lógicamente en silencio ya que lo que menos se deseaba, y en esto sí estaban de acuerdo unos y otros, era sufrir una invasión por parte de periodistas o simplemente curiosos, sí se contactó con expertos en física, mecánica cuántica, relatividad y hasta cosmología, en un intento de desentrañar el misterio que encerraba la Puerta, por supuesto haciéndoles firmar previamente un compromiso de confidencialidad.

De todas las hipótesis que se plantearon, casi tantas como expertos consultados, la que finalmente alcanzó un grado de consenso mayor fue la que suponía que la Puerta -fue entonces cuando recibió este nombre- sería un punto de contacto entre nuestro planeta y un universo paralelo, abierto accidentalmente -o quizá no tanto, en opinión de los militares- a causa de un desgarró en el espacio-tiempo. Por supuesto sus promotores lo explicaron de

una manera mucho más compleja con profusión de ecuaciones incluidas, pero en esencia la idea venía a ser ésta.

Claro está que estas conclusiones no ayudaban a resolver el problema, máxime teniendo en cuenta que el coronel seguía en sus trece montando en cólera cada vez que alguien le insinuaba la posibilidad de meter las narices dentro, aunque fuera poco. Mientras no estuviera completamente seguro -afirmaba- que del *otro lado* no podía provenir ningún peligro, no autorizaría ninguna expedición a través de la Puerta.

El problema estaba en que los habitantes del *otro lado* -debía haberlos, puesto que Tom Silly había visto vehículos, una ciudad y claros indicios de campos cultivados- seguían sirviendo la menor señal de vida, lo cual no dejaba de ser desconcertante dado que cabía suponerles una curiosidad similar a la nuestra; al menos esto era lo que pensaban los científicos, porque los militares -en realidad el coronel, ya que sus subordinados evitaban prudentemente opinar delante de los civiles- optaban una hipótesis alternativa: ¿Y si estaban preparándose para la invasión?

A consecuencia de todo ello la investigación se encontraba estancada para desesperación de los científicos y hartazgo de los uniformados, al menos los pertenecientes a la clase de tropa cansados de realizar las aburridas tareas de vigilancia bajo el tórrido sol del desierto. El coronel, que disponía de aire acondicionado en su tienda, lo sobrellevaba mejor.

Finalmente las presiones de los científicos, uno de los cuales conocía a alguien que conocía a su vez a un congresista, y éste a... lograron desatascar el *impasse*, aunque sin duda también debió de influir algo la evidencia de que el primer paso para un contacto entre ambas civilizaciones no iba a ser según todas las apariencias por iniciativa de los del *otro lado*, que continuaban sin dar señales de vida y sin tener siquiera el detalle de devolver los costosos robots perdidos durante los ensayos previos. El discreto traslado del tozudo coronel a una unidad de adiestramiento de reclutas y su relevo en el mando por otro más proclive -aunque no demasiado- a las pretensiones de los científicos, hizo el resto.

Así pues, comenzó a discutirse un plan de acción... en el sentido más literal de la palabra, puesto que ni siquiera los científicos se ponían de acuerdo entre ellos sobre cual debería ser la representación más adecuada en la que habría de ser la primera embajada terrestre a otro planeta. Puesto que los políticos, atraídos como moscas por la miel, también deseaban meter el cazo y los militares esgrimían a su vez, con tozudez berroqueña, lo imprescindible de su tutela en previsión de posibles intenciones hostiles por parte de los visitados, el campamento acabó convirtiéndose en un auténtico gallinero.

Todo acabó con la llegada de un delegado federal nombrado desde muy arriba, el cual se apoyó en los plenos poderes que le habían sido otorgados para hacer y deshacer a su antojo. De esta manera la embajada, o delegación como prefería denominarla ya que, no sin

razón, argumentaba que él no ostentaba rango de embajador, quedó configurada finalmente de la siguiente manera:

-El delegado, su secretaria -según algunas voces maledicientes también algo más- y otros cinco ayudantes. Total: siete personas.

-Representantes políticos locales y estatales: cinco personas.

-Equipo científico: cuatro personas.

-Escolta militar: un pelotón de diez soldados, *oficialmente* voluntarios, al mando de un teniente. Total: once personas.

Lo que sumaba veintisiete. A su vez, el equipo científico estaba constituido por investigadores pertenecientes en su totalidad a las ciencias sociales, ya que éstos argüían, bajo el beneplácito del delegado, que sus respectivas disciplinas eran las más adecuadas para un primer contacto: un lingüista, un sociólogo, un antropólogo social y un psicólogo. El hecho de que quedaran sin representación las ciencias físicas y naturales provocó una airada protesta por parte de los afectados, los cuales recibieron por única respuesta la excusa de que la delegación ya era suficientemente numerosa y que no convenía incrementarla todavía más. Propusieron entonces que se redujera el número de políticos o de militares, a lo cual se negaron rotundamente tanto los unos como los otros, los primeros alegando su condición de representantes legítimos, respectivamente, del condado, del estado y de la nación -secretaria incluida-, y los segundos apoyándose en su obsesiva fijación por la seguridad. En consecuencia médicos, biólogos, geólogos, químicos, físicos, zoólogos y botánicos, entre otros, se quedaron con las ganas de intervenir.

Llegado el día asignado para la partida, la delegación terrestre -o, por hablar con mayor propiedad, norteamericana- se aprestó a afrontar su histórica misión, para la cual el delegado federal tenía preparado un discursito -que no había escrito él, sino uno de sus colaboradores- con frase lapidaria incluida pensada para pasar a la posteridad. Los demás políticos se habían limitado a esgrimir sus mejores sonrisas, mientras los soldados iban equipados tan sólo con armas cortas porque tampoco era cuestión de dar a sus anfitriones una equivocada imagen hostil. Los cuatro científicos, por último, se mantenían callados cuchicheando entre ellos sin que sus compañeros de viaje les prestaran mayor atención

Aunque conforme a los datos aportados por Tom Silly el trayecto a través de la Puerta sería breve, el delegado federal arguyó, apoyado por el resto de sus colegas, que la dignidad de su cargo desaconsejaba que lo realizara a pie. Por esta razón, y dado que no resultaría oportuno que él y su séquito utilizaran un coche oficial mientras el resto del grupo cruzaba a pie, se optó por tomar prestado un microbús militar, lo cual solucionó de paso el problema del conductor al hacerse cargo de su manejo uno de los soldados de la escolta.

Y desaparecieron tras la cortina de nada que constituía el muro de la Puerta, dejando al resto del personal del campamento, sin distinción alguna de civiles, militares o políticos, sumido en una tensa espera.

\* \* \*

Se daba por sentado que la delegación, aun en el mejor de los casos, llevaría su tiempo. Incluso los más optimistas asumían que los habitantes del *otro lado* desconocerían los idiomas terrestres -es decir, el inglés-, y aunque el lingüista que formaba parte de ella era uno de los más eminentes en su campo, se suponía que la comunicación entre las dos civilizaciones no sería inmediata. Así pues, habría que tener paciencia.

Pero cuando pasaron los días, las semanas e incluso llegó un nuevo mes sin que la delegación terrestre -o norteamericana- diera la menor señal de vida, los responsables del campamento, en especial los militares, comenzaron a impacientarse. Se había convenido que, de establecerse un contacto amistoso con los habitantes del *otro lado*, se enviaría a un soldado de vuelta para informar de la evolución de las negociaciones, algo que no había ocurrido; y aunque las razones para ello podían ser múltiples y no necesariamente preocupantes, la impaciencia fue siendo reemplazada poco a poco por la inquietud, que a su vez lo fue por el temor.

Por esta razón, llegó un momento en el que el coronel al mando del destacamento ordenó la evacuación de todo el personal no militar, al tiempo que solicitaba el envío de artillería pesada, carros de combate y aviones de caza, junto con el refuerzo de un regimiento de infantería.

Sin embargo no llegaron a hacerse efectivas estas medidas, ya que fue entonces cuando tuvo lugar el retorno del microbús con todos sus pasajeros sanos y salvos aunque con los rostros marcados por un gesto contrito -en especial los políticos- que no hacía presagiar nada bueno sobre el resultado de la misión.

Puesto que el delegado federal se marchó inmediatamente sin dar explicaciones llevándose consigo a su séquito y a su secretaria, el resto de los políticos se escabulleron con la excusa de que tenían cosas que hacer en sus respectivas circunscripciones y los soldados se ampararon en las órdenes recibidas para justificar su mutismo, fueron los cuatro científicos la única fuente de información de la que dispusieron sus colegas, ignorando éstos la recomendación del delegado de guardar silencio con el argumento de que esa precaución era válida para el exterior del campamento, pero no para quienes se encontraban en él.

-Cruzamos la barrera sumiéndonos en ese ámbito gris y carente de formas que había descrito el granjero -explicó el sociólogo ejerciendo de portavoz del grupo-. Aunque el microbús viajaba a poca velocidad, apenas tardamos medio minuto en cruzarlo, tras lo cual

salimos al *otro lado*. También allí era todo como ya sabíamos, pero con una diferencia fundamental: a unos cien o ciento cincuenta metros de distancia se alzaba un muro de quizá unos treinta metros de altura que rodeaba, como pudimos comprobar más adelante, toda la circunferencia de la Puerta sin dejar abierto el menor resquicio.

»El muro tenía una apariencia que no era sólida, parecía una bruma densa de tonos irisados a través de la cual se podía entrever el paisaje, incluyendo la ciudad que citó el granjero. No se parecía a nada que nos resultara familiar, pero cuando un soldado, a instancias del teniente, lanzó una piedra contra él, hubo un chisporroteo y la piedra desapareció, aparentemente volatilizada.

-Debía de tratarse de algún tipo de campo de fuerza -le interrumpió un físico-; lo que indica que su tecnología es claramente más avanzada que la nuestra.

-Eso debió de ser -respondió el portavoz, molesto por la interrupción-. Vista su peligrosidad evitamos acercarnos demasiado, y como en la sección que teníamos a la vista no se apreciaba ninguna abertura, optamos por rodear la Puerta a través del pasillo circular que quedaba entre ésta y el muro exterior.

»Habíamos rodeado ya casi media circunferencia, cuando descubrimos la existencia de una especie de casamata incrustada en el muro. Pensamos que pudiera ser una puerta, pero su superficie era lisa y carecía por completo de aberturas. Así pues la dejamos atrás, pero tras dar una vuelta completa comprobamos que éste era el único accidente que interrumpía la uniformidad del muro.

»Tenía que ser forzosamente una puerta, pero ¿cómo podríamos abrirla? Vista de cerca parecía sólida, aunque de un material desconocido, y en esta ocasión las piedras rebotaron inofensivamente en su superficie. Al tocarla su tacto era parecido al del mármol, pero no encontramos el menor resquicio por el que poder introducir siquiera una cuchilla de afeitar.

-Pero ustedes no tenían provisiones más que para unos pocos días, y han tardado casi dos meses en volver... -objetó otro de los asistentes.

-Evidentemente la idea era dar la vuelta si no podíamos entrar ya que en esas circunstancias no pintábamos nada allí, pero fue entonces cuando ellos, alertados sin duda de nuestra presencia, abrieron la puerta. De hecho, llevaban tiempo esperándonos.

Un silencio sepulcral se cernió sobre el improvisado auditorio tras la confirmación del contacto... que sólo duró unos segundos, sustituido por el guirigay que produjeron todas las voces intentando hablar a la vez.

-¡Por favor, silencio! -rogó el orador-. Si no me dejan hablar, difícilmente podré explicárselo.

Una vez restablecida la calma, continuó con el relato. De forma súbita, y sin el menor aviso, había aparecido una oquedad rectangular en mitad de la superficie frontal de la casamata. Nadie fue capaz de percibirse del proceso pese a encontrarse todos junto a ella; simplemente un momento antes no estaba, y un momento después sí.

De allí surgieron quienes, con toda probabilidad, debían ser los habitantes de ese planeta gemelo -al menos geológicamente- de la Tierra. Humanos, como pudieron comprobar, aunque con ciertos rasgos exóticos que no se correspondían con los de ninguna raza conocida. También sus ropas eran diferentes, al igual que los extraños objetos oblongos que sostenían terciados y que, pese a su extraño diseño, no tuvieron la menor duda en identificar como armas. Las cuales, vista la mortífera efectividad del campo de fuerza, ejercieron un eficaz efecto disuasorio.

El que según todos los indicios era el jefe de la pequeña tropa se dirigió a ellos en un idioma desconocido y, habiendo comprobado la imposibilidad de una comunicación oral, les instó por señas a entregarles las armas -el teniente y algunos de los soldados habían desenfundado instintivamente sus pistolas- y, una vez hecho esto, a seguirles a través de la enigmática entrada.

Tras atravesar un corto túnel abovedado salieron finalmente al aire libre... aunque no a campo abierto, como esperaban, sino a un espacio circular de unos cien metros de diámetro cubierto por una cúpula de aspecto perlado a través de la cual se podía vislumbrar el azul tamizado del cielo. Ésta era lo bastante alta para albergar en su interior varias construcciones con aspecto de barracones, aunque el material empleado en sus paredes parecía ser el mismo que el de la casamata que habían dejado atrás.

Obedeciendo dócilmente las órdenes de sus captores se encaminaron hacia el más grande de los barracones, enfrentándose al consabido muro liso. Éste apuntó hacia él con un objeto que recordaba por su forma y tamaño a un mando a distancia, lo que hizo que surgiera una abertura. Invitados a pasar, una vez que hubo entrado el último, obviamente un político, la puerta se cerró a sus espaldas dejándolos encerrados.

Aunque sus reacciones fueron dispares, quienes lograron mantener mejor la calma descubrieron que se encontraban en el interior de un recinto dividido a su vez en varias habitaciones, algunas de ellas dormitorios mientras el resto se repartía entre un par de cuartos de baño, un comedor y el amplio salón en el que se encontraban, amueblado con sillones y mesas bajas.

Como pudieron comprobar el comedor contaba con frigoríficos y alacenas bien surtidos de víveres lo suficientemente extraños para recordarles que estaban en otro mundo, pero no tanto como para disuadirles de probarlos. Y como alguno de los prisioneros -de nuevo un político- comenzó a sentir las punzadas del hambre, ni corto ni perezoso hincó el diente a algo que recordaba en su aspecto a un queso, argumentando que sus captores, de

haber querido matarlos, no habrían tenido necesidad de intentar hacerlo mediante alimentos envenenados... añadiendo a continuación que el queso, o lo que fuera, estaba delicioso, lo que sirvió de acicate para que muchos de sus compañeros -a excepción de los soldados, retenidos por la autoridad de su superior- le imitaran.

-¿Comieron ustedes esos alimentos sin la menor precaución, así a ciegas? -le interrumpió alarmado un bioquímico.

-¿Y qué quería que hiciéramos? ¿Morimos de hambre? Como acabo de explicar, resultaba absurdo que nos envenenaran después de tomar tantas precauciones para capturarnos. Todas nuestras provisiones se habían quedado en el microbús, y no teníamos la menor idea de cuanto tiempo tendríamos que permanecer allí. Por otro lado nuestros anfitriones eran tan humanos como nosotros, y lo que era bueno para ellos cabía suponer que lo fuera también para nuestros estómagos. De hecho así fue, ¿cómo si no podríamos haber sobrevivido durante todo este tiempo sin morir de inanición?

Le evidencia era palpable, pero el bioquímico insistió:

-Estoy de acuerdo con usted en que el riesgo de ser envenenados de forma deliberada era remoto, pero no el único. Esos alimentos podrían haber contenido nutrientes que nuestro metabolismo fuera incapaz de asimilar, quién sabe si incluso venenosos... habría bastado con alguna pequeña diferencia en la quiralidad de las moléculas, o en el plegado de las proteínas... recuerde el caso de los tristemente famosos priones que provocaron la epidemia de las vacas locas. O podrían haber portado gérmenes inocuos para esos seres, pero patógenos para nosotros. Y esto no tenían por qué saberlo ellos, puesto que su desconocimiento de nuestra bioquímica era, evidentemente, tan completo como el nuestro respecto a la suya. Si me permite que le exprese mi opinión, corrieron ustedes un serio riesgo de acabar, como poco, con una reacción alérgica o con una indigestión.

-El caso es que no sólo no nos pasó nada -respondió con tono de fastidio el sociólogo, que no había entendido nada de los priones ni de la quiralidad-, sino que incluso alguno de nosotros ha vuelto con unos kilos de más. En cualquier caso, insisto, no nos quedaba otra alternativa.

Continuó explicando que en un principio les dejaron comer y descansar, callando por considerarla irrelevante la airada protesta de la secretaria, única mujer del grupo, al descubrir que no había habitaciones individuales sino varios dormitorios comunes equipados con literas, lo que según ella le privaba de toda intimidad... opinión probablemente compartida por los demás a excepción claro está de los soldados, aunque todos prefirieron callárselo. Y como nadie ofreció renunciar a su plaza conformándose con los sillones, ésta tuvo que resignarse a tumbarse vestida encima de la cama, por supuesto evitando el dormitorio que les fue asignado a los soldados.

De cualquier modo, desconocían cuanto podría durar su encierro. A la mañana siguiente -más adelante supieron que esta segunda Tierra tenía sincronizadas la traslación y la rotación con la nuestra- entraron en el recinto varios neoterranos -alguien propuso con éxito denominarlos así- algunos de los cuales eran soldados, mientras el resto tenían todo el aspecto de ser científicos. Estaba claro que su intención era enseñarles su idioma o bien, tal como comprobaron posteriormente, aprender ellos el inglés, buscando poder entenderse con los visitantes.

Gracias a la ayuda de unas máquinas que dejaron sorprendido al lingüista la tarea tan sólo les llevó unos días, pasados los cuales la comunicación fue posible siquiera a un nivel básico, pero suficiente. Llegaron entonces las explicaciones: efectivamente Neotierra era un planeta gemelo de la Tierra que orbitaba en un universo paralelo al nuestro, ambos extremadamente próximos entre sí -el concepto de multiverso abarcaba al parecer un espectro prácticamente infinito de realidades alternativas, tanto más dispares cuanto más alejadas- pero en principio completamente aislados. Sin embargo -cuando oyó esto el cosmólogo presente en la sala ronroneó de satisfacción-, en ocasiones y de forma aleatoria podían crearse perturbaciones, o vórtices, en la trama que envolvía y al mismo tiempo separaba a dos universos continuos, produciéndose una singularidad cuántica -la Puerta- que permitía el paso de uno a otro en ambos sentidos.

Los neoterranos conocían este fenómeno, que habían postulado de forma teórica, pero no esperaban que se abriera una Puerta su propio planeta, y tampoco podían predecir si se trataba de un fenómeno puntual o si, por el contrario, persistiría en el tiempo. Fuera de esto la información que les dieron sobre ellos y su planeta fue mínima, salvo la confirmación obvia de lo que ya sabían: pese a ser fisiológicamente idénticos a los terrestres y, con mucha probabilidad -al llegar a este punto un biólogo soltó un bufido- interfértiles, su nivel científico y tecnológico era sensiblemente superior al de sus homólogos del *otro lado*.

A diferencia de su parquedad a la hora de responder las preguntas de sus forzados huéspedes, ellos sí se mostraron extremadamente interesados por conocer como era el *otro lado*, venciendo las reticencias de los miembros del grupo, en especial la del teniente, merced a unas drogas hipnóticas que dejaban en mantillas al pentotal sódico, a la escopolamina y a cualquier otra sustancia susceptible de ser usada, de forma efectiva o no, como suero de la verdad.

Asimismo todos ellos fueron llevados de forma sucesiva a un edificio anejo, también bajo la cúpula, en el que les sometieron a unos exhaustivos exámenes médicos. Aparte de esto y de los interrogatorios, los neoterranos les dejaron tranquilos y les trataron bien durante todo el tiempo que estuvieron recluidos, aunque sin permitirles abandonar su encierro. De hecho, incluso atendieron la petición de la chica -no así otra análoga de su jefe- habilitándole como dormitorio una pequeña habitación en un rincón de la sala



comunal, aunque muy a pesar suyo tuvo que seguir compartiendo los cuartos de baño con el resto de sus forzados compañeros.

Recluidos en este reducido espacio, los cautivos veían desgranarse de forma rutinaria los días. Los neoterranos afirmaban que no tenían intención de retenerlos de manera indefinida y que tampoco pretendían infligirles el menor daño, sino tan sólo conocer lo mejor posible la cultura y la fisiología humanas. Cuando uno de los políticos les increpó de forma airada invitándoles a comprobarlo por sí mismos, la flemática respuesta fue que esa propuesta era incompatible con el plan de actuación que habían trazado, del cual rehusaron dar la más mínima indicación.

Finalmente, y cuando menos lo esperaban, les comunicaron que eran libres para volver a casa. Ante la tímida sugerencia de uno de los científicos, el antropólogo concretamente, de que antes de volver a cruzar la Puerta se les permitiera abandonar la cúpula y visitar la ciudad, o cuanto menos los alrededores, la negativa fue tajante. Volverían exactamente por el mismo camino por el que habían llegado.

Y así fue. Siempre escoltados por un pelotón de hieráticos soldados -en esto no parecían diferenciarse mucho de los terrestres-, abandonaron el pabellón en el que estuvieran alojados, recorrieron el corto trayecto que les separaba de la salida de la cúpula, atravesaron el corredor que les condujo al exterior de la casamata y, tras serles devueltas a los soldados las pistolas sin munición, les ordenaron que montaran todos en el microbús y volvieran a casa atravesando la Puerta.

Eso había sido todo, concluyó con gesto cansado. Los políticos se encargarían de informar a sus superiores y, en lo que a ellos se refería, su trabajo también había terminado.

Como cabía suponer sus interlocutores no se conformaron con tan prosaico final, instándole a dar más detalles. En concreto, fueron muchos los que se extrañaban de que no fueran portadores de ningún mensaje a la humanidad hermana; al fin y al cabo, esa había sido su misión primordial.

-En realidad, sí lo hubo -tomó entonces la palabra el psicólogo, relevando a su compañero-. Y aunque tanto el delegado como el teniente nos pidieron que guardáramos silencio, este secretismo me parece una tontería sobre todo entre nosotros que, al fin y al cabo, todos formamos parte del proyecto. El mensaje fue breve, limitándose a prohibirnos que, en lo sucesivo, volviéramos a intentar atravesar la Puerta... aunque el campo de fuerza que la rodea ya es de por sí suficientemente disuasorio.

-Realmente no entiendo esta falta de interés, ni de curiosidad hacia nosotros -objetó un químico-. ¿Qué razones dieron para ello?

-Tan sólo una -respondió con un suspiro el interpelado-. No desean tener inmigrantes ilegales en su planeta.

